HEROICA VIDA,

Y EXEMPLARES VIRTUDES

DEL VENERABLE DOCTOR

D. FRANCISCO DE QUERALT.

HEROICA VIDA, Y EXEMPLARES VIRTUDES DEL VENERABLE DOCTOR

D. FRANCISCO DE QUERALT,

ARCEDIANO MAYOR, Y MAESTRE-ESCUELA de la Santa Iglesia de Lerida, y primer Cancelario de la Pontificia, y Real Universidad de Cervera, Juez Escolastico de su Estudio, Conservador, y unico Executor de sus Indultos Pontificios, y Reales.

LA ESCRIVIÒ
EL P. MIGUEL CONILL, de la Compañia de JESUS, Maestro en Artes, y Doctor en Theologia, Cathedratico antes de Filosofia, y aora de la Sagrada Escritura en la Universidad de Cervera.

Y LA DEDICA
EL CLAUSTRO DE LA MISMA UNIVERSIDAD
AL REY NUESTRO SEÑOR

DON FELIPE QUINTO

(QUE DIOS GUARDE)
SU GLORIOSISSIMO FUNDADOR.

CERVERA: En la Imprenta de la Universidad, por MANUEL IBARRA, Año 1736.

AL REY
NUESTRO SEÑOR
DON FELIPE QUINTO

SEÑOR.



OS soberanos favores, con que Vuestra Mageſtad ſe ſirviò honrar, y engrandecer à eſta Univerſidad Literaria de Cervera, ſon à la Europa tan patentes, que para ſer con embidia admirados, no es meneſter que ſean aqui con menuda prolixidad referidos;

ridos; pues nadie ignora; que el alto sèr, que en su primera formacion recibiò, fuè ya venerado como parte noble del portentoso Numen de V. Magestad. Las visibles medras, con que de repente se acrecentò, fueron atendidas, como gloriosos empeños de Vuestro incomparable Real zelo: y por fin, nadie duda, que de V. Magestad dimana, y trae todo el influxo la elevada grandeza, en que oy se halla, y el bien universal, que de ella se experimenta.

Y siendo justo que las Obras heroicamente grandes reconozcan con respetoso agradecimiento à sus Dueños, y se presenten al Señor los mas preciosos frutos; consideravase esta Universidad menos atenta, todo lo que tardava mostrarse en algo agradecida. Mas como la muchedumbre de beneficios era tanta, y la grandeza de V. Magestad tanto mayor; la constituìan en la precision, para que la dadiva fuesse digna de V. Magestad, de no poder presentar sino de lo mismo que mereciò de V. Magestad recibir; y con esso hallavase sus-

pen-

penſa, è indecisa entre lo bueno, haſta que vino la ocaſion de poder preſentar lo mejor: lo mejor conforme à la innata piedad de V. Mageſtad; lo mejor, ſegun la tierna devocion, y propenſion natural de Vueſtra Mageſtad à los Varones ſantos, y virtuoſos. Eſto pareciò ſer la Heroica Vida de ſu primer Cancelario Don Francisco de Queralt: pues ſi ſu alma puriſſima fue lo mejor, que podia de acà preſentarſe à la viſta de Dios; quien duda que ſu prodigioſa Vida serà lo mejor que puede preſentarſe à la viſta de V. Mageſtad? Intimònos el Cielo, como codicioſo de tanto bien, ſe dieſſe à cada uno lo que à cada uno tocava; à Dios lo que era de Dios, y al Principe lo que era del Principe: y con eſſo ſi bolvimos à Dios aquella ſu Angelical alma, que era toda de Dios; razon es, que paſſemos à V. Mageſtad eſta ſu admirable Vida, pueſto que para comun edificacion, y exemplo nos vino de V. Mageſtad. Eſta, SEñOR, tributa la Univerſidad como ofrenda la mas precioſa, por aver ſido la mas excelente dadiva

diva de V. Mageſtad. Los Enricos en Francia, los Sertorios en Hueſca, los Alonſos en Eſpaña, los Theodoſios en Bolonia, y todos los demàs, que ſon dignamente celebrados, por aver levantado inmortales monumentos à ſa Sabiduria, pueden juſtamente gloriarſe de aver erigido obras à la verdad grandes; pero ninguno de aver eſcogido para ſu govierno Heroe mejor, que el que eligiò V. Mageſtad en la Perſona del Venerable DON FRANCISCO DE QUERALT. Por eſſo ſin eleccion, ni arbitrio buelve à V. Mageſtad lo que de V. Mageſtad ſaliò. Buelve, para ſer Luminar del mundo Catholico, el que de vueſtro Real ſeno ſaliò lucidiſsima Centella, para encender los animos de eſta Univerſidad. Buelve, para ſer idea univerſal de Cancelarios, el que del Numen de V. Mageſtad ſaliò para modelo de Sabios. Buelve por fin, para ſer exemplar de toda virtud, y ſantidad, el que ſaliò para norma de eſta Vueſtra Univerſidad, la que por tan incomparable beneficio ſobre tantos otros queda, y quedarà con la mas perene gratitud, rogando

in-

incessantemente al Cielo guarde dilatados años la Perso-
na de V. Magestad en la mayor Grandeza, para aumen-
to de la Fè, bien de la Iglesia, gloria de España, y de
esta Vuestra Universidad. De nuestro Claustro, Cerve-
ra, y Deciembre à 6. de 1735.

Don Narcisso de Queralt, Cancelario.

Dr. Miguel Gonser y Andreu.

Dr. Joseph Finestres y Monsalvo.

Por Acuerdo de la Universidad,

Dr. Francisco Ganyèt y Vilaseca, Secretario Substituto.

APROBACION, Y DICTAMEN, QUE D
orden, y comission del Ilustrissimo, y Reveren
dissimo Señor Don Thomas de Broto, Obispo d
Solsona, del Consejo de su Magestad (Dios
guarde) dà el P. Fr. Antonio Boer, Maestro,
Dr. en Santa Theologia, Cathedratico de F
losofia, que fue en la Vniversidad de Tarragon
de su Santa Cathedral Letor Magistral, Ex
minador Synodal de su Arzobispado, y de l
Obispados de Barcelona, Gerona, Lerida, To
tosa, y Solsona, Calificador del Santo Oficio, P
dre de Provincia, y Difinidor General del Orde
de la Santissima Trinidad Redencion de Ca
tivos, &c. De la Heroica Vida, y exempl
res virtudes del Ilustre Señor Don Francisco d
Queralt, Arcediano Mayor, y Maestre-Escue
de la Santa Iglesia Cathedral de Lerida, y pr
mer Cancelario de la Real, y Pontificia Vn
versidad de Cervera, Juez Escolastico de su E
tudio, Conservador, y Executor de sus Priv
legios, y Estatutos, escrita, y compuesta por
Rmo. P. Miguel Conill, Religioso de la August
è Insigne Compañia de IESVS, Dr. y Cathedr
tico de la misma Vniversidad de Cervera, &

OBEDECIENDO, y agradeciendo el f
vor de su Señoria Ilustrissima, admir
la Obra, y venero respetoso la Vid
Lo primero, porque siendo tan obligado,
amante de la *Compañia de Iesus*, me da lug
el amor, para que admire; pero no para que ju
gue. No quiso el Padre Divino encargar al E
piritu Santo el juicio: *Omne judicium dedit*
Ioan. 5. v. 22. *lio*; y si mi estudio no me engaña, es porq
el amor ciega; pero digo, no obstante mi gran
de passion, lo de Plinio: *Amo quidem fusè, ju*
Plin. in Panegyr. *dico tamen, & quantò magis amo.* Aprecio es
ocasion, para manifestar mi gratitud.

En

En mis tareas de Cathedras, y honras, he devido, sino el todo, lo mas à los *Iesuitas*; y no pudiendo recompensar estos excessos, deseo manifestar gratitudes; y con esto acomodar de Virgilio estas palabras: *Digna dabit tanti meriti, non immemor umquam.* Basta esto, aunque para mi nunca basta. *Virg. Æneid. 1.*

En este encargo, pues, no es mi idea formar juicio para notar; porque tan recta, y acertadamente està escrita esta Vida, que solo me queda la admiracion de tan heroica virtud, y justo motivo de alabar sugeto en todo tan heroico, que es lo que dixo muy à mi intento Casiodoro: *Iustitia veritatem novit, personam non accipit, Deum imitatur.* Es el Justo, en donde deposita Dios gustosamente las virtudes, y el blanco de sus delicias; corriendo à cuenta de su poder, llegar à lo subido de la perfeccion: *Iustorum animæ in manu Dei sunt.* Y como assi favoreciera Dios el corazon de nuestro Ilustre *Queralt*, es verdad lo que el Autor escrive, porque la pluma es discretamente aplicada. *Casiodor.*

Mi sentir es, que este Libro merece salir à la publica luz; assi por manifestarnos las virtudes tan ilustres, y heroicas; por hacer patente la Real munificencia, y generosa proteccion de su Mageстad (Dios le guarde), y por el arte, eloquencia, y estudioso acierto de el Autor.

La Vida, que nos escrive del Ilustre Don Francisco de *Queralt*, es un espejo claro de virtudes, por donde podemos regir, y dirigir nuestras acciones. Muriò de pocos años, pero les llenò como si fuessen los mas dilatados: *Consumatus in brevi, explevit tempora multa.* A este fin, y proposito me guia el Espiritu Divino: *Iustus ut palma florebit, sicut cedrus* *Sap. 4. v. 13.* *Psalm. 91. v. 13.*

b 2 Liba-

Libani multiplicabitur. La Palma assi sube, que siempre se mira verde: *Semper viret firmissima*: sus frutos suavissimos; sus años largos; quanto mas ceñida, y cargada de peso, mas sube à lo alto; en las raìzes de tierra, aspera; en las hojas, singularmente hermosa, y dorada. Es el Cedro arbol muy subido; dibujo de la incorruptibilidad, rectissimo en su ser, suavissimo en su olor, abunda, y dilata las ramas, y con sus hojas hace gustosa su sombra.

Tirin. & alii Bib. Max.

Don Francisco como Palma, y Cedro obrava, y vivia: ceñido por lo mortificado; y quanto mas mortificado, y ceñido, dilatava su corazon, encendiendole en caridad, suavissimo con los frutos de su piedad con los pobres: sus raìzes à la tierra, por la humildad tan profunda; haciendo que subiera mas el tronco nobilissimo de su Genealogia, quanto mas profundizava en el desprecio de su noble persona: y dilatando las ramas de su buen olor en la compassion, y piedad; atrahia à todos con su nobilissima compassion.

Tertul.

Tertuliano lee: *Sicut Phœnix*, si assi es su inteligencia, serà porque el Justo le imita en su vida. Del Fenix, dicen los Autores, que su comida, y sustento es el rozio del Cielo, que come lagrimas de incienso; y se sustenta del amomo, dice Ovidio: *Nec fruge, nec herbis, Sed thuris lachrymis, & succo vivit amomi*. Por esta insigne razon fuè muy insigne la Vida de nuestro Venerable *Queralt*; porque solo gustava del rozio del Cielo, y en fervoroso incienso de oracion respirava su corazon, y aspirava à los tratos con Dios; y como tenia tan entrañada la devocion de la hermosa Aurora MARIA Santissima, sus destiladas perlas de pureza, y sus cristalinas afluencias de misericordia le servian de medio, para que se alentàra,

Ovid. Metam. lib. 15.

tàra,

ſtára, y adelantàra à mas perfeccion *Don Francisco*. Lo que no ha tenido del Fenix, es la duracion; porque esta ave vive centenares, y los que cuentan menos, son quinientos: pero si ha tenido en el mundo breve la vida, devo decir, que por ser tan ajustada, y justa, durarà en la eterna memoria: *In memoria æterna erit justus*. *Psal. 111. vers. 7.*

Se conoce de aqui, que el Ilustre Don Francisco de *Queralt* bebiò en todo el espiritu de la en todo alentada, y adelantada Compañia de *Iesus*; porque con los tratos de los *Iesuitas* animava su espiritu, no solamente con los fervores del amor de Dios, sino con los auges, y aprovechamientos de qualquier virtud: *Ibunt de virtute in virtutem*. Su blanco era la gloria de Dios, y por esse fin tenia al proximo la inclinacion: las necessidades socorria con prontitud; las aflicciones, y tribulaciones consolava con afabilidad; y haciendose todo para todos, era como cada uno de los *Iesuitas*, y como un transumpto, ò traslado de un San Pablo: *Omnibus omnia factus sum*. Imprimiò en su ardoroso pecho lo que diò à sus Hijos por blanco el grande General *Ignacio*. Una eminentissima purpura quiso hacer pintar, para que quedàra triunfando del olvido el rostro del Santo Patriarca *Ignacio*: mas quantas veces quiso probar el Pintor su habilidad, nunca salia bien: *Sed labor omnis frustratus est*: porque una vez mirava su rostro lucido, otra alegre, otra triste: mirale con mas reflexion, y le repara severo; derramando lagrimas, y penitente otra; grave, y cariñoso, y con colores tan distintos, y diferentes semblantes, como si se mudàra al gusto, y genio de todos. Mudanse los hombres al son de sus conveniencias: pero esta mutacion *Psalm. 83. vers. 8.* *Vega, in Iud. tom. 2.*

de *Ignacio*; como buscava solo la gloria
Dios: *Ad majorem Dei gloriam*, era mudanza
lo del Cielo, no à lo del mundo.

El Ilustre Don Francisco assi lo aprend
de los que tratava, y assi tambien lo practi
va, tanto en su regular vida, como en la J
dicatura, y Maestre-Escolia. San Pablo no
1. Corinth. cap. 9. v. 23. contentava con ser para todos: *Omnibus fact
sum*; sino que en testimonio de estar *Jesus*
èl, se hacia qualquier cosa, para ganar las
mas para Dios: *Omnia factus sum*; y nuest
Heroe assi se hacia con todos, y aun se desh
cia, para ganarles: con su afable condicion,
rectitud, tenia contenidos los Escolares de
Universidad; con su severidad atemorizava l
discolos; con el grande, y ardoroso zelo de
gloria de Dios, desterrava los viciosos, è ins
lentes; con su noble compassion ganava, è i
clinava los pobres; y con sus cariñosos trat
atrahia las voluntades de todos.

Como el acierto del corazon del Princi
estè, y corra à cuenta especial de la mano
Dios: *Cor Regis in manu Domini*: por esso avie
Prov. 21. v. 1. do el siempre animoso, è invicto corazon d
Rey nuestro Señor Don Felipe Quinto (de gl
riosa, y eterna memoria) ideado una Vnive
sidad, que fuesse la admiracion del mundo,
la emulacion de todas en las gracias, y priv
legios, y que fuesse un prodigioso Emporio,
de las Ciencias un Oraculo; nombrò por pri
mer Cancelario de ella, y como primera lu
à Don Francisco de *Queralt*; à fin de que l
tuviera esta Real, y magnanima idea mu
perfecto, siendo tan cabal, y docto el prime
Bib. Max. Cancelario. Es *Philippus* lo mismo, que *Os lam
padis*. En todo nuestro grande Monarca ha si
do justissimo, y como Sol resplandeciente po
uno, y otro mundo ha dado, y favorecido lo

ra-

rayos de su piedad, y los fervores de su zelosa devocion; estableciendo con nuevos fueros la justicia, y assegurando benefico el consuelo de la paz: pero entre otras acciones de su Real animo, fue dar al Principado de Cataluña una Universidad, tan llena de hombres, y muy hombres en todas Facultades, que avia de ser el blanco de sus Reales cariños. Por esso como que estava el espiritu de otro Santo Rey: *Os meum aperui, & attraxi spiritum*, dictò Dios à su Magestad para los principios, que esperanzàran los proyectos mas lucidos en letras, y sabiduria de una Univetsidad, escogiò por su fundamento un espiritu como el de *Queralt*.

A esta Soberana Providencia miro cómo en exemplar en la Sagrada Escritura. Despues de puesta en paz, y quietud la fuerte Jerusalen, moviò Dios al Caudillo de Israel pusiesse toda la atencion, y cuidado en *Hebròn*, ò *Cariath*: *Abiit ad habitatores Dabir, cujus nomen vetus erat Cariath Sephèr, id est, Civitas litterarum*. El Texto nota, que *Cariath* es la Ciudad de las letras, sirviendole de singular elogio entre todas: dicele *Dabir*, que suena *Oraculum*, ò *Emporium*. La inteligencia de Menochio da la causal: *Vt hic tanquam in celebri Academia littera egregia tractarentur*. Arias Montano significa, que avia una publica, y universal Bibliotheca. Alcanzò la justicia, y valor de las armas del Rey nuestro Señor poner en paz todo el Principado de Cataluña; y despues pareciòle plantar un *Oraculo*, y *Emporio* de Ciencias, que llenàra de assombro toda la Europa, eligiendo para ello la fidelissima Ciudad de Cervera, haciendola Real Theatro de Ciencias, que es la mayor entre todas las gracias: *Nihil esse duxi in cōparatione illius*.

Indic. 1. v. 11.

Bib. Max.

Sap. 7. v. 8.

X

Y por no ser sobradamente difuso ; c pliendo con lo ofrecido , digo al *Autor* , y critor de este Libro , lo que Sidonio Claudiano : *Vernat ut Hortensius* : : : *suade Cato ; persuadet ut Tullius*. Hermosea con estilo el Libro de esta Vida ; y parece que l nueva alma: es un Hortensio en su composic y decir : suave , y persuasivo en sus clausula sentencias ; de manera , que sin violencia empeña à seguir , è imitar la Vida de este nerable, è Ilustre Heroe.

Sidon.

Por lo que me viene una persuasion n ajustada de Seneca : *Ede quamprimum , q celerrime, unde & tuo nomini celebritas , & stris temporibus claritas , & studiosis omnibus riatur utilitas*. Se ve en este Libro lo inge so del Autor ; en su arte, la claridad; en su cacia , la utilidad de su dotrina ; y en todo por su eloquencia lo que se promete ser pro chosa à los que leyeren esta Vida. Vele, pr este *Iesuita*, Doctor , y Cathedratico en sus tudios , para que pueda dar à la publica otros escritos ; que aunque toda la *Compa* sea una publica , y llena Bibliotheca de Ci cias, siempre darà à su Religion mucha luz à todos no poca utilidad. Por todo lo dicho por no contener esta Historia cosa contra nu tra Santa Fè Catholica, ni buenas costumbr deve este Libro darse à la impression , y pub ca luz. Assi lo siento, *salvo meliori*. De este M nasterio, y Convento de la SS. Trinidad de R dencion de Cautivos de Barcelona, dia 18. Marzo de 1736.

Senec.

Fr. Antonio Boèr.

APRO-

APROBACION DEL REVERENDISSIMO PADRE *Agustin de Berart, de la Compañia de JESUS, Ex-Cathedratico de Filosofia de la Pontificia, y Real Universidad de Gandia, y de Prima de Theologia del Colegio de Barcelona de la misma Compañia, Calificador del Consejo Supremo de la Santa General Inquisicion de España, y del Santo Oficio de Barcelona, Retor que fue del Colegio de San Bernardo de la Ciudad de Cervera, y de la Casa de Probacion de Tarragona de la misma Compañia, Theologo del Sacro Concilio Provincial Tarraconense, Examinador Sinodal de Barcelona, y Solsona, y al presente Secretario de la Provincia de Aragon de la Compañia de JESUS, &c.*

LA Vida admirable del Venerable Señor Doctor Don Francisco de Queralt, primer Cancelario de la Pontificia, y Real Universidad de Cervera, dispuesta por el Padre Miguel Conill de nuestra Compañia, Cathedratico de Sagrada Escritura en aquel Emporio de las letras, que se ha servido remitir à mi censura el Ilustrisimo, y Reverendisimo Señor Doctor Don Thomas de Broto y Perez, dignisimo Obispo de Solsona, he visto con admiracion, y con gusto; con admiracion por la excelencia de la virtud del sugeto de la Historia, floreciente en medio de las sequedades de la Escuela, y de los vientos del aplauso; y con gusto por lo hermoso, sazonado, y deleytable de la narracion, que ha formado el Autor. Si se me huviera dado cargo de Panegirista, que es el mas correspondiente à la Obra, corriera veloz la pluma à los dilatados merecidos elogios del Autor, que

ha ſabido hacer viſible la eminencia de la virtud Eſcolaſtica del primer exemplar de aquella famoſa Univerſidad, que por ſecreta, por elevada, y por ſuperior à la naturaleza ſe huia del alcance de los ſentidos; mas haciendo oficio de Cenſor, dirè, que emulando nueſtro Hiſtoriador la ſoberana idea del Rey nueſtro Señor en la ereccion de aquella Inſigne Univerſidad de Letras, ha querido formar otra Univerſidad de virtudes, ſacando à luz las que ſecretamente practicava el grande eſpiritu de ſu primero Venerable Cancelario, como alma que era de aquel gran cuerpo Academico, porque ſe ſepa, que es la ſantidad fuente de la Ciencia, y eſta rayo de aquel Sol; pues aun en Chriſto dixo el Doctor Serafico, que de la plenitud de la ſantidad procediò la plenitud de ſabiduria. En eſte general teatro de virtud, que ha abierto el diſcreto Autor de eſta Hiſtoria, podran aprender los Academicos Cervarienſes, y de todo el orbe Literario, la ſublime ciencia ſin hinchazon de vanidad, afianzada con el laſtre de la humildad para no ceder à las borraſcas de los aplauſos; la pureza de corazon, en que pueda reclinarſe cada dia como en ſu proprio talamo el Hijo puriſsimo de la Virgen Madre; una boca tan limpia de manchas, que llegava à beſarla anſioſo, aunque diſsimulado en accidentes, el Unigenito del Eterno Padre; un pecho tan caſto, que blanqueava teñido de la ſangre del Cordero Inmaculado; la liberalidad compaſſiva con los miſerables, que agotava ſus haveres; la templanza, y ſobriedad, que baſtava à mantener el vigor de las potencias para la oracion, y el eſtudio, y no las ofuſ-

ca-

cava; la modestia Angelical, que le hacia casi ignorante de lo que ni aun se deve nombrar; una caridad fervien- te con Dios, y con el proximo, y la devocion solida, y maciza sin ademanes exteriores; y finalmente un terri- ble ordenado coro de virtudes nada ruidoso, como rio caudaloso, que corre sossegado dentro de su cauce, sin salirse à fuera con estrepito, sì solo con grave Magestad. Con esto tengo dicho, que no hallo cosa, que desdiga de la Santa Fè, y buenas costumbres; antes sì muchos atractivos para la sabiduria santa, à que aspiran las almas grandes, y bizarros espiritus, que frequentan Universi- dades Literarias: por lo qual juzgo se deve dar la licen- cia que se pide, y muchos desean, para dar à la Prensa esta bien limada Historia, merecedora de la estimacion de los Sabios, que la leeran con gusto, y provecho. Este es mi sentir, *salvo meliori*. En este Colegio de la Compa- ñia de Jesus de Barcelona en 7. de Marzo de 1736.

Agustin Berart, de la Compañia de JESUS.

Cervariæ, die 22. Augusti 1736.

IMPRIMATUR.

Jofre, ex com. V. G. Cœlson.

LICENCIA DE LA RELIGION.

YO Francisco Bono, Provincial de la Compañia de JESUS en la Provincia de Aragon, por particular comission, que tengo de nuestro M. R. Padre General Francisco Retz, doy licencia para que se imprima un Libro de la Vida del Venerable Señor Dr. D. Francisco de Queralt, Arcediano Mayor, y Maestre-Escuela de la Santa Iglesia Cathedral de Lerida, y primer Cancelario de la Pontificia, y Real Universidad de Cervera, que ha compuesto el Padre Miguel Conill, Religioso de la dicha Compañia, el qual ha sido visto, examinado, y aprobado por personas graves, y doctas de nuestra Religion. En testimonio de lo qual dì esta, firmada de mi mano, y sellada con el Sello de mi Oficio, en esta Casa Professa de Valencia à 6. de Julio de 1735.

Francisco Bono.

CEN-

CENSURA DEL REVERENDISSIMO Padre Maestro Fray Agustin Antonio Minuart, Maestro en Artes, Dr. en Sagrada Theologia, y Ex-Cathedratico de la Universidad de Barcelona, Examinador Sinodal de los Obispados de Barcelona, Gerona, y Solsona, Prior que fue de los Conventos de las Ciudades de Cervera, y Barcelona, Difinidor en los Reynos de Aragon de la Orden del Gran Padre San Agustin.

M. P. S.

POr comission de V. A. he visto un Libro, intitulado: *Heroica Vida, y exemplares virtudes del Venerable Doctor Don Francisco de Queralt, Arcediano Mayor, y Maestre-Escuela de la Santa Iglesia de Lerida, y primer Cancelario de la Pontificia, y Real Vniversidad de Cervera*, escrito por el *Rmo. P. Miguel Conill de la Sagrada Religion de la Compañia de Jesus, Doctor, y Cathedratico de la Sagrada Escritura en la muy Ilustre Vniversidad de Cervera*: Y aunque por llenar la intimacion del encargo hice à los ojos testigos enteramente de la Obra; pero se me hizo mas suave el precepto, acordandome de la antigua amistad del muy Ilustre Varon, de quien se escrive esta Vida, haciendose deliciosissimo pasto del alma el rebolver con esta escritura las especies de las grandes partidas, que siempre admirè en este Noble, sabio, y virtuoso sugeto en el tiempo, que tuve la dicha de lograr su trato en esta

Ciu-

Ciudad de Barcelona; quando Estudiante en el Colegio Religiosissimo de la Compañia, y, despues graduado en su Vniversidad en sagrada Theologia, reconociendo siempre en èl una inocente alma, que aun en su exterior mostrava un vivo exemplar, y bellissima forma de pureza, y santidad con una especial atractiva, què respirava su benignissimo trato con admirable suavidad. Lo que se reconocia con mas admiracion en las publicas funciones literarias en los mas lucidos Theatros, donde siendo sus argumentos, y respuestas tan fundamentales, y vivamente eficaces, siempre mostrò bien con su pacificacion, y mansedumbre ser su sabiduria de aquellos altos quilates, que elogiò el Apostol San-Tiago en su Epistola Canonica: *Quis sapiens, & disciplinatus inter vos? Ostendat ex bona conversatione operationem suam in mansuetudine sapientiæ.* Siendo dificil discernir, que era mas digno de alabanza en este sabio Varon, ò su alto saber, ò su prudentissima modestia.

Epist. Iacobi, cap. 3. v. 13.

Digno verdaderamente, que la C. y R. M. del Rey nuestro Señor Felipe Quinto, queriendo por su grande zelo erigir la insigne Vniversidad de Cervera (en cuyos encomios no me detengo, por ser tan conocida, y resplandeciente su universal Doctrina, y para huir la sospecha de toda adulacion) eligiesse por primer Maestro, y piedra fundamental, para la mayor seguridad de tan sublime, y verdaderamente Regio Literario Alcazar à tan Noble, Docto, y devoto Varon.

Pudo hacer alusion este Real designio en la mente de nuestro prudentissimo Monarca, à lo que otro Christianissimo Rey concibiò del gran Prelado San Francisco de Sales, de quien bebiò al parecer nuestro Venerable

Fran-

Francisco el espiritu; heredando con el nombre su dulzura, y mansedumbre: dezia este Rey muchas veces hablando del gran Prelado Sales: *Sales Obispo electo de Geneva es Noble, es Docto, y es Santo: partidas, que raras veces se hallan juntas en un mismo sugeto.* Por lo que queriendo la piedad de nuestro Monarca dar la mayor perfeccion à esta muy Ilustre Vniversidad Cervariense, bien podemos conjeturar, aver sido obra de aquel Altissimo Señor, en cuya mano estàn los designios, è inclinaciones de los Reyes, la eleccion de este M. Ilustre, devoto, y eruditissimo Varon para piedra fundamental, y cimiento nobilissimo de tan gloriosa Fabrica, à fin de que se tirassen las lineas de la mas perfecta planta à vista de original tan primoroso, y principio, en quien eminentemente se contenia todo lo que podia hacer mas Ilustre, y famoso su espiritual, y magnifica Obra. *Proverb. c. 21. num. 1.*

De esto se deduce las muchas gracias devemos dar todos al Rmo. P. Miguel Conill, Cathedratico de la Sagrada Escritura en dicha Vniversidad de Cervera, por aver tan bien empleado su noble talento para el bien publico, dandonos à conocer este insigne exemplar de virtudes, y Nobilissimo Varon, escriviendo su Vida con tanta erudicion, que respirando Sabiduria su pluma, no solo enseña en lo que dice, si tambien enseña en lo que calla, representandonos, como en espejo llano, limpio, y terso la perfecta imagen del muy Ilustre Varon Don Francisco de Queralt, &c. con colores tanto mas vivos, quantas son sus voces mas proprias, y tan significativas de las cosas, que dice, que parece nacieron de ellas mismas, y que como de pecho sabio, ò de la misma sabiduria, como de su proprio Solar, se manifies-

tan

tan naturales para lo que se exprime; y tan sin violencia, ò afectacion, que la mas pura eloquencia las sigue, sin ser traìda con inseparable obsequio; pudiendo aplicar à esta pequeña Historia lo que en otra ocasion dixo San Agustin mi Padre: *Tales res dicuntur à doctis, ut verba quibus dicuntur, non à dicente adhibita, sed ipsis rebus velut sponte subjuncta videantur: quasi sapientiam de domo sua, id est pectore sapientis procedere intelligas, & tamquam inseparabilem famulam etiam non vocatam sequi eloquentiam.*

D. August. lib. 4. de doct. Christ. cap. 6.

Por todo lo que cumpliendo con la obligacion se me encarga, soy de sentir, que este Libro, y Vida, no solo puede salir à la luz, por no contener cosa, en que pueda prender el aspero genio de la censura; pues no ay cosa en èl, que se oponga à nuestra Santa Fè, ni buenas costumbres, ni en que peligre lo sagrado decoroso de la Regalìa de su Magestad; antes bien se debe dar, y agradecer la licencia, que se pide por la utilidad comun, y gloria de la Pontificia, y Real Vniversidad de Cervera: concluyendo en alabanza de esta Obra con una sentencia del gran P. Agustino: *Salubri suavitate, vel suavi salubritate, quid melius?* Assi lo siento, *salvo meliori.* En este Convento de San Agustin mi Padre, de Barcelona à 31. de Marzo de 1736.

D. August. ubi sup. c. 5.

Fr. Agustin Antonio Minuart,
Agustiniano.

LI

LICENCIA DEL CONSEJO.

DON Pedro Manuel de Contreras, Secretario del Rey nueſtro Señor, y de Govierno del Conſejo, por lo tocante à los Reynos de la Corona de Aragon: Certifico, que por los Señores de èl ſe ha concedido licencia à la Univerſidad de Cervera, para que por una vez, y ſin incurrir en pena alguna pueda imprimir, y vender un Libro, intitulado: *Heroica Vida, y exemplares virtudes, del Venerable Dr. D. Franciſco de Queralt y Reart, Maeſtre-Eſcuela de la Santa Igleſia de Lerida, y primer Cancelario de dicha Univerſidad, ſu Autor el Padre Miguel Conill, de la Compañia de Jeſus, Cathedratico de la referida Univerſidad*: con que la impreſsion ſe haga por el original, y antes que ſe venda ſe traiga junto con èl, y Certificacion del Corrector de eſtarlo conforme, para que ſe taſſe el precio à que ſe ha de vender, guardando en ſu impreſsion lo diſpueſto por las Leyes, y Pragmaticas de eſtos Reynos; y para que conſte, lo firmè en Madrid à 19. de Mayo de 1736.

D. Pedro Manuel de Contreras.

FEE DE ERRATAS.

PAg.7.lin.14. Conde de Berenguer, *lee* Conde Berenguer. Pag.26. lin. final, assimismo, *lee* à sì mismo. Pag. 58. lin.8 franquendola, *lee* franqueandola. Pag.83.lin.15. *Opispo*, lee *Obispo*. Pag.84.lin.24. *pertenezca*, lee *pertenezcan*. lin.26 *por lo qual*, lee *por la qual*. Pag. 116. lin. 8. quellos, *lee* aquellos. Pag.125. lin.19. *Iesus mio que*, lee *Iesus mio, que*. Pag.158.lin.final, *obtabat*, lee *optabat*. Pag.169.lin.3. *alma de las*, lee *alma las*. Pag.173.lin.15. alomenos, *lee* à lo menos. Pag. 184. lin.14. del Norte, *lee* al Norte. Pag. 194. lin.16. *libebit*, lee *liberabit*.

Este Libro intitulado: *Heroica Vida, y exemplares virtudes del Venerable Dr. D. Francisco de Queralt, Maestre-Escuela de la Santa Iglesia de Lerida, y primer Cancelario de la Universidad de Cervera, compuesto por el R. P. Miguel Conill de la Compañia de Iesus, Cathedratico de Escritura de la referida Vniversidad*, corregidas estas erratas corresponde à su original. Madrid à 7. de Setiembre de 1736.

Lic. D. Manuel Garcia Alessòn,
Corrector General por su Mag.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real Consejo de Castilla este Libro, intitulado: *Heroica Vida, y exemplares virtudes del Venerable Dr. D. Francisco de Queralt, Maestre-Escuela de la Santa Iglesia de Lerida, y primer Cancelario de la Vniversidad de Cervera, su Autor el P. Miguel Conill de la Compañia de Iesus, Cathedratico de Sagrada Theologia*, à seis maravedis cada pliego, el qual parece tiene 26. y medio, que à dicho respeto monta 159. à cuyo precio mandaron se venda; y para que conste lo firme en Madrid à 7. de Setiembre de 1736.

D. Pedro Manuel de Contreras.

PRO-

PROLOGO.

AMIGO Letor, por mas que tomè la pluma para escrivir esta Vida, no à impulsos de mi alvedrio, sino à empeños superiores; sin embargo te protesto averla tomado con mano tremula, conociendo bien que para escrivir oy dia Vidas de Heroes no canonizados, es menester, que sepa correr mas delicadas lineas, que la de Apeles con Protogenes; pues ni puede subir muy alto divinizandoles, para que no la noten de temeraria, ni deve declinar àzia abajo, humanandoles, para que no la tachen de ordinaria, y vulgar: por esso tirè à un medio (no sè si he dado en èl) y es proponerte un Heroe virtuoso, y no un Santo milagroso; darte virtudes que imitar, y no milagros que admirar. Si eres de aquellos que solo estiman la virtud por los extasis frequentes, milagros repetidos, y acaecimientos raros, no hallaràs mucho que gustar, aunque se me diò no poco que dezir; pero hasta que passe el juicio indefectible de la Iglesia, lo mas cierto se me hace un tanto escrupuloso; y como sè yo, y no deves ignorar tu, que una virtud sòlida es la que basta para formar colosos en santidad eminentes; solo atendì à esta, y à lo seguro: y assi lo que dixere, que serà poco, ya que no te entretenga por raro, estimalo por cierto, siendo tantos los abonados testigos, quan muchos son los que oy viven, que con admiracion le vieron, y trataron, esperando que todos ellos me han de tener por corto; pero no me pareciò devia ser largo en la Vida de un Varon, que en su duracion fue tan breve, y sobre la brevedad, su gran cautela dexò mas que ignorar, de lo que se llegò à saber. Con todo en essas pocas hojas, y en sus pocos años

ha-

hallaràs una virtud constante, un vencimiento heroico, una pureza Angelica, una piedad para con Dios singular, y para con el proximo estremada; y por fin un Heroe en todo cabal: si no fuere asi, creeme, que es cortedad de mi pluma, y no poquedad del Heroe: con que imites à este, nada se me da que vituperes aquella.

PROTESTA.

HUmilde, y rendido sujeto quanto escrive mi pluma en esta Vida al dictamen indefectible de la Iglesia; y obedeciendo al Decreto de Urbano VIII. y otros al mismo fin concernientes, por si diere el apellido de Santo, ò refiriera algunos prodigios, protesto, que en modo alguno es mi animo prevenir el juicio de la Santa Sede, ni querer se me dè mas credito, que el que pide una fee puramente humana, y una diligencia no vulgar apoyada de testimonios fidedignos, pero siempre falible, hasta sobrevenir el dictamen de la Iglesia Santa, que es fuente indefectible de la verdad.


VIDA

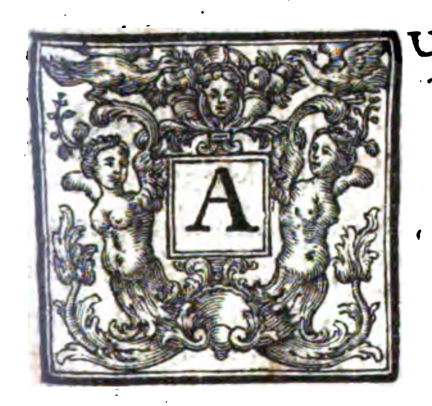

Perillust. D.D.D. Franciscus de Que-
egregia Famili Comitum a S. Columba
chidiaconus Maior et Scholarcha S. Ecclesiæ Il-
lerdens. Primus R. Cervariensis Universitatis Can-
cellarius, Vir eximiè in Deum pius, in Proximos ardens,
largus in Pauperes, in omnes benignus, in se unum acer-
bus. Obyt XXX. Iulij MDCCXXV. ætatis Suæ anno XXXVIII.
M. S.° Sculp. Romæ



VIDA DE D. FRANCISCO DE QUERALT.

CAPITULO I.

CLARA PROSAPIA, ILUSTRE NACIMIENTO, y primera niñèz de Don Francisco de Queralt.



UNQUE el assunto, que devo emprender, es la heroica Vida, y exemplares virtudes, que DON FRANCISCO DE QUERALT supo con invariable constancia seguir, y no su gran prosapia, que èl propuso siempre hollar con animosa planta; sin embargo, como los dexos de esta, sean subidos primores de aquellas: y como la profunda humildad, en que este Heroe singularmente

insistiò, tiene, no pocas vezes, por medida, muy se-gura la mayor soberania, en que se naciò, pudiendo dar nuevos, y crecidos fondos à la humildad, la misma pompa, y grandeza: me es preciso declinar, si bien con alguna violencia, la pluma àzia su clara genealogia, para que pueda despues correr sin tropiezo, y con ligereza mayor por la tabla admirable de su prodigiosa Vida.

Fue nuestro DON FRANCISCO DE QUERALT, hijo legitimo de Don Andrès de Queralt, y de Doña Maria de Xatmàr, una, y otra Familia de tanto lustre, y gerarquia tan superior, que se merecen la primera atencion entre las Noblezas Catalanas, que por su famosa antiguedad, è impavido valor descollaron en aquel Principado ostentosamente grandes. De la materna mientras busca la diligencia su primer origen, y no le halla, como comunmente se dize, que no le encontrò el desvelo de la antiguedad al Nilo, que nunca pudo, ni ver pequeño, ni descubrir arroyo: sòlo la admìra el comun respeto, mas ha de seiscientos años, baxar de la mas alta cumbre del honor, y de la gloria, donde se elevò à ser Regio, Augusto, y Coronado tronco en la gran Monarquia de Dinamarca, cuyo Real Jugo, desangrado despues en muchas ramas, las enobleciò à todas, y difundido en esta mas abundoso, la engrosò no poco, y elevò à la eminencia de una bien copada lozania, dexandose admirar entre la hermosura de sus dotadas hojas, aquellos frutos, que suele dar la Nobleza mas calificada, y son blasones de fidelidad, esmeros de valor, y à la piedad exemplos.

Fru-

Fruto fue de esta elevada rama la valentia de Guillen de Xatmàr, que por las eras del famoso, è invicto Don Jayme el Primero, Rey de Aragon, se mostrò singularmente gloriosa contra la arrogancia Agarena, que dexò muchas vezes humillada, sirviendo à su Monarca, assi en ser deposito fiel de sus altas ideas, y prudentes proyectos, como en la feliz conduta de algunas de sus mas hazañosas empressas; y en las cèlebres Constituciones de Paz, y Tregua, que formò este Rey, y para su mayor estabilidad, quiso firmaran los hombres primeros de sus Reynos: en la serie de ellos, y junto à los nombres de Guillen de Cervellon, y otro Guillen de Moncada, hallarà el curioso à nuestro Guillen de Xatmàr, en la Marca Hispanica del erudito investigador de la antiguedad el Presidente Marcà.

Fruto fue tambien de esta frondosa rama el gran Dalmao de Xatmàr, que con su valor, y conocida fidelidad, mereciò mucha cabida para con el Rey de Aragon, Don Alonso Segundo, à quien sirviò, no pocas vezes, en la Guerra con su persona, y en la Paz con su prudencia, para negocios de la mayor importancia. Y entre los primeros, fue uno de aquellos Cavalleros, que por su gran autoridad, entrò à ser testigo en el ultimo Codicilo, que hizo despues en su muerte este Rey.

Descuella assimismo la lealtad de Ramon de Xatmàr, que sirviò à su Señor el Rey Don Martin, por muchos años, de Mayordomo, y aun de Gefe animoso, en los empeños mas arduos de Sicilia, dando con sus proezas, y fieles servicios, mucho que pregonar à la fama en aquel

Reyno, y no poco que elogiar à la lengua del mismo Rey. Sirviò tambien de Mayordomo al Rey Don Alonso IV. otro Ramon de Xatmàr, Adalid tenido por valerosissimo, añadiendo al valor mucha prudencia, de que se valiò el Rey en apretados lances, y dexò altamente acreditados con aciertos.

Huvo otros, que à los blasones de la Nobleza supieron juntar los de la virtud, que son los mas lustrosos, y solos tiran de la verdadera inmortalidad los gages, como Dalmao de Xatmàr, gran Comendador de Mallorca, que acertò à hermanar lo Christiano con lo Cavallero. Francisco de Xatmàr, Religioso del Militar Orden del Hospital de San Juan de Jerusalen, de quien la piedad, y la religion se ostentaron gloriosas en el zelo grande de dilatar la Religion Catholica. Ni desmerece entre estos Heroes su lugar Sor Margarita de Xatmàr, Religiosa en el Convento de Santa Clara de la Ciudad de Gerona, muger verdaderamente prodigiosa, pues sobre los cimientos de una esclarecida Nobleza, erigiò la santidad mas heroica; cuya caridad con los pobres, la hacia ayunar casi de continuo, para socorrer su miseria: cuyo trato, y comunicacion con el Señor, era sin intermission: y con las muchas ilustraciones, que el Padre de las luces, por el conducto de la Oracion, le comunicava, respirava incendios su abrasado corazon. Fue vista repetidas vezes en portentosos extasis: estos, y la fama de sus relevantes virtudes, le dieron en la muerte universales aclamaciones de Santa.

Son los dichos, algunos de los opimos frutos, que adornaron

ron la copa de essa frondosa rama, y pude aver con no vulgar trabajo, precisandome la incertidumbre de otras noticias, y la brevedad, que en esta parte deseo, à ceñir un dilatado bosque de glorias, à menos que un tronco, y à un ramo, una selva casi inmensa de laureles. Engrandece esta Familia su Escudo de Armas con tres *Leopardos* de oro, sobre campo colorado, gloriosos acuerdos de lo que fue, y claros indicios de venir de la Real Alcuña de Dinamarca.

La linea paterna mira su claro origen del gran Udolardo, ò Uvitardo, Vizconde de Barcelona, à quien el inclito, y por tan merecidos titulos memorable, Conde Borrell, por los años de 975. vendiò el Castillo de Queralt, antemural, que era entonces de la fiereza Africana, que enseñoreada por aquellas eras de lo mas florido de España, talava su hermosa lozania, contaminava las Aras, y profanava la honestidad, haciendo gemir abjeta la Nobleza, y oprimida la libertad, y à esse compas la Religion Catholica, para cuyo exterminio se llenavan de muertes, horrores, y lamentables tragedias, las vastas playas Españolas. Entre tanto bayben de una inconstante fortuna, permaneciò siempre estable en la misma casa el Castillo de Queralt, con el Señorio de lo que aora es Condado de Santa Coloma, y assimismo por largos años el Vizcondado de Barcelona, como titulo hereditario de tan alta Familia.

El gran valor, y otras prendas de Udolardo, se grangearon en el pecho del Conde Borrell, singular estimacion, y cariño: y en su Testamento (segun el erudito

Presidente Marcà), le dexa por testamentario suyo, llamandole *el primero entre sus fieles*: y aun quizà por esso, no dudò el Conde Borrell casar su hija Hermengarda con Giriberto, sucessor de Udolardo, Vizconde tambien de Barcelona. Y si bien no acordaron algunos Escritores de esta hija del Conde Borrell, como ni de otra llamada Bonifilia, ò Bonafilla, Abadesa que fue de San Pedro de las Puellas; pero no deve quedar à la prudencia la menor sospecha, quando, à mas de constar en el Real Archivo de Barcelona, libro de feudos, la misma Hermengarda en su testamento, sacado de la Santa Seo de Barcelona, se llama *hija del Conde Borrell; y esposa del Vizconde Giriberto*; prueba la mayor de ser ya entonces altamente calificada la Nobleza de esta Familia, y muy subidos los meritos, que concurrian en Giriberto. Descollava singularmente entre las otras prendas su valor, con que repetidas vezes escarmentò la barbara ossadia de los Africanos, que por mas que avia sido su pèrdida grande en la expulsion de Barcelona, sin embargo se mantenia azechando desde las cercanias, para introducir nuevamente su furor en la Ciudad. No contento Giriberto en emplear su gran vigilancia en la defensa, empleò su desvelo en restaurar las lastimosas ruinas, que ocasionò la entrada de los Barbaros, asolando mucha parte de la Ciudad, los Templos mayores de ella, de que solo quedavan algunas ruinas, que mas servian de triste acuerdo à la comun lastima, que de consuelo à los Catholicos. En este glorioso afan, acabò Giriberto gloriosos sus dias; despues de aver dexado à la Iglesia de Santa Cruz de Barcelo-

su porcion considerable de su patrimonio; como consta del testamento lleno de religion, y piedad, sacado de la misma Iglesia.

Naciò de tan altos progenitores Udolardo Bernardo, en quien permanecieron vinculadas en la sangre aquellas prendas, que hicieron à su padre grande, y sobre el valor, que campeò en èl extremado, zanjò la prudencia mas singular, de que se sirviò el Conde Ramon Berenguer, y la Condesa Almodis, assi en lo politico de la Ciudad, como en los usages, ò proprios Fueros de Cataluña, que con acuerdo de sus magnates gloriosamente hicieron. Enlazò esta segunda vez con la sangre de los Condes de Barcelona, casando con Guila, muger que avia sido segunda del Conde de Berenguer Ramon, como consta de la Permuta, que entrambos hicieron despues con el Conde Ramon Berenguer, y la Condesa Almodis, en el año 1063. de un Castillo, que tenian junto al Monte Judayco, que dicen ser Monjuique, por otro de Castellet, que aun oy possee esta Familia; y segun el Presidente Marcà, estos mismos Condes les confirmaron en feudo el Vizcondado de Barcelona; y assimismo los Castillos nuevo, y viejo Vizcondales, fundados para resguardo sobre la mismas puertas de la Ciudad.

Siguiòse à este famoso Heroe, Guillen Bernardo de Queralt, que heredò con el Castillo de Queralt esse nobilissimo Apellido, y con la sangre el denuedo, y valentia de sus mayores. Fue muy allegado à los Condes de Barcelona, con quienes por sus proezas mereciò acreditar la gloria de sus ascendientes. Partos fueron tambien

bien fuccefsivos de effa augufta Familia dos Berengueres de Queralt: afsiftiò el primero en la Concordia, que entre sì firmaron Ramon, Conde de Barcelona, y Ponce Hugo, Conde de Ampurias; y al fegundo el Conde Berenguer Ramon, dexò por fu teftamentario; y defpues de poner en primer lugar à Dapifero de Moncada, pone en fegundo lugar à effe Berenguer de Queralt. Sucedieronfe una muchedumbre de Pedros de Queralt, en cuya firmeza fentò, como bafa incontraftable, la fidelidad fiempre confagrada à fus Soberanos, y afsimifmo à la Fè de Jefu Chrifto, oponiendofe por todas partes à los embates de la furia Africana, que defeava embolver en eftragos por effe tiempo à la Religion Catholica.

Pero entre todos eftos Pedros, quien mas gloriofamente defcollò, ya mas vecino à nueftras eras, fue aquel celebre Pedro de Queralt, à quien por fu intrepido valor apellidaron *Corazon de Roble*; y con razon, porque era fu pecho, no folo centro del valor, fino aun de la offadia; pues fin aver conocido jamàs el roftro à la cobardia, no imaginava fino encuentros los mas arduos, y combates los mas dificiles en defenfa de la Fè, y en ayuda de fu Soberano: fiendo maxima fuya, que fi Hercules colgava en el Templo de la fama un blafon en cada un año, devia èl eternizar en el Templo de la Fè, y de la Religion, muchos trofeos en cada dia; y no le era dificil hallar ocafion, quando aun los Moros campeavan por muchas partes de Aragon, y de Efpaña, infolentes; pero configuiò fu gran denuedo intimidarles, y aun hacer menguantes fus Lunas: con effo no huvo negocio arduo, ni

empressa de valor en que el Rey Don Jayme, llamado el Conquistador, no le quisiera à su lado, como fueron las de Mallorca, Valencia, y Murcia, y otras mas menudas, y sin numero de estos Reynos. Y quando el Rey Moro Gaen, rindiò à partido la Ciudad de Valencia, entre otros grandes Señores, que juraron, fue uno Pedro de Queralt, segun Zurita. Fue assimismo uno de aquellos ocho varones, que señalò el Rey para componer las diferencias havidas con el Vizconde de Cardona: y queriendo este mismo animoso Rey embarcarse para la Guerra sagrada, y conquista de Jerusalen, entre otros muchos era este Adalid, uno de los que le ladeavan, en cuyo intrepido valor, afianzò siempre gran parte de su seguridad.

2. Pero porque confina muchas vezes el gran corage con la temeridad, en una de sus ossadias se hallò este Heroe incautamente oprimido de un tropel, y numerosa turba de Moros: y como no aya fuerzas para contrastar la muchedumbre, pues ni el mismo Hercules contra dos, fue preso por fin de los Barbaros, quienes para certificarse de su valentia, quisieron verle en el palenque combatir con la ferocidad, y braveza de un desmedido Leon: Nò rehusò el empeño nuestro cautivo, mostrandose tan impavido, que arremetiendo la fiera, la recibiò con denuedo, y hizo victima de su valor la saña toda del melenudo bruto, cuya hazaña queda eternizada en el marmol de su sepulcro, donde sus cenizas sirven de memoria al valor, y està gloriosamente situado en la misma Villa de Santa Coloma en la Iglesia de los Padres Merce-

narios, que es fundacion, y pio monumento de esta Casa. Y aun por tan noble desempeño, piensan muchos, ilustrò despues esta esclarecida Familia su Escudo de Armas con un Leon rapante de oro, coronada la cabeza, y puesto sobre campo colorado.

Casò este famoso Heroe con Berenguera de Cervellòn, de quienes naciò al mundo otro Pedro de Queralt, que igualò à su padre en el ardimiento, sirviendo al Señor Rey Don Pedro el Grande de Almirante en la guerra contra Othomanos; y en otra Armada Catalana contra Carlos Rey de Sicilia, despues de aver el Rey nombrado à su Primogenito Almirante, para Directòr, y Vice-Almirante le diò à Pedro de Queralt, quien con veinte y dos Galeras bien aprestadas, embolviò en estragos al enemigo, que en Vasos, y gente era excessivamente mas fuerte, llevandòse en triste cautiverio passados de quatro mil hombres, con muchas Galeras, que apressò, despues de aver echado à fondo otras, y mucho numero de Vasos menores. Este es aquel cèlebre Pedro de Queralt, que junto con Rodrigo Ximenez de Luna, desde la Ciudad de Palermo fueron embiados de su Magestad por Embaxadores al Rey Don Carlos de Jerusalen, y en el gran valor, y fidelidad de este Heroe, confiriò el Rey Don Pedro el desempeño de su derecho en el Reyno de Sicilia, aviendole nombrado para que saliera al palenque en aquel tan celebrado acto de duelo, que devia ser entre tantos, y tan esforzados campeones de uno, y otro Partido, y deviendo ser declaracion de la Justicia la decision del choque, y deviendo quedar para aquel el Reyno, cuya fuesse

la

la vitoria. Fue tambien señalado Capitan General en el Reyno de Sicilia, acreditando con el govierno su valor, y prudencia.

Omito alargarme en otra infinidad de hazañosos Varones, como los Gueraus de Queralt, uno Mariscal del mismo Rey Don Pedro, su gran Privado, y Embiado al Rey de Castilla, segun Zurita; otro que sirviò al Rey Don Fernando el Catholico de Governador en el Principado de Cataluña; Dalmau, segundo de este nombre, que mereciò casar con Doña Juana de Alagon, cuya antiguedad de Casa, y castiza Nobleza corre parejas con los mismos Reyes; y otros, que podrà ver el curioso esparcidos en varias Historias, que tratan de la Conquista contra los Moros, que no es fácil reducirlos à numero, ni seria bien nombrarles sin elogio. Y aun en los tiempos mas vezinos campeò glorioso en defensa de la Fè, y de la Religion el valor de Don Luis de Queralt, el que se diò singularmente à conocer en los Mares de Lepanto en servicio de aquel animoso Gefe Don Juan de Austria, en aquella famosa vitoria, con que dexò aterrado al gran Selin, despues de aver èl aterrado tantas vezes al mundo con sus hechos, y con su fama. Entre muchos Heroes denodados, como concurrieron en esse sangriento combate, sobresaliò tanto el valor de Don Luis de Queralt, que mereciò del Santo Papa Pio Quinto, gloria de la Tiara, y timbre de la Religion Dominicana, una honorifica Bula, en que despues de aver ensalzado sus proezas, en atencion à servicios tan relevantes hechos en obsequio de la Religion, y de la Fè, derrama la preciosidad de los teso-

 ros

ros de la Iglesia, concediendo en el dia de la Assuncion de Maria à los Cielos Jubileo plenissimo à todos los que confessados, y comulgados visitàren la Iglesia de la Merced de su Villa de Santa Coloma, fundada por sus ascendientes, y rogàren por la exaltacion de la Santa Fè, por Don Luis de Queralt, y por toda esta esclarecida Familia.

He aqui el blason mayor de esta Familia, sobre la fidelidad, que deve ser la basa de la Nobleza, y siempre sus Progenitores zanjaron en su Casa, representandonos la fama, y las historias en todos tiempos à sus claros ascendientes, empuñando el acero en defensa de sus Soberanos. Assimismo se nos muestran azorados gloriosamente de un amor, y zelo incomparable à la Religion Catholica, siempre prontos, y apercibidos para lidiar con las fieras Africanas, que por tantos años campearon insolentes sobre la faz hermosa de España, deviendose à la piedad, al valor, y à la sangre, que sacrificaron estos famosos Heroes en defensa de la Religion, y de la Fè, que bolvieron à ser campos fecundos de Christianas virtudes, aquellos que solos los pecados pudieron hacer heriales de abominacion, y torpeza. Por esso respondiò con acierto, mas que de Barbaro, aquel Moro, que preguntado de un Catholico, como por donayre en su expulsion, quando bolverian otra vez à España? Bolverèmos, dixo, à essos Paises, quando vuestros pecados fueren mayores, que los nuestros.

Todo esse caudaloso rio de gloria, y honor, que dilatò, y engrossò sus corrientes con tan larga duracion de

si-

siglos, y succession de famosos Heroes, entrò de golpe à enriquecer, y ondear las venas de Don Andres de Queralt, Señor del Castillo de Queralt, y del de la Torre Den-Barra, Conde de Santa Coloma, Marques de Albolote, con otra larga serie de Señorios, Baronias, y Excelencias; y no fue la menor ser padre de nuestro portentoso DON FRANCISCO. Era Don Andres, Cavallero en quien se hermanavan la piedad, y la Nobleza, y hermanadas se mejoravan en explendor: su devocion era tan tierna, que solo oìr hablar de Dios liquidava su corazon, y humedecia sus ojos, mostrando siempre una singular piedad para con los pobres, y para con sus vassallos un tierno amor; y à la Nobleza heredada de sus mayores, supo su gran fidelidad para con el Rey, añadir nuevo realce, mereciendo de la Real largueza la gracia de Llave de Oro con entrada, y exercicio.

Era la Condesa su esposa, una de aquellas Matronas grandes, que aciertan à componer el mas alto Señorìo con aquellas faenas, y tareas ordinarias de casa, que por lo comun se miran como agenas de Señoras de semejante calidad, quando son su mas lucido esmalte. No le era estorvo su gran Nobleza, y calidad para ser humilde, devota, y limosnera, sabiendo su benefica mano repartir por una parte à los Altares, y à los pobres, lo que por otra sabia afanar en el retiro con sus criadas. Pero sobre su singular recato, honestidad, y prudencia, en lo que se mostrò mas admirable esta Señora, fue en el cuidado de su Familia, y educacion de los hijos, que si bien en sentir de quantos trataron con familiaridad en esta Casa, era

una

una de aquellas, que llevan consigo como hereditaria la bondad en los hijos, sucediendo de unos à otros las virtudes como herencia, y la piedad como patrimonio; sin embargo aquellos que propensa la naturaleza formava buenos, un cuidadoso desvelo les passava à mejores: y aun por esso parece quiso la Divina bondad fiar à su gran vigilancia tantos, pues derramando à manos llenas bendiciones, y haciendo dichosamente fecundo tan santo matrimonio, les diò el gozo de ver à un mismo tiempo vivos, y fuera ya de todos los estragos pueriles, catorce hijos, seis hembras, y ocho varones: mucha prole, y mucho desvelo à la verdad para un padre, que fuera necessitado, y à quien cada hijo fuera, como suele, una zozobra; pero era para ellos cada hijo un consuelo, y un colmo de fundadas esperanzas.

Tres de aquellas, abandonando las lisongeras esperanzas con que las podia alhagar el mundo, y su Nobleza, y atraìdas dulcemente del casto amor al Divino Esposo, le consagraron su virginal candor en los años mas floridos, y aun oy enriquecen con frutos de santidad admirable el ameno Paraiso de la Religion Serafica; dandose à las demàs maridos en todo correspondientes à su calidad. Al Primogenito, llamado Don Juan, el deseo de condecorar su Nobleza con lenguas, y noticias peregrinas, le sacò del nativo suelo, y trasladò à Reynos estraños, singularmente al de Francia por mucho tiempo, en donde adornò con nuevo explendor sus muchas prendas, que despues enlazò con Doña Francisca Descallar, hija mayor de los Marqueses de Besora, Solàr en Cataluña

sia tan conocido, que es por demàs todo elogio, y Himeneo en todo tan cabal, que cada uno de los dos fuera bastante para hacer lustrosa su prosapia.

De los otros hijos, dos de ellos consagraron en noble, y Militar empleo à Marte su espada, y en servicio de los Monarcas su ilustre sangre; dedicandose los demàs en heroico holocausto entera, y perfectamente à Dios: uno llamado Don Andrès, con habito secular, hizo vida del mas observante Religioso, y merecieron sus virtudes portentosas que aun viviendo, le apellidara la voz comun con el glorioso nombre de *Santo, y Angel purissimo*; y de èl hablarèmos con alguna mayor difusion en otro lugar.

Los demàs subieron todos por lucidas sendas à la altera del Sacerdocio: siendo uno de estos, el que deve ser dulce objeto de mi afecto, y afán de mi pluma, nuestro DON FRANCISCO DE QUERALT, que naciò dia de Jueves Santo, y por esso solia llamarse *Hombre de Semana Santa, y nacido para padecer*, y fue à los 13. de Abril, año 1686. en la Ciudad de Barcelona, Cabeza del Principado de Cataluña: renaciò luego por el Bautismo à las puras luces de la gracia en una de las Parroquias de aquella Ciudad, llamada Santa Maria de la Mar. Pusieron al Niño por nombre Francisco de Paula, y con el nombre parece recibiò la idea de virtudes de esse gran Patriarca, y gran Thaumaturgo de la gracia, esmerandose siempre en imitarles, singularmente en la caridad, pudiendo la suya ser emula de la que à tan esclarecido Santo sirviò de ilustre blason: ya en los primeros arrullos de la cuna natura-

leza,

leza, y gracia parece iban à porfia, siendo tan estremada su belleza, y tan rollizo el rostro, que llenò de admiracion: dando tambien señas en aquella tan tierna edad de su genio apacible, y amabilissimo: pues ni aun aquellas primeras lagrimas, y llanto, que es comun en el nacer, y triste presagio de salir con el trage de Adan, y entrar en este valle de miserias, se dexaron ver en este tierno Niño; ni despues parece sabia llorar, repitiendo con frequencia, y con algun sentimiento suyo: *Ha! y quanto deseo llorar! mas mis ojos parece no se destinaron al llanto, sobre que ay en mi motivos muy sobrados para la amargura.*

Era en tanto extremo el sufrimiento aun en los primeros años, quando el menor accidente suele alterar toda la serenidad, que los sinsabores, que en otros de mayor edad, sobràran para sacar tristes quexidos, le servian à èl de pueril entretenimiento, y de diversion à los demàs, que tal vez gustavan de inquietarle, solo por admirarle sufrido. Qualquier Imagen, ò Rosario era gustoso jugete de sus delicadas manos; abocandose mas intrepido à essos digecillos, que al dulce pecho de su Ama; la qual protestò, que quantas veces le aplicava à su regazo, à diferencia de qualquier otro, y aun de sus proprios hijos, sentia en sì una ternura devota, y una devocion tierna, con un genero de santo embeleso, que se dava mas facilmente à entender en los afectos de su corazon, que à explicar con la lengua. Essa, y mayor menudencia de acciones no ignoro que cabe anchamente en la esfera de lo natural, y en la muchedumbre de los acasos; pero no ay para que defraudar à la curiosidad de ellas, ni al Niño

de

de esse esmalte, aviendo sido tantas veces en varones de superior gerarquia, felices presagios de heroica santidad.

Apenas comenzò à desplegar la razon los primeros crepusculos de luz, quando se dexò ver de entendimiento claro, amable de genio, y docil de natural, y que ya hablava con acierto, quando apenas acertava à hablar; pues à la suavidad de la leche, sucedieron luego à sus delicados labios los dulces, y frequentes nombres de Jesus, y de Maria; y no bien avia llegado à los quatro años, quando ya tenia fielmente encomendadas à la memoria, à mas de las oraciones comunes de la Iglesia, algunas particulares, que rezava no solo à las horas señaladas por su Maestro, mas en qualquier tiempo, y à la menor insinuacion, aunque fuera de algunos de sus criados, mostrando en ello singular gusto, y rara propension.

Se hacian assimismo reparables en essos primeros años otros ademanes misteriosos, que davan à congeturar virtudes muy superiores; porque era tanto su recato, que ya se resistia à qualquier contacto, especialmente de mugeres, à que con suma dificultad se allegava, mirandolas con aquel pavoroso horror, que suele la mas incauta avecilla apenas salida del nido, sin saberse con que instincto, huir del ave de rapiña. Solo à qualquier mendigo se allegava con gran gusto, y mayor, que à otros de su calidad, y nobleza, repartiendo muchas veces à los pobres lo mismo que se le dava para sus meriendas, guardandolo con gran reserva para quando no avia de ser visto de nadie de su Casa; siendo à la verdad mas admira-

blado, con mostrarle el Santelmo de la Misericordia, y Bondad Divina, que no condena à quien no quiere condenarse. Y quedò el Confessor bendiciendo, y alabando al Señor, por vèr quanto avia entrañado en el corazon del Angelito el amor de la eterna salvacion; pues assi se avia afligido, y consternado solo de oìr, que podia perderla; y exclamò interiormente: O alma verdaderamente dichosa! que quieres dever tus aciertos à la apacible marèa de una verdad oìda, mas que à los furiosos uracanes de un torbellino padecido!

Sin embargo desde aquel dia, y sermon ya no quisiera Francisco senderear sus passos, sino unicamente por las huellas mas seguras de Varones Santos, y de exemplares Religiosos, haciendose imitador de sus mas devotos exercicios. Con este deseo, aviendo oìdo que las personas espirituales, y santas se davan à la oracion, pidiò con humilde rendimiento à cierto Religioso de San Francisco de Asis le declarasse algun modo, como èl pudiera tambien tenerla. Sonriòse à tal peticion el Religioso, persuadido naceria solo de aquel vano apetitillo, con que muy ordinariamente los niños aspiran à emular las obras, y acciones de los mayores; mas presto se desengañò; porque como varias veces lo avia visto en la Iglesia de su Convento fronteriza à las Casas de sus padres, que despues de oìda Missa, y rezadas otras devociones, se quedava largo tiempo arrodillado, mudo, y muy quieto delante de alguno de sus Altares; preguntòle, què hacia en essos ratos, que se estava en la Iglesia sin rezar? Y escuchò en tan verdes años pensamientos tan maduros, y que respirava

boles, que han de durar poco, anticipar en abundancias, lo que han de faltar en años. No avia aun bien cumplido los nueve, quando eran tan frequentes sus confessiones, que rara vez passavan de ocho dias, acompañadas de dolor tan vivo, y expressiones de sentimiento tan agudo, que causava admiracion, y aun alguna vez lagrimas al mismo Confessor, viendo con señas de uno de los mayores pecadores del mundo, à quien todavia adornava la gracia Bautismal, y estava tan lexos, y ageno de perderla, como se echarà de vèr en el siguiente caso.

Oyò por este tiempo uno de aquellos sermones, que no pretenden lisonjear vanamente los oìdos, sino herir penetrantes el alma; y se lo imprimieron tan altamente en la memoria, aunque tierna, los ecos de aquella sonora trompeta, que solo tirava à derribar muros rebeldes de Jericò, que aquel noble, y pacifico Alcazar de Sion no se diò por bien seguro: y assi al otro dia, sin mas tardanza, atemorizado, y temblando se fue à los pies de su Confessor: *Padre* (le dixo) *yo quiero ir al Cielo, y salvarme; y oì al Predicador, que podia facilmente caer, y perderme para siempre; y esto me tiene en tanta congoxa, que no puedo dormir, ni sossegar.* Admiròse justamente el Confessor, de que fuesse tan linze para el desengaño aquel, que era sin ojos para la malicia. Alentò como diestro, y experto Piloto la nueva barquilla, que todavia amarrada al tranquilo puerto de su inocencia, se assustava, y turbava por los uracanes, y furiosas borrascas, que solo combaten à los que se hallan mas engolfados en el alto, y proceloso mar deste mundo. Serenòle de aquel repentino vano nu-

pensando que este Muchacho, y Secular servirà de Fiscal à muchos Varones, y Religiosos.

A esta oracion, y devocion en el templo juntava las demàs obras correspondientes, y à que su possibilidad por entonces se podia estender. Porque como Job decia de sì, que avia sacado del vientre de su madre la misericordia, y compassion; assi FRANCISCO por este tiempo iba descubriendo las entrañas de piedad, que despues siempre tuvo con los pobres, y afligidos; afirmando muchos Padres de aquella Casa, que se anticipavan gustosos à parage sobre la Plazuela, ò Atrio de la Iglesia, y Porteria, donde son muy frequentes los pobres, y esperavan alli el tiempo de venir nuestro DON FRANCISQUITO, para lograr la santa, y dulce complacencia de ver como aviendo alcanzado en su casa algunos dinerillos, y reservado à esse fin de lo mismo, que se le dava para el almuerzo, y merienda, al llegar à la Porteria, despues de aver registrado si podia ser visto de alguno, lo repartia gustoso entre la muchedumbre de mendigos: y solo se le reparava alguna tristeza, quando, por ser la limosna poca, y los pobres muchos, se resentian algunos mal contentadizos, à los que siempre esperanzava para otro dia, sin que la tropelia le sirviera de enfado, ni de mohina las quexas; antes un sumo agrado, y un apacible semblante afianzavan de nuevo su amor, y su compassion, para aliviar sus miserias. Y en esto se entrava en la Iglesia, casi como quien huìa de ellos, y no le sufria el corazon vèr al pobre delante de sì, y no poderlo socorrer. Hermoso enlaze, que interiormente le dictava el Espiritu Santo, esconder antes en el seno

del

del pobre la limosna, que rogasse por èl, y luego entrarse en el Templo à orar, y rogar à su Divina Magestad por si mismo.

Con estas bellas qualidades, y amabilissimas prendas, que se le descubrian mucho mayores al passo que iba creciendo en edad, se grangeava atenciones mas que de muchacho, y respetos hasta de los Varones mas graves, que congeturavan fines muy gloriosos de principios tan bien fundados. Pero nada de esto le engreia, antes se mostrava à sus padres, y todos sus mayores sumamente docil, y rendido, oficioso à sus proprios hermanitos, y à sus mismos coetaneos blando, y amoroso, siendo dulce hechizo de ellos, solicitandole ya entonces cada uno por compañero, y amigo: propria excelencia de las virtudes, que quiso el Soberano Dios tan bellas, y tan hermosas, que tengan el primer lugar aun entre aquellos que solo saben amar por instinto. Fue creciendo de suerte en Don Francisco essa suavidad en el trato, y amabilidad de genio, que despues quando mayor uno de los Señores Obispos de este Principado, aviendo conferido con èl por largo rato, como medianero, que era, de un Cabildo para con su Illustrissima, y en negocios de poco gusto para el Prelado; dixo este despues delante de muchos, arrasados sus ojos de lagrimas: *O santo Cavallero! cierto que has llegado à lo que refiere Josepho de Moyses, que nadie fue tan dueño, y señor de sus afectos, que pudiera verle, y tratarle sin amarle! Confiesso, que las palabras de este Cavallero, que escucho siempre como de santo, me obligan à executar, lo que nunca avia imaginado.*

No conocia en estos tan tiernos años las travesuras, è inquietudes, que son tan frequentes à los muchachos de essa edad, sin pronunciar aquellas puerilidades, que passan por dichos de niños, y propassan los fueros del honor, y de la decencia, parando comunmente despues en desemboltura, y por fin en desahogo dificil de remediar; antes bien juntava à este agrado, y apacibilidad pueril, una varonil prudencia, y un sossiego, y compostura singular. Assi lo confirma uno de los Jesuitas, que se gloria averle tenido Discipulo de los primeros rudimentos de la latinidad, que por esse tiempo avia comenzado: *Quando tuve la dicha* (escrive esse Jesuita en una Carta) *tener por Discipulo en el Colegio de Cordellas à esse Cavallero santo; siempre que le mirava, me parecia un Angel en la modestia natural, y compostura: su humildad, y encogimiento le hacia tan timido, que solo con que yo levantàra la voz para otros, se intimidava èl; por lo que asseguro no me diò motivo alguno, porque le huviera de reñir, no solo en materia de letras, pero ni aun de otras inquietudes, que por lo comun parecen inseparables de essa edad: y su genio, y buen modo me robavan tan dulcemente el corazon, sobre todos los demàs, que no contento de admirar sus acciones, passava ya entonces à venerarlas.* Hasta aqui essa discreta pluma en una Carta, afirmando en otra, que à pensar èl avia de sobrevivir à tan santo, y exemplar Cavallero, tendria notados muchos, y admirables exemplos de su santidad excelente.

Y aunque esta bondad, y blandura de natural es harto peligrosa en los muchachos estudiantes, constituyendolos faciles, y expuestos à dexarse incautamente llevar de

otros

otros divertidos, y poco aplicados al estudio, no peligrò, ni diò en este escollo FRANCISCO; antes bien despues del cuidado de su alma, diòse con el mayor conato al estudio, que avia emprendido de la latinidad, que mirava como su segunda obligacion; y con esto su claro, y despierto ingenio hizo muy crecidas, y presurosas medras, y notables ventajas à otros sus Condiscipulos. Y pudo ser contribuyesse tambien benigno el Cielo con sus particulares influencias: porque ya por esse tiempo nunca dava principio al estudio, ni emprendia otra tarèa, que huviesse de llevar al Maestro, sin que de antemano saludasse à MARIA, como Madre de la mas verdadera, y solida Sabiduria, pidiendole, le consiguiera un destello de aquella perene Divina Fuente de luz, con que se despejan las pardas sombras del entendimiento, y se aclara lo mas obscuro de las ciencias. Y quien duda, que no seria ageno de la benignissima Madre de la mejor Sabiduria, embiarle algun especial rayo de celeste luz al que con tanta inocencia, y tan sincero corazon la tomava por su Maestra, y en adelante avia de ser toda la vida tan cordial hijo, y devoto suyo?

2 Con esto le vino muy à gusto, y à medida de su afecto, y devocion lo que en las mismas Escuelas de latinidad encontrò. Porque como la Compañia de JESUS, atenta siempre al Norte de su Instituto, con la enseñanza de las letras busca tambien el fruto espiritual de imponer la juventud en el santo temor de Dios, y aficionarla en la mas tierna devocion de MARIA; no sufriendo tengan por Maestra à la Compañia, sin que veneren à un tiempo à MARIA

D por

por Madre, chupando con los preciosos nectares de las letras, los mas puros candores de la devocion; forma à este fin de todos sus Estudiantes, baxo la invocacion de esta Reyna Soberana, una Congregacion con especiales reglas, que prescriben à los Congregantes diferentes devociones, encaminadas todas à esse blanco, y entre ellas, que confiessen, y comulguen cada mes, y asimismo otras particulares Festividades del año. Apenas supo FRANCISCO de esta Congregacion, y que tenia por Patrona à MARIA, solicitò con ansia tanta dicha, y se dispuso para entrar en ella con el previo aparejo, que se pide de una Confession General de toda la vida, la que hizo, recorriendo por sus pocos años, y por sus mas menudas acciones, y palabras, acompañandola de tanta amargura, y dolor, como si su vida huviera sido la mas rota, y enredada en culpas; y no antes un cristal transparente, donde uno, ù otro atomo menudissimo, solo la llegava à manchar: y asseverò despues el mismo Confessor, que era un Jesuita, le avia dado aquel Cavallerito mucho que sentir la tibieza, con que èl se dolia de sus proprias faltas, respeto del vivo sentimiento, que en aquel Angelito avia visto, y admirado. Alistado, y consagrado à MARIA DON FRANCISCO con el especial ofrecimiento, que estos Congregantes hacen en alta voz, y publicamente el dia de su admission, de defender, quanto les fuere possible, su Concepcion en gracia; no es decible lo que subiò de punto su amor para con esta Señora, reconociendola por especial Madre suya, y consagrandole en las placables aras de su gran piedad sus estudios, su vida, sus afectos, y asimismo entera, y per-
fec-

fectamente, suplicandole humilde, le defendiera, y desviara de los fatales escollos, en que suele peligrar la juventud al primer desplegar de las velas, en que es menos cautelosa, por poco experimentada. Asseguró, que desde esse tiempo nunca avia mirado Imagen de MARIA, sin que tributàra con la interior aun exterior reverencia, sintiendo en su corazon ternura particular de hijo, y abundancia de cariñosos afectos àzia esta gran Señora, como à especial Madre suya.

El timbre de Congregante le empeñò à nuevos esmeros en su devocion: no faltava à alguna de las funciones, que prescriben las Leyes de essa Congregacion: assi menudeava, y escrupulizava en sus Reglas, como si fueran otros tantos preceptos del Decalogo: y si tal vez advertia alguno de los Condiscipulos, no tan cauto en su observancia, le dava con toda la obligacion por delante, advirtiendole, que aquello no se podia decir, ò hacer, por ser contra la Regla de la Congregacion, citando, y trayendo à la memoria toda la formalidad de sus palabras. No omitia por accidente, ni acaso alguno de rezar todos los dias atento, y devoto à MARIA su Rosario; y dixo despues en sus postreros años, no avia jamàs olvidado rendir à su querida Madre este corto tributo, que deve ser el menor obsequio de sus devotos. Fueron tambien en adelante con mayor frequencia sus Comuniones, en que hallava singularissimos consuelos, y suavidad interior, quedando algunas vezes, despues de aver comulgado, tan absorto, y engolfado en las dulzuras grandes, con que el Señor inundava su corazon, que era menester asirlo con

gran violencia de la ropa para desasir su alma de aquel profundo mar de apacible consolacion. Y èl mismo dava buen testimonio en sus postreros años; quando probado de su Magestad, como dirèmos, con amarguissimas sequedades de espiritu, hacia frequente memoria, y triste cotejo de la esterilidad, y desolacion presente, con el abundoso riego de dulzura, y miel, con que por este tiempo avia el Divino Hortelano regado, y mantenido el tierno plantel de sus primeros fervores, y virtudes. Verdad es, que èl mismo se ayudava no poco para mantener, y aun acrecentar por su parte esta devocion en las Comuniones sagradas: porque ya entonces juntò algunos libritos espirituales, que tratan el modo, y disposicion, con que se deve dignamente recibir esse Augusto Sacramento, y de las incessantes gracias, que por tan alto beneficio se le deven despues rendir: en los quales leìa èl atentamente un buen rato antes, y despues de la Comunion, siguiendo su corazon fervorosissimamente todos aquellos afectos, que en ellos encontrava expressados: y aun quando mayor tenia por muy loable, y conveniente esta costumbre de valerse los jovenes de semejantes libritos despues de la Comunion, y en otras ocasiones de orar en los Templos; porque assi (decia) recogen à un tiempo los ojos, faciles de vaguear en essos años: estrechan, y atan su mente inconstante à la materia, que el libro les ofrece: confessando èl aver desfrutado uno, y otro beneficio de essos manuales quadernillos en los Templos, sin aver permitido en ellos jamàs à su vista el menor registro de cosa, que no fuera santa, y sagrada.

Quien

Quien con essa cautela procedia en la vista, nada menor la tendria en la exterior compostura, y en el hablar. No era caso de irle à tratar negocio alguno mientras estava en la Iglesia, ni esperar respuesta suya, aun sobre la dependencia menor. Varias veces sucediò preguntarle cosa, à que con sòlas quatro, ò seis vozes podia satisfacer; y con todo salir fuera à responderlas, y respondidas, bolverse à entrar en la Iglesia à continuar sus devotos exercicios. Ya entonces le desagradava en extremo, y le llegava muy al alma aquella urbanidad (que muchos llaman mejor liviandad) quando, aun patente el mismo Dios Sacramentado, se rinden corteses atenciones à las mugeres con desatencion al mismo Dios: y sobre ser de un natural tan dulce, y sufrido en todo lo que à sì tocava, no tenia aguante para ver irreverencia tanta, y desacato à la Magestad Soberana de su Dios tan amado. Y assi en tales casos, dexando el puesto, que avia tomado, se retirava à otro lugar, ò rincon de la Iglesia, donde sin tan gran desorden pudiera orar con mayor paz, y quietud. Ni ay quien se acuerde averlo jamàs visto en el Templo (quitado el tiempo de Sermon, ò de assistir en Coro despues quando Prebendado) que no estuviesse indefectiblemente de rodillas. Y como varios en diferentes ocasiones quisieran persuadirle que se sentasse por lo menos algunos ratos, motivandolo con la sobrada fatiga, y quebranto de su cuerpo en continuar una postura tan penosa por tan largo tiempo, como èl la continuava; su respuesta siempre fuè, que ya la tenia acostumbrada desde niño; y assi no le servia de mortificacion, antes de quie-

tud,

tud, y sossiego: ni aun le ocurria jamàs otro modo de ponerse en tan sagrado lugar. Tanto como esto puede acostumbrarse bien desde la niñèz: y quales se formaren niños, se hallaràn despues sin trabajo, y casi sin advertir, quando mayores; por esso dixo el Espiritu Santo: No le està sino muy bien al varon aver traìdo sujeta la cerviz al yugo desde la niñèz primera.

Con este tenor de vida tan santa, è inocente llegò Don Francisco al termino de sus estudios de la latinidad, y letras humanas: y queriendo el Jesuita Maestro, que los Discipulos de su Classe desempeñàran su ingenio, y pericia en publico, y en un Certamen literario, donde se prueban à la juventud las valentias del ingenio, y los quilates del saber; à pesar de la gran humildad, modestia, y encogimiento, escogiò à nuestro Don Francisco su Maestro, por la singular satisfacion, què de su habilidad tenia, assi para repetir los Autores mas magistrales, y explicar donde se le señalasse, à gusto, y eleccion de los assistentes, como en componer de repénte en Verso, y Prosa al assunto, que se le quisiere determinar: dando en el dia señalado tan cabal satisfacion à uno, y otro de los empeños, que de justicia pudo pedirle à Apolo su ramo de Laurel, y à Minerva el suyo de Olivo.

***

CA-

CAPITULO III.

ESTUDIA LA FILOSOFIA, Y THEOLOGIA *Sagrada: se gradùa en esta de Doctor, y dà nuevos exemplos de virtud.*

TErmino critico, y clausula suele ser muy expuesta à la juventud menos cauta, quando dexadas las Escuelas de la latinidad, entra en el estudio de la Filosofia: concibiendo, que saliò ya de esclava atareada, y sujeta al castigo, y empezò por fin à ser enteramente suya, y à gozar de lleno de su natural alvedrio: y en edad todavia tan inconsiderada, y expuesta al primer impetu, y assalto de las passiones todas, provocada al mismo tiempo de los malos exemplos, que suelen ser mas frequentes, salen muchos de los jovenes del estrecho, y seguro camino hasta entonces seguido, metiendoles su aprehension de libertad, y vivo apetito de desfrutarla en el anchuroso de su perdicion espiritual, y aun de la temporal no pocas veces: à fuer de paxaritos noveles, que empezando à bolar solos, mas facilmente se arroxan al ramo verde, en que les tiene el Cazador vigilante prevenida la muerte, el lazo, ò la prision.

Todos estos peligros evitò nuestro nuevo Filosofo, porque su gran madurèz en el juìzio, solidèz en la virtud, y exterior compostura le servian de seguro, para correr sin riesgo essa vaga, y peligrosa esfera: sin embargo no quiso emprenderla, sin que antes precediera el beneplaci-

to de ſu padre, y el dictamen de ſus Maeſtros, àſsi domeſtico, como externo, dexando toda ſu libertad en manos de ſu eleccion: eſtilo à que deſpues ſe ataron ſiempre ſu profunda humildad, y la gran ſolidèz de ſu juizio; nunca entrando en eſtudio, ocupacion, ò determinacion de monta, ſin que primero la nivelàra, ò bien con el precepto, ò alomenos con el conſejo de los que podian mandar, ò aconſejar prudentemente. Con eſtos tan buenos principios emprendiò DON FRANCISCO la tarèa Filoſofica en el Seminario de los miſmos Jeſuitas de Barcelona, à cuyas Eſcuelas ſon tambien admitidos los Eſtudiantes de afuera, que no ſon Seminariſtas: y comenzòla con tanto afán, y ardimiento, como ſi de ſolas las letras pendiera ſu ſuſtento, y ſu fortuna: y no ay mucho que fiar de eſta inconſtante rueda, que tal vez à los que ayer ſubiò à Reyes, y Emperadores les baxa oy à vivir de ſu ſaber: digolo por un error mal introducido por lo comun entre los Nobles, que quieren ſolo vincular las letras al ignoble, pobre, y deſvalido.

Fuè muy otro el concepto, que formò ſiempre de las letras DON FRANCISCO; y aun por eſſo aplicò ſu mayor deſvelo en aprenderlas, ſolicitando quantos medios concibiò, deſde eſſe tiempo, utiles para la conſecucion de eſſe fin. Ninguno era mas puntual en acudir à las funciones todas, que podian ſervirle de enſeñanza: ninguno mas indefectible en ir à tomar, y eſcrivir las liciones, con la coſtumbre muy loable, que en eſto conſtantemente obſervò, y era de entrarſe en la Igleſia de los Jeſuitas, y hacer una breve oracion, antes de llegar à las Eſcuelas, ò à

tra-

tratar de las letras con los demàs Estudiantes: lo que executava assimismo despues de acabada su tarea, antes de bolverse à casa, assi en la licion de la mañana, como tambien en la de la tarde. Para conferir estas liciones, y controvertir las dificultades, elegia aquellos Condiscipulos, ò Concursantes, que mas sobresalian en ingenio, descollavan en virtud, y se mostravan mas quietos; y qualquier se allegava à èl con mucho gusto, porque su rara amabilidad, aun en la misma riña, ò lucha literaria, era el mas suave atractivo: pues si arguyendo le dava el respondiente una solucion razonable, luego se aquietava con ella; y en caso de no ser bastante, si à primera, ò segunda rèplica no podia sacar mas, no por esso insultava como vencedor, sino que dexava en esse estado la dificultad, remitiendose à lo que preguntado diria, y explicaria despues el Maestro. Y si tal vez respondiendo acicalava su razon el argumento del competidor, por mas que hallasse aquel efugio, que era bastante para escapar, si no lo era para entender, y satisfacer enteramente, luego dava la vitoria al arguyente, confessando de llano, y con sencillèz, no alcanzava la respuesta: y assi acudia al Maestro con gran humildad, para oìr de su boca la solucion, sin jamàs cavilar, ni dar el menor indicio, que rehusasse el confessarse vencido. Nunca, ni entonces, ni despues se le notò aquella vanidad tan comun, singularmente en gente de estudios, de querer sobresalir, ò no ceder en ingenio; antes bien una ingenua entereza unicamente atenta à conocer la verdad, y conocida, rendirla respetoso homenage, era su mayor decoro.

Viòse quan lexos de su corazon corrian los sutiles ayres de esta vanidad ingeniosa, por lo que en este tiempo le acaeciò, y refiere uno de sus Condiscipulos. Avia Don Francisco arguido en unas Conclusiones, y sido su argumento, assi por lo sòlido de la dificultad, como por la claridad, y limpieza en proponerla con prontitud, y viveza en instarla, lo mejor de aquel rato, y la admiracion de todos: quando acabada la Funcion corrieron todos los aplausos àzia Don Francisco, llenandolo de enhorabuenas por el sumo gusto, que à todos avia dado; pero èl estuvo tan en sì, que por parecerle podian tantos elogios desquiciar su humildad, no reparò en decir à vista del numeroso concurso: *Bueno està: me alaban que arguì bien; pero no advierten que la especie no era mia*: como si la gloria del campo literario se deviera solo à los filos de la espada, y no mas à la habilidad, y destreza de quien la sabe manejar; pero su humildad acosada echò por donde primero supo, para huir de la estimacion, y aplauso; no quitando por esso la duda, si con alguna impropriedad llamò especie agena à la que mas propria y verdaderamente devia llamarse suya: como otros con el contrario apetito de sobervia, y vanidad llegan à vender como suyas las especies, y pensamientos, que realmente son agenos.

Todas estas prendas le davan tanta estimacion entre todos sus Condiscipulos, como se echarà de vèr por lo que muchos de ellos confirman; y es, que hallandose en el mismo Curso algunos Estudiantes de aquellos decidores, y chanzeros, y que al tiempo de escrivir la licion

cion no avia medio para que de tanto en tanto en una, ù otra vez, no desquiciassen en alguna cosa ridicula, como divirtiendo con esso el trabajo, y melancolia, que lleva consigo el escrivir; y sobre que à ninguno de los presentes perdonavan, dando ya contra este, ya contra aquel, sin excepcion de personas, ni aun del mismo Maestro, merecedor de la mayor atencion, y respeto; con todo contra Don Francisco nunca se atreviò, ni con el menor ademan, su ossadia; que no pudiendo nacer de la contingencia en una tan larga continuacion de tiempo, y siendo Francisco tan reparable entre todos los demàs, es preciso fuesse unicamente efecto de la veneracion, y respeto, que hasta los Condiscipulos de esse humor le tenian: y es mucho mas de maravillar, quando semejantes lenguas decidoras, y chistosas suelen tanto mas frequentemente cebarse, quanto mas son devotas las obras, y mas sobresalientes las acciones. Pero su devocion, y piedad se mostrava tan natural, tan igual, y tan correspondiente assi en todo lo demàs del comun porte, y trato, que quitava la gana de tacharla, aun por via de chiste, ù entretenimiento; y ya que no la siguiessen por mucha, la veneravan por lo menos todos por grande.

Ni faltaron tampoco algunos, que atraidos suavemente de su exemplo, confiessan el dia de oy averle imitado en una, ù otra de sus acciones, singularmente en la de entrarse à orar en la Iglesia antes de llegar, y despues de salir de las Escuelas. Y aunque se dexa bien entender, que esse porte, y christiana politica, constantemente observada el tiempo todo de sus Estudios, le haria de mu-

chos bien quisto, y le solicitaria no pocos amigos; pero èl solo admitia por sus familiares, y compañeros los que lo eran de la virtud, honestidad, y decencia, cautelandose de los que profanavan el candor de sus primeros años, ò con el desahogo de sus acciones, ò con viciosas costumbres, para no hazerse en modo alguno compañero en sus defectos, ni complice en sus excessos: mas aun esto mismo sabialo executar con tanta prudencia, que era sin la menor ofensa de los que no le agradavan tanto; cosa harto dificil, y en que pocos saben dar en el blanco. De suerte, que todos se persuadian tenerle seguro para qualquier favor, ù obsequio, que le pidiessen, y cupiesse en la esfera de lo licito, y de su possibilidad: y assi era comunmente el Angel de paz entre los mismos Estudiantes; de modo, que si algunas riñas, ò pendencias se suscitavan, los mismos reñidos se valian de èl, como de medianero, para que les restableciesse en la union, y concordia antigua, como en efecto, y con grande acierto lo hacia; y aun en muchas de aquellas inquietudes, en que la juvenil licencia de Escolares suele explicarse, y para ponerla en razon, no basta à las veces ni la atencion de Maestros, ni la autoridad de Superiores, se valian èstos, para conseguir el sossiego, de su eficàz mediacion, logrando ya tan joven lo que solo llega à conceder el Poeta à la autoridad del Varon mas respetable, que en medio del mas sedicioso alboroto, solas sus palabras enfrenan, y basta para componer su presencia.

Nunca se allegava à los que eran aficionados al juego, que siempre aborreciò; ni era amigo de cruzar, y

se-

seguir la Ciudad, y vèr tanto nuevo, como entonces frequentemente en Barcelona ocurria: y aun el camino de Casa para las Escuelas, y de las Escuelas para Casa, era las mas veces por la Rambla, que es lugar menos poblado, formandose de un muro antiguo, por una parte, y por otra casi enteramente de Conventos Religiosos. Si alguna diversion, ò moderado passeo tomava en compañia de algunos Condiscipulos, devia ser con la ley inviolable, que no se hablasse, ni por via de chiste, de cosa menos honesta, y decente, ni que manchasse en algun modo la fama, ò estimacion del proximo, singularmente de personas Eclesiasticas, lo que nunca pudo sufrir su gran paciencia: y era à todos sus Condiscipulos tan notoria essa aversion à semejantes assuntos, que si se encontravan en ellos, y le veian venir, ya estavan en que devian mudar la platica, ò que presto se les despediria: y si bien, por no contristarlo, y contristarse à sì privandose de su amable compañia, escogian por lo comun lo primero, entablando luego otra conversacion; aun en caso de no executarlo assi, no se ofendian los mismos, cuya culpa condenava FRANCISCO primero con su silencio, despues con su compostura, y luego con su despedida: porque el particular modo, que en estos casos le dava su gran humildad, y natural suave, de ninguna suerte sabia à desprecio, ni censura de los mismos delinquentes; sino unicamente à su virtud escrupulosa, y delicada conciencia temerosa de hacerse complice en la falta, terciando, ò persistiendo en semejante conversacion. Assi le vimos, siendo ya hombre, en algunos lanzes de esse genero, quando ape-

nas

nas assomava algun peligro de fama agena: y à la verdad reconocimos ser dificil de explicar, y mucho mas de imitar aquel su particular modo de haverse, que à los mismos, que devian quedar ofendidos, antes dexava aficionados, y ganados, haciendoles vèr mas patentes su humildad, y delicadèz de su propria conciencia, que la culpa, ò falta agena.

Menos se le viò inclinacion à tratar con mugeres de ninguna edad, ni calidad: y quando, à mas no poder, avia de visitar algunas principales Damas, por serle deudas muy cercanas, se echava bien de vèr era la visita no por gustar, sino puramente por cumplir: sus ojos ordinariamente baxos, breves sus palabras, sin especie de adulacion, ni afectada cortesia, compuesto el cuerpo, y como encogido; en fin un todo, que sin dar en esquivèz, ni rusticidad, claramente manifestava no pretendia mas de satisfacer à la obligacion, y corresponder al parentesco. Testigos abonados, y aun panegiristas son oy dia muchas de las Señoras, diciendo, y assegurando, que mas que Cavallerito Seglar, les parecia observante Novicio. Solo con alguna mayor frequencia visitava sus hermanas Religiosas, de cuyo trato se prometia crecidas medras en el espiritu, ya por verlas fuera de la vanidad del mundo, y totalmente dedicadas al servicio de Dios, como tambien por encontrar en ellas la oportunidad de poder hablar de cosas santas, y devotas: lo que hacia con admirable eficacia, y afecto. Persuadialas el amor à la virtud, el estudio de la perfeccion, la falsedad engañosa de todo lo temporal, y la incomparable grandeza de todo

do lo eterno: cotejava la seguridad, y apacible sossiego, que gozavan en el puerto, y seguro de la Religion, con las inconstancias, y zozobras, que en el tempestuoso mar del mundo se padecen: con esto introducia en su pecho un aprecio grande del Estado Religioso, à que Dios por su inefable misericordia las avia llamado.

Pasmavanse las buenas hermanas de oir à un joven Estudiante hecho un Predicador fervoroso: de suerte que dura todavia, y durarà siempre en las Señoras devotissima, y suavissima la memoria de semejantes razonamientos; y mucho mas de un raro exemplo, que en una de essas visitas, y por estos años le notaron: y fue, que hallandose por la tarde con ellas en uno de los locutorios, se llegò à la puerta un mendigo, sin duda de aquellos, que ya tenian assalariado el alivio de su miseria en manos de su gran piedad, y como los ojos de Don Francisco, à modo del que tiene por blason la misericordia, se bolvian faciles al menesteroso, levantòse de improviso; y muy contento, encaminandose derechamente àzia èl, y sacando del bolsillo un bulto mas que mediano, embuelto en papel, se lo diò al necessitado, restituyendose con gran dissimulo à la conversacion, que dexò comenzada. No pudo faltar la curiosidad mugeril; en querer saber, y preguntar, què huviesse dado al mendigo en recado tan abultado? Y si bien se resistiò Francisco por largo rato, vencido por fin de su porfia, y assegurado en la confianza de hermanas, condescendiò con su deseo, y las dixo assi: *El pobrete pareciò en muy buena ocasion, porque era un buen pedazo de ave, y que yo con dissimulo avia escondi-*

do

do en casa, y hasta aora no avia tenido oportunidad para despacharla.

Seria prolixo, si quisiera correr una larga serie de estas piedades, y de semejantes hurtillos caseros, que convertia despues en socorro de agenas miserias: como assimismo de mucha ropa, que se le viò destinar para los pobres, por rota, no siendo tal vez mejor la que èl reservava para sì; pues por esse tiempo ya disgustava de vestir curiosa, y ricamente, y por mas que tenia lugar en el vestido de corto, que por ocasion de las guerras usavan entonces los mas Estudiantes Nobles en Barcelona; sin embargo el suyo declinava mas al extremo del desaliño, que no al de la afectacion, y de aquella misma curiosidad, en que suelen pecar las mugeres, y los hombres, que declinan à mugeriles. Y aunque huvo muchos, que en este particular le quisieron advertir, y como culparle que no correspondia à la calidad de su ser, y estimacion de su casa; pero èl entre burlas, y veras les respondia: Que el vestido rico, y curioso siempre pegava alguna vanidad, y presuncion al corazon de su dueño; que le quitava buena parte de libertad, obligandolo á ir muy espetado, y con el cuidado de no arrimarse à cosa, que lo pudiesse manchar, ò deslucir; y que tirando èl, como tirava, por Eclesiastico, su mas lucido adorno solas las letras devian ser, y la virtud. Y quando despues ya mas crecido, visitando los enfermos del Hospital, le avisavan algunas veces los mismos Sirvientes, no se allegasse tanto à las camas, para que no se manchasse, ò se le pegasse algo de lo que la miseria hace abundar à los pobres; so-

da responderles sonriendose, que por esso llevava vestido de aquel corte, y color, para que no se le pudiesse algo de esso conocer, ni salirle à la cara, como dicen las manchas: aunque ni aùn por esso pensaria èl manchar su honra, ni su nobleza, porque ya en aquellos años tuvo en esta parte un desengaño, que tal vez no alcanzan las canas de algunos Nobles.

Iba por la Ciudad en compañia de otros sus familiares, quando se les puso delante un mendigo, que sobre su gran miseria, estava cubierto de asquerosissimas llagas, bastantes à ofender los ojos mas compassivos. Passaron los compañeros bien aprisa adelante, escandecidos con el horror de tan asqueroso espectaculo. Detuvose Don Francisco à mirarlo con semblante muy compassivo, hasta que saciados sus ojos de aquella hediondèz, sustentò el alma con desengaños; porque despues de averle dado buena limosna, se fue para los compañeros, y alcanzados les dixo: *Como pudo Dios dexarnos en semejante miseria! Y se desvanecen los Nobles con su sangre, que puede engendrar podre, y gusanos del mismo modo que la de este miserable! Solo se piensa en lo que fueron, y no en lo que despues seràn!* Pero como las yervas odoriferas pisadas despiden mas olor, assi la sangre noble, que Francisco en sì mismo pisava, teniendola en tan poco, se dava al mismo tiempo mas à percibir, y à sentir mas vivamente en la bondad de su corazon, en la sinceridad de su trato, en el desprecio de sì mismo, en la compassion con los afligidos, y en la humanidad, y afabilidad con todos. Ello en fin hermoseava de gracias su alma, de suerte tan

joven, que podia ser dechado à los varones en espiritu mas provectos, que le atendian con admiracion, y le miravan con respeto.

Pero en lo que mas sobresalian los primores de su espiritu, y en donde mayores medras recibia su alma, era en la mayor frequencia de la Comunion Sagrada; porque como este Pan de vida assi harta à los que dignamente lo comen, y al mismo tiempo les da hambre de comerlo mas, y mas; engolosinado FRANCISCO en la espiritual suavidad, y dulzura, que diximos, le dava à gustar el Señor en esse Augusto Sacramento, con el parecer, y aprobacion de su Confessor, empezò ya à recibirlo casi todos los dias de fiesta. Era notable exemplo, y edificacion, ver como el santo mozo con esta ocasion de la Comunion passava en la Iglesia de los Jesuitas casi entera la mañana de las fiestas, como sino supiera salir, ni partirse del puesto, y presencia de aquel su Bien, que tanto amava; y quando la hora, y precisitud de restituirse à su casa, lo sacavan, bolviasse tan sumamente interior, y tan altamente embevecido en las especies, y pensamientos santos de toda la mañana, que en tan largo trecho como ay desde el Templo de los Jesuitas hasta el de San Francisco, muchas veces no levantava sus ojos à objeto, ni persona alguna, sino para dar limosna à los pobres, que le salian al passo, ò lo esperavan como acrehedores de su gran caridad; que es recogimiento interior muy singular, y en edad como aquella, muy reparable, por ser naturalmente inclinada à esparcir la vista, y registrarlo todo. Y no satisfecha aun su devocion de la mañana, dava à su

Dios

mer Sacramentado tambien la tarde, yendo à passarla enteramente ya en esta, ya en aquella Iglesia, en que sabia estar aquel dia descubierto, y patente el Señor.

Con esse pan de vida, que lo es tambien de entendimiento, no es dificil de entender quanto medraria Francisco en letras, y sabiduria, porque si es Dios, como lo es, la raiz, y fuente de la sabiduria, quien mas à él se allegàre, tanto mas sabio deverà ser. Fue tanto en él, que acabado aquel Curso de Artes, el Jesuita Maestro, por la experimentada inteligencia del Discipulo, y los padres de Francisco, por el lucimiento de su hijo, quisieron que defendiesse publicas Conclusiones. Defendiò las Generales de la Filosofia toda con tal acierto, y claridad en el responder, y con tanta modestia, y agrado en el argüir, que dexò enteramente satisfecho à todo el numeroso Theatro, mereciendo aclamaciones duplicadas por docto, y por Cavallero, y singularmente quedaron los suyos admirados, no aviendo formado tan alto concepto de su gran talento, y mucho saber, por verlo siempre tan retirado, y encogido; pues con esta ocasion llegaron à tocar con las manos, que el caudal, y la capacidad de Don Francisco no era como los riachuelos pequeños, que con poca agua suelen mover mucho ruido, sino como los rios grandes, que quanto mas caudal de aguas arrastran, tanto con mas quietud, y silencio caminan, sin que se den à conocer hasta que se llegan à sondar, ò vadear.

Desembarazado de la Filosofia, emprendiò luego la Theologia sagrada, assi por la mayor proporcion con sus idèas, y pensamientos del Estado Eclesiastico, à que ya el

primer rayar de la razon sintiò inclinarse el alvedrio; como porque su devocion no podia menos de inclinarse mas à una Facultad, que siendo toda de Dios, no le mudava el objeto, sì solo el modo de contemplarlo; y aun quantos buelos dava la pluma, y el entendimiento, podia seguirlos veloz la voluntad, y el afecto. Tomò sus Materias, ò Tratados de los mismos Jesuitas de Barcelona; que leyendola en el Colegio de Belèn à sus Religiosos Jovenes, admiten tambien à una Materia por la mañana, y otra por la tarde à los Estudiantes seglares. Su aplicacion al nuevo estudio fue aun mayor, que al de la Filosofia, por considerarlo mas digno de su desvelo, y mas provechoso à su fin, pudiendo reducir à la practica del bien obrar toda la teorica del bien entender, y que sus especies avian de servirle toda la vida en el estado Sacerdotal, à que con vivas ansias aspirava. Resolviò, pues, aplicar todo su conato, sin el menor desperdicio de tiempo, cuyo malogro, ya que à las veces no sea del todo irreparable, lo redime alomenos con otra tanta dificultad el tardio desengaño. Y como èl mismo se huviesse maduramente determinado el tiempo, y prefijado las horas de cada dia, que devia emplear en el estudio; estava tan rendido, y sujeto à essa su ley voluntaria, que por ningun caso la quebrantava, aun por motivos de devocion, que para su virtud solos podian ser la tentacion mas fuerte, y mayor.

No se contentava con arguir las questiones con los Condiscipulos seglares; sino que discurriendo podria sacar mas provecho, si las confiriesse tambien con los mis-

mos

ños Eſtudiantes Jeſuitas, deſeando aprender de todos el que ſe criava para Maeſtro de muchos; procurò, y conſiguiò de los Superiores el permiſſo de entrar libremente en el Colegio, y ſubir à ſus quartos con frequencia; y por mas que para otros eſtà cerrada eſſa frequente comunicacion, con candados de la obediencia, no ſufriendo los Padres *Jeſuitas* à ſu juventud religioſa tanto comercio con los externos en ſus Apoſentos, aun con el pretexto, ò color de tratar de coſas, que miran al eſtudio: pero como la relevante virtud, y ſingular modeſtia de nueſtro Joven les era tan notoria, ni temieron los daños, ni experimentaron los inconvenientes, que de otros prudentemente ſe pueden recelar: porque aunque ſeglar en el veſtido, en el ſoſsiego, devocion, y eſtrañeza de todas otras eſpecies, que no fueſſen de Dios, y de letras; era mas que Religioſo, perfecto modelo de Religioſos, en quien èſtos nada iban à perder, antes ſi à ganar mucho.

Por eſtos caminos tan ſeguros ſe aventajò no poco à ſus Condiſcipulos, que hablando entre sì, ſe admiravan algunas veces, ſin acabar de entender, como pudieſſe FRANCISCO excederles tanto en la inteligencia, principalmente dexando de dar al eſtudio tanta parte de tiempo, como le veìan gaſtar en devotos exercicios, y en obras de piedad tan frequentes: porque ſobre las devociones ya referidas, añadiò por eſte tiempo el viſitar muy amenudo à los pobres enfermos del Hoſpital general, paſſando largos ratos en ſerv[illegible]les, componerles las camas, y aun ſus miſmas perſonas, a[illegible]ndolas à la paciencia con las mayores demoſtraciones de [illegible] afabilidad, y compaſsion: ſin moſ-

 trar

trar jamàs el menor ascoà vista de tanta miseria, ni horror alguno à aquel comun albergue de males, y desgracias.

A mas de todo esto se alistò en varias Congregaciones pias de aquella Ciudad, à las quales todas acudia con tanta exaccion, como si en aquella sola fuera Congregante. Pero entre todas la que mas fuerte, y suavemente le robò el corazon, y fue el blanco de sus afectos, era la de Maria Santissima de los Dolores; cuya devocion emprendida por esse tiempo le durò despues como principal toda la vida; pues en quantas partes estuvo de assiento, y la encontrò fundada, no solo era puntualissimo en todas las funciones, y exercicios santos, que prescriben sus Reglas, sin que estorvo alguno fuera bastante à dispensarle en ellos; sino que exortava zelosissimamente, y con la mayor eficacia de razones à quantos buenamente podia, para que le siguiessen, y entrassen à ser Congregantes; de suerte, que son sin numero los que oy dia confiessan dever esta dicha à su poderosa energia, y admirable persuasiva. Y cabiale gozo tan singular el dia, que llevava à la Soberana Reyna alguno destos nuevos hijos reducidos por su medio, que el principal Director de aquel Gremio, con solo mirarlo en la funcion, aun antes que se declarasse, ya lo entendia en el semblante: porque era tal el jubilo de su alma, que era el corazon estrecho cauce, y à pesar de su gran modestia, reverberavan en el rostro ciertos assomos de gozo, y de contento, que por ellos, y por la experiencia de otras veces claramente conocia dicho Director, que aquella tarde traia Francisco algun nuevo Congregante.

Aqui

Aqui en esta Congregacion de MARIA empezò à grangearse entre los Congregantes de mas credito el apellido, y renombre, que antes ya avia merecido de la juventud, de *Cavallero Santo*, por la frequencia de santas obras, que todos en èl veìan, y admiravan. Y con mas razon le huvieran dado esse glorioso nombre, si huvieran penetrado lo interior de su espiritu, y otros muchos exercicios, que secretamente ya por entonces practicava: porque à mas de ser su alma hermoso nido de la inocencia primera, andava su espiritu por esse tiempo tan puro, y fervoroso, que evaporando sin reparo la boca algo de los ardores de el corazon, se le oyò tal vez: que antes de cometer contra Dios un pecado mortal, no dudaria arrojarse vivo à las llamas sodas de un Infierno. Y con hallarse en lo mas florido, y lozano de la juventud, no experimentava la menor rebeldìa sensual en su cuerpo; ni aun el mas ligero pensamiento, ò especie impura avia osado embestir à cara descubierta su sagrado alcazar. De forma, que arrebatado despues (como verèmos) de un triste, y funesto torbellino de tentaciones, humilde clamava qual otro David, à su buen Dios, para que le restableciera en la tranquilidad, y apacible marèa, que gozàra su dichosa alma en essos juveniles años.

Sin embargo este gran sossiego, y paz al parecer inalterable, no eran parte para que estuviera en ocio su espiritu, y no se exercitasse en continua guerra contra la carne, como si la experimentàra la mas renitente, y la mas rebelde à los deseos de su espiritu: y assi para ajar su lozania, usava tres veces cada semana el cilicio, y otras

tres

tres la disciplina: y uno de los motivos, que tuvo para alistarse en las muchas Congregaciones, que hemos dicho, fue buscar por este camino la ocasion, y oportunidad de disciplinarse con los otros Congregantes, que hacian en comun esse penitente exercicio. Sin esso, para enflaquecer mas su carne, practicava el ayuno, quanto permitia, y mas de lo que permitia la precisitud de comer en la mesa de su casa. Todos los Sabados del año, y todas las Vigilias de la Virgen, ya era sabido que Don Francisco ayunava en reverencia de esta Señora: con el especioso pretexto de particular devocion à este, y al otro Santo, añadia muchos mas dias: y quando no se atrevia à decir, que ayunava, valiendose de varias escusas, dexava tanto de lo que se sacava à la mesa, que comida, y cena paravan en un estrecho ayuno: de suerte, que los domesticos, por mas que èl tirava à dissimular, lo tenian bien entendido, y le llegavan à burlar con chiste, asseguгando èl despues, y lastimandose del mucho bien, y actos de mortificacion, que en esse tiempo avia omitido, por este vano miedo de los suyos: avergonzandose, que la burla, que hacian, huviera servido de piguelas à su espiritu, para que no batiera las alas de la devocion, y fervor con toda aquella libertad, que deseava.

Y aunque tantas mortificaciones, y penitencias fueron doblar guardas, y poner valla, para conservar intactos los armiños de su pureza; sin embargo conociendo bien la delicadeza de essa hermosa virtud, era recatadissimo no solo con las mugeres (como ya tenemos dicho) sino que haciendo valor aun de su proprio miedo, lo era

tam-

tambien con los hombres: pues aviendole sobrevenido por estos años una grave dolencia en su cuerpo, que lo aquexava no poco, conociendo bien que el descubrirla era obligarse desde luego à exponer su virginal cuerpo à los ojos, y al registro de la Medicina; tomò la resolucion, que pudiera la mas honesta, y vergonzosa donzella, de callar, y sufrir, sin dar el menor indicio del sumo dolor, que padecia. Assi lo executò por muchos dias, con que creciò el mal, y llegò à tal punto, que entrò ya en grave escrupulo de passar adelante sin aplicar remedio. Pero ni aun determinandose por esso à dexarse vèr de ojos agenos, ni tocar de otra mano; se aplicò èl proprio lo que de su cabeza discurriò por ventura avia de aprovechar: y si bien era cosa muy fuera de proposito para la consecucion del fin; con todo logrò una pronta, cabal, y perfecta curacion. Contavalo despues èl mismo, riendose de aquella su temeridad, y dando afectuosas gracias al Señor, que de un dessacierto sacò una salud, supliendo con el inmenso caudal de su poder, lo que faltava al remedio, para darnos à entender, que en puntos de honestidad, y pureza, hasta las nimiedades son virtuosas, y dignas de las atenciones divinas. Tal era la pureza de Don Francisco: y siendo su pureza tanta, què duda ay, que en su alma assi hermoseada de los primores de essa virtud, tendria gustosa cabida la sabiduria? La qual era tan sobresaliente, que entre los mas acreditados de sus Condiscipulos se dava à conocer: y se dexò de nuevo admirar, quando concluìdo el Curso Theologico manifestò segunda vez los subidos quilates de su saber en la publicidad de un ilustre

Theatro, en que defendiò Conclusiones Generales: y aun queriendo mas calificada su doctrina, passò el santo, y docto Cavallero à graduarse de Doctor en essa Facultad: precediendo antes los acostumbrados examenes, que mas sirvieron al aplauso, que al tantèo de su sabiduria; dudando los Examinadores si era mas digno de essa gloria por su saber, ò por la gran modestia, con que sabia. Pero es bien cierto, que si en la modestia de sus acciones, y en la nobleza de su sangre llevava recomendacion bastante para las voluntades; en lo solido de sus respuestas, y claro de sus soluciones, la llevava mas que bastante para la justicia, y la razon. Y es assimismo bien cierto, que la Universidad de Barcelona pudo escrivir entre sus glorias, la de aver condecorado à Don Francisco de Queralt con esse Grado, acrecentando con èl, mas que el numero, la fama de sus Doctores: pues con esse solo Doctor diò alma à una Universidad, y grande sèr à muchos Sabios: igual gloria à la de Athenas, que cada uno de sus Sabios era bastante para erigir en cada Ciudad un Athenèo.

***

CA-

CAPITULO IV.

COMIENZA EL ESTUDIO DE LA THEOLOGIA *Moral, con nuevo orden de vida, por medio de unos Exercicios; Sobreviene el Asedio de Barcelona, en que se esmera su caridad en assistir à los pobres del Hospital.*

Libre ya de las tareas ordinarias, que lleva consigo el sequito de las Escuelas, pudo Don Francisco ordenar un nuevo metodo de vida, con maximas mucho mas acomodadas à los intensos fervores de su espiritu. Negòse desde luego, poco menos que del todo, à la diversion, aun aquella mas licita, que se mira por lo comun, como debida à la Nobleza, y à essos años; desmintiendo los verdores de joven con madurezes de muy anciano: con esso escusava, quanto podia, el encontrarse con otros Cavalleros de sus años, y calidad; quienes, por aver dexado el curso de los estudios, como cosa por demàs à su fortuna, davan al recreo todo el tiempo. No assi nuestro Don Francisco, pues los ratos que devia dàr al recreo entre dia, les dava con mayor gusto à la leccion sagrada, con mucha pausa, y gran sossiego; y decia, que de esse modo venia à ser un equivalente de la Oracion, y el modo mas facil, y suave, para introducirse sin Maestro, y sin dificultad à ella. Sin esso aumentò las horas de la Oracion, que todos los dias indispensablemente tenia en alguna de las

Iglesias mas quieta, por menos frequentada; para lograr assi con mayor sossiego los buelos de su enamorado espiritu, y para dàr mas francos los oìdos à las delicadas vozes de la divina inspiracion, que conocia sensiblemente llamarle à union mayor, y mas estrecha con su bien amado.

Deseoso, pues, de corresponder pronto al divino llamamiento, y para no errar en sus quicios la maquina de perfeccion, que devia erigir, le inspirò el Señor, se previniera por medio de unos Exercicios de San Ignacio, tallèr fecundo en que se comenzaron à formar los que despues fueron Colosos en santidad eminentes, y portentosa oficina, que encendiò el gran fuego de Ignacio, para separar el oro puro de la escoria, y para que ardieran incessantemente corazones por victimas. Entrò, pues, nuestro Don Francisco para hacer nuevo holocausto de sì mismo à Dios, y con deseo de acertar hasta en los apices mas menudos, procurò de antemano imponerse en las Instrucciones, que como preliminares dexò estampadas el grande Ignacio en su milagroso libro de los Exercicios, mapa verdaderamente portentoso, en que con breves lineas quedò cifrada la esfera toda de la perfeccion mas heroica. Instruido, pues, en estas previas noticias, que aun las mas menudas observò inalterables, introduxo con seguridad su espiritu en las meditaciones, segun el orden que las lleva el Santo, renovando en unas los propositos antiguos, detestando en otras firmemente el pecado, concibiendo en todas nuevos fervores, y estrechandose en cada una à leyes mas rigidas;

y mas severas: y assegurò despues, que los que antes le parecian fervores, en adelante les concibiò tibiezas, y poco menos que desorden el concierto passado de su vida.

Acabados estos Exercicios, con el dictamen, y parecer del Jesuita Instructor, hizo otra Confession general, registrando de nuevo, y muy por menudo los senos todos del alma; dando entera cuenta à su Confessor de lo que el Señor en essos Exercicios le avia inspirado: y quedò en su animo tanta estima, y tan alto concepto de los Exercicios, que repetia frequentemente con gran sentimiento suyo: *Quantos infaustamente padecen en las llamas del Infierno, que se gozàran muy dichosos en el Cielo, con solos unos Exercicios bien tenidos! Cosa fuerte es, que se destinen entre año tantos dias al passatiempo, y à la salud del cuerpo; y no sepan hallar ocho libres para el recogimiento, y para la salud del alma!* Por esso animava eficacissimamente à quantos podia, les hicieran, y consiguiò no pocas veces un buen logro su eficacia, singularmente en cierta ocasion, que induxo algunos Cavalleros de la primera flor en años, y nobleza, ofreciendose èl mismo à ser su guardapuerta, para que ninguno les perturbàra el sossiego, y aun su lector, para aliviar mas su fatiga: y consiguiò tan à medida de su gusto el fruto de esse trabajo, que todos ellos poblaron entonces sus almas de grandes desengaños, y despues llenaron dichosamente su vida de virtudes, y exemplos.

Desde esta primera vez en adelante, no dexò año alguno, por mas embarazos que sobrevinieran, sin tener

Don Francisco los Exercicios, y era tan assombrosa su austereza en esse tiempo, que aun los mismos Padres de la Compañia de Jesus, con quienes por algunos años viviò (como despues verèmos) con dificultad les querian tener con èl, y hacerse compañeros, y mucho menos otro alguno, pues el fervor mayor, à vista del suyo, quedava muy atras, y parecia degenerar en tibieza: porque era precisso en essos dias, que èl llamava enteramente de Dios, y suyos, el que desahogasse su abrasado espiritu: y como los dos polos sobre que este girava, eran amor de Dios, y odio santo de sì mismo, parece tirava à deshacerse de sì, para ser todo victima del amor de Dios: porque despues de aver durado algunas horas continuas en oracion siempre inmoble, y de rodillas, quedava tan embevecido en su Dios, y su Dios tan interiorado en èl, que no acertava, ni atinava à otro, que no fuera hablar de su Amado; y tan del todo negado à otra qualquier dependencia, que ni queria oìr, ni saber cosa la menor del mundo, sino solo para su desprecio: siendo en essos dias casi continuos los cilicios, y las disciplinas, sobre son frequentes, tan sangrientas, que salpicava la tierra con su inocente sangre; ni le parecia llegava à ser penitente, sino passava à ser cruel consigo mismo: de suerte, que los rigorosos excessos de su penitencia, los buelos continuos de su espiritu, la intencion fervorosa de sus afectos le llegava à debilitar de modo, que causava compassion solo el mirarle en esse tiempo. Y si bien fue casi siempre uno mismo el fervor en los Exercicios, que por lo comun iban encaminados à amar mas, y mas à su Dios,

y à detestar con el mayor horror su culpa, concibiendo en ellos nuevos dictamenes, y fervores para la consecucion de uno, y otro de essos fines: con todo esta vez primera fue el principal destino de los Exercicios, suplicar con entrañable afecto à la Divina bondad, le embiasse aquel destello hermoso de luz celestial, que nos encaminara seguramente al acierto de nuestro fin, de que pende la eternidad dichosa: punto verdaderamente grande, en que se suele pensar poco, y se và à perder mucho, siendo la pèrdida sin remedio.

Manifestòsele el Señor tan clara, y abiertamente, à lo que èl mismo despues decia, que no le quedò lugar para la menor sospecha, ser su vocacion el Sacerdocio, à que muy de antemano ya con propension natural se sentia dulcemente tirar: assi lo manifestò desde luego à su Confessor, y de dictamen de èl mismo, para poder en el estado Eclesiastico, no solo assegurar la salud de su alma, sino tambien aprovechar à las de los proximos, determinò emprender unas Conferencias de Theologia Moral, con algunos Theologos mas quietos, y que se tenian por los mas acreditados de la Escuela; y seguia con tanta aplicacion, y con tanto cuidado essa tarea, que en nada se dexava exceder de aquellos; que esperavan à ser habiles para entrar en Oposiciones de alguna Prebenda Eclesiastica; admirandose los demàs, que siendo mayor que todos la fortuna de DON FRANCISCO, su afán, y su conato no era à ninguno inferior.

Mientras assi en apacible tranquilidad vivia gustosamente ocupado, y quieto nuestro Santo Cavallero, he

aqui

aqui que sobrevino un accidente, no solo bastante à alterar esse admirable orden de vida, mas aun à desquiciar su gran mansedumbre, y sufrimiento, à no estàr tan firmemente zanjado en lo mas solido de la virtud. Corria el año de 1713. bien señalado en el Principado de Cataluña con las mas tristes, y deplorables tragedias, cuyos vestigios quedan aun tan estampados, que dexan en cada huella un escarmiento: era lastima mirar el Paìs cubierto de armas, mal seguros los caminos, inquietos los Pueblos, la Plebe tumultuante, y por fin pujante la insolencia por todas partes: pero quien mas sintiò esse fiero bayben, fue la Cabeza de tan vasto Principado Barcelona: de suerte que para sossegar los humores, que le perturbavan, fue preciso à la misma piedad del mas compassivo de los Reyes, aplicar el fuego, y el azero: lo que executò por medio de un poderoso Exercito, que entrando en el Principado, enderezò sus marchas àzia aquella Ciudad, cuyas Almenas cercò por catorce meses continuos.

Al primer amago de este Sitio determinò Don Andrès, Conde de Santa Coloma, y padre de nuestro Don Francisco, assi para acreditar su gran fidelidad, como para cautelar su peligro, salir de la Ciudad con su familia toda: pero como era fuerza quedassen tres de sus mas caras prendas en otras tantas hijas Religiosas, à las quales no se permitia la salida, resolviò dexar alguno, à cuyo regimen, y prudencia pudiera fiar su seguridad, y su consuelo: para esto, con dictamen, y parecer de varios, ninguno se hallò mas habil, y à proposito que nuestro santo Cavallero, de cuya madurez en el juicio, y pru-

den-

deficia en las acciones podia prometerse todo un acierto. Escollo pudo ser este, en que zozobrasse su paciencia inalterable, ò rèmora, que aprisionasse la velocidad de su devoto curso, y carrera. Pero esta, que al parecer era fatalidad, diò abundante materia al abrasado zelo de su gran caridad, para que se desahogàra en el alivio del proximo: y si bien deseava intensamente verse libre de los apremios Marciales, que por todas partes amenazavan los mas sangrientos, y crueles; sin embargo, à la primera insinuacion de su buen padre, sacrificò todo otro deseo en las aras de una perfecta conformidad, sin abrir sus labios para la propuesta, sin dar la menor seña de otro parecer, y mucho menos de afecto contrario; antes respetosamente atento à su padre, à quien en lugar de Dios venerava, se ofreciò humilde, y rendido para quanto su inutilidad podia valer, y sus fuerzas pudieran alcanzar.

Con esso quedò solo en su gran casa, para atender à su resguardo, y al mismo tiempo para consolar à las hermanas Religiosas, que en aquel tropèl de trabajos solo afianzavan su alivio en los piadosos desvelos, y grande amor de su hermano, que se esmerò singularmente en este tiempo, ya subministrandoles puntual lo que la penuria del tiempo permitia, y lo que los apremios del Monasterio no prestavan, ya menudeando las visitas mas que antes; y sobre que la estacion era tan erizada, el bullicio de las armas grande, y los rumores de muertes, y assaltos muchos, de modo, que se llevavan tras sì los cuidados, y atenciones de todos; el principal cuidado del hermano,

era animar con exortaciones frequentes el desaliento de sus hermanas, y exortarlas con platicas fervientes, y continuas à abrazarse mas estrechamente con su amado Jesus, en quien solo podian librar la seguridad, y resguardo, sin que se olvidàra de dar buen cobro à las cosas de su casa, entablando para la poca familia, que le quedava, un modo muy Christiano, como si viviera en ella, franqueandola gustoso para refugio de quantos no le tenian por otra parte; de suerte, que acaeciò no pocas noches hallarla llena de pobres, y desvalidos, siendole de singularissimo gozo, y complacencia, que la que comenzò à ser su casa, lo fuera tambien de pobres, y necessitados: y como en medio de tantos apremios, y al passo, que iba estrechandose mas el sitio, la miseria, y pobreza de las gentes se diera mas à sentir, y conocer; deseava el mostrarse mas franco, y liberal en su socorro: y llegò à tanto su caridad, que fue menester irle à la mano, para que no faltàra à sì, y à los suyos lo necessario, por lo que aun de sobras subministrava à los estraños. Pero aunque quedò mortificada su caridad en esso, bien presto le deparò Dios la ocasion mas oportuna, para exercitar su gran misericordia, y compassion para con los pobres enfermos del Hospital, y probar los quilates de su gran paciencia, y mansedumbre.

Fuè el caso, que persuadidos los Gefes de la Ciudad, que la ultima ruina obliga à todos, aun à los mas inutiles, y desvalidos, quisieron obligarle à que tomasse las armas en su defensa; pero ni los avisos, que sus amigos le dieron, exortandole à ello, no tanto para dañar, como para

bien

bien parecer; ni los fieros, y amenazas, con que pensaron intimidarle los mismos, que governavan la Ciudad: ni los exemplares de otros sus compañeros de su mismo estado, y calidad, que se le pusieron por delante, fueron parte, para inclinar su animo à empressa semejante, desengañando resueltamente à todos ser muy otro su animo, y que passaria qualquier afrenta, y aun la misma muerte, antes que manchar con las armas las manos, que en algun tiempo guardava para ofrecer à Diòs el Cordero Inmaculado. Siguiòse à la suavidad, y blandura, con que hasta alli les parecia aver tratado à nuestro Cavallero, la violencia, y el rigor, persuadidos todos, que al primer amago de prenderle facilmente condescenderia con sus deseos: con esso viòse una noche, estando ya en la cama, cercado de improviso de armas, y de Soldados, manifestandole el orden preciso, que tenian, de llevarle à la carcel. Lance pudo ser este bastante à inquietar el animo mas pacifico: pero estuvo DON FRANCISCO tan en sì, y tan en su Dios, que la violencia de golpe tan sensible al pundonor humano, no solo no pudo sacar una leve queja à sus labios, pero ni aun diò lugar à la menor perturbacion, ni mas minima seña de sentimiento à su rostro, sepultando entre su gran modestia, y magnanimo corazon las causas de tanto dolor, y amargura: solo pidiò con serenidad de Santo, y magnanimidad de Cavallero, se le diesse lugar para vestirse, lo que executò con la misma paz, y sossiego, que las otras veces lo hacia: siguiò despues sin resistencia la Tropa, dando gracias à nuestro Señor, de que alomenos en esto le quisiesse assemejar à sì, y

que por aquel camino de la tribulacion le llevàra como de la mano à la region del desengaño, pues veìa bien claro lo poco, que ay que fiar en la nobleza, y en las cosas variables de este mundo. Al passo, que el prisionero iba mas compuesto, y modesto, iban mas mortificados, y avergonzados los que le llevavan en custodia; siendo la virtud tan bella, y tan hermosa, que aun quando se mira ultrajada, es como la flor mas fragante, y hermosa, que sabe exhalar mayores suavidades entre el mismo manoseo de aquellos, que la tiran à ajar.

Antes de entrarle en la carcel acordaron avisar alguno de los Gefes de lo sucedido hasta alli, y quan mal avia de parecer hombre de essa virtud, y nobleza en lugar destinado solo para facinerosos, y malos: vino uno de los Gefes, y tomandole à solas, quiso con nueva eficacia persuadirle en esta ocasion lo que en otras no se avia podido conseguir: pero supo bien Don Francisco distinguir los tiempos de callar, y de hablar; de callar, en medio del tumulto de Soldados; y de hablar aora, quando estava à solas con esse Gefe, mostrando tanta prudencia en lo primero, como valor en lo segundo: manifestòle resuelto, y con libertad Christiana su determinacion: afeòle la violencia militar, añadiendo motivos eficacissimos, que le retraìan en todo tiempo de tomar las armas, y que no temia todas sus amenazas, y amagos en defensa de la razon, y justicia; pero que no se negaria à emplear su inutilidad en otro qualquier oficio, ò empleo, por mas abjeto que fuera, con tal que no fuera indigno, è indecente à su estado: y que desde luego, si les

pa-

parecia bien, se ofrecia muy gustoso à ser perenemente assistente, y sirviente de los muchos pobres, y enfermos, de que estava lleno el Hospital General. No pareciò agena de la razon la propuesta, concibiendole mucho mejor para ayudar al proximo, que para dañar al enemigo. Con esso condescendieron gustosos los que mandavan, destinandole desde luego al servicio de la gran muchedumbre de enfermos, que poblavan el Hospital: essa fue el Ara apacible, donde humeò su corazon hecho gloriosa victima de la caridad mas perfecta.

Esse fue el Theatro mas espectable, donde se vieron competir à porfia las mayores miserias, y desdichas humanas con los mas altos primores de una compassion verdadera, y piedad Christiana: nada dexò por hacer, nada hecho, y nada singular en los Heroes passados, que consagraron à la inmortalidad las estatuas mas perfectas, y son oy veneradas en el magnifico templo de la caridad. Fue todo el blanco de sus desvelos, no sòlo atender à la salud corporal, sino tambien à la espiritual: y como sea esta la primera acreedora de nuestro cuidado mas bien ordenado; es justo comenzemos à admirar los primores de ella en Don Francisco: bastava decir en una sola palabra, y para abono el mas cabal, una cosa bien rara, y admirada de los otros, que con èl assistian al Hospital; y fue, que con aver sido casi sin numero los enfermos, que por tan largo tiempo se fiaron à su peculiar cuidado, ninguno de ellos muriò sin Sacramentos, ninguno sin su assistencia, y ninguno (segun èl mismo decia) sin aquellas ultimas señas de piedad Christiana, que son hermo-

comedimiento de inferior, y con diligencia de criado, en tanto, que llegò ſu humildad algunas veces, en que le pareciò que no avia de ſer notado, haſta doblar las rodillas en ſervicio de ſus enfermos: ſin eſſo barria comunmente las quadras, viajava frequente para ver ſi eſtava diſpueſta la comida, ayudava tambien à hacer las camas, y aun à los vaſos inmundos le abatia ſu gran humildad, reſpirando mas oloroſa la ſuave fragancia de ſus virtudes entre eſſos horrores, è inmundicias.

Ello por fin ſe dieron aſsi à conocer las proezas de ſu caritativo zelo para con los pobres enfermos, que ſobre aver muchos en el miſmo Hoſpital, à quienes la practica de largos años avia acreditado de vigilantes, y cuidadoſos Enfermeros; y aſsimiſmo otros, à quienes el miſmo eſpiritu, que à nueſtro Don Francisco, avia tambien eſtimulado à ſer ſus compañeros en eſſe miniſterio, y entre eſtos uno ſingularmente, que abandonando deſpues ſu gran calidad, y ſangre, paſsò à ſer gloria, y ornamento de la Religion Sagrada del Carmen Deſcalzo, que es quien refiere lo que yo voy eſcriviendo: todavia de comun acuerdo, y conſentimiento de todos, ſe puſieron los ojos en el zelo infatigable de Don Francisco, para fiar à ſu incomparable vigilancia, y cuidado la gran muchedumbre de heridos, que cada dia iban acrecentando al paſſo, que ſe iba eſtrechando mas el Aſſedio; y como neceſsitavan de remedio mas pronto, les confiaron à la caridad mas eficàz, qual era la de Don Francisco: para eſſo los que mandavan la Ciudad de Barcelona dexaron à ſu cargo proviſion abundante de aguardiente, huevos,

hilas,

tillas, vizcochos, y otros regalos semejantes; y èl, para poder mas cabalmente desempeñar la confianza, que de su gran zelo se hacia, resolviò tomar como propria morada el Hospital, pareciendole ser mengua de su caridad vivir ya en otra casa.

No admitiò desde esse dia sossiego, ni quietud la activa, y oficiosa llama, que ardia en su pecho: con afan incansable de ayudar al proximo ingeniò varios, y exquisitos modos para socorrer sus miserias: no solo el dia todo estava en un continuo movimiento; pero ni aun de noche le dexava sossegar la voràz llama, que su noble pecho abrigava; pues para ser mas pronto, las pocas veces que se acostava, era siempre vestido, y junto à sus enfermos: y como casi cada quarto llegavan nuevos heridos, era sin descanso su sossiego, ayudandoles por sì mismo à subir à las camas, recreandoles con algun licor, para tolerar con mayor esfuerzo los dolores de la curacion: y con ser de suyo tan sumamente tierno, y compassivo, reconocia en sì mismo una milagrosa animosidad, y valentia, que solo podia atribuir à gracia superior, para assistir à los mismos Cirujanos, y subministrarles por su propria mano quanto à su cura, y oficio conducia: apenas dexava curados à unos, y animados à la paciencia, quando sobrevenian otros sin intermission muchas veces: de suerte, que assi por esta carga, como por la nueva, que se le añadiò de servir à los que cenavan tarde, se le passaron seguidamente algunas noches sin alivio, y casi en un continuo desvelo; de que lastimados los demàs Assistentes, y movidos à com-

passion, por mira de sumamente fatigado, y con evidente peligro de la salud, le sacaron alguna vez à pura fuerza del Hospital, y le llevaron à otra parte, para que alomenos de dia, sin tanta inquietud, y zozobra, pudiesse dar algun mayor descanso à su cuerpo.

Insistiò constantemente en esse genero de vida casi dos meses, en cuyo distrito de tiempo, afirma el sugeto, que arriba dexo mencionado, que se valiò Don Francisco de exquisitissimos modos, y trazas, para que á sus queridos enfermos nada les faltàra de lo que avian menester, por mas que los ahogos del tiempo, y los apremios del Assedio permitian ya muy poco: para esso acudia con humildes ruegos à los hombres de caudal à fin de que contribuyessen con gallinas, ù otros regalos à la inapetencia de los mas peligrosos, y necessitados; y era de tanta eficacia la instancia, que comprava su porfia lo que ya en la Ciudad no se vendía à precio alguno: y de esse modo consiguiò tener abastecidos à sus pobres hasta muy pocos dias antes que la Plaza se rindiera; supliendo aun en esse tiempo la gran falta, y penuria de comestibles con otros equivalentes, que su incomparable zelo supo ingeniar.

Confirmò Dios, quan de sus agrados era essa heroica caridad *con raros, y prodigiosos casos*, como el mismo Don Francisco por mayor, y con essos mismos terminos explicava: y como no pude yo investigarles por menor, y con toda aquella certidumbre, que para cosas semejantes deseo; solo dirè, que desde àver comenzado Don Francisco su assistencia à los pobres, lo infun-

fundiò Dios una paz, y sossiego tan inalterable en medio de tanto tropel de muertes, y de peligros bastantes à sobresaltar, y tener inquieto el pecho mas impavido; que el suyo se mantuvo siempre no solo en apacible quietud, pero aun sin la menor sospecha de aquel ultimo fatal estrago, que à la entrada de los de afuera los mas imaginavan inevitable: y assimismo, como algunos de los Assistentes del Hospital, por el gran fuego de las Bombas, quisieran dexar el empleo, y temieran el cruzar la Ciudad para buscar lo preciso à los enfermos; asseguròles Don Francisco de su peligro, y que no avian de perecer, si constantes sacrificassen todo su mayor cuidado en alivio de los enfermos, como en efecto sucediò assi: afirmando èl mismo averle acaecido estar fuera del Hospital para otra diligencia agena de sus enfermos, quando de improviso, sin entender con que impulso, retraxo tremulo el passo del parage adonde iba, y bolviòle cuidadoso àzia el Hospital, quando poco despues desplomandose una Bomba poblò de estragos, y ruinas el mismo distrito, que èl en esse tiempo, segun el curso ordinario, avia de correr. Assi manifestava Dios, quan de su agrado era la assistencia à sus enfermos.

Diòle tambien el Señor en esse tiempo una como simpatia oculta con el trabajo de sus pobres, acaeciendole alguna vez en medio de essa trabajosa tarea, acostarse sin el menor cuidado, por no temerse en alguno de los enfermos peligro grave, è inminente, quando en medio del mas apacible sossiego, se sintiò asaltado de una inquietud tan desusada, que sin atinar el origen le

obligò à dexar de improviso el lecho, y dando con presteza una vista por las quadras, y camillas de los enfermos, hallò quien solo parece esperava sus ultimas exortaciones, y fervores, para despedir el alma con essa postrera dicha; confirmando muchos, morian con grandissimo consuelo, y con esperanza firme de la eterna salud, solo con aver merecido la asistencia de Don Francisco por remate dichoso de sus dias. Tan subido, como esto, era el concepto, que su gran virtud le avia grangeado para con los pobres enfermos, y los mismos Asistentes del Hospital, entre los quales era comunmente apellidado *Cavallero santo, y padre amoroso de los pobres*, no dudando algunos de los convalecientes doblarle respetosos la rodilla al passar delante de ellos, venerando asi la heroica santidad; que en èl veian singularmente descollar: aviendo sido tan invariable su vida en todo este tiempo, y tan inalterable en sus devociones, y exercicios, que por mas que el gran rebato, y tropelia de las armas se llevava tras sì el cuidado de todos, el suyo fue no defraudar un punto de tiempo à Dios, y à las mismas oraciones, que antes hacia: de suerte, que quando los apremios del sitio no davan su lugar, y vez à las Congregaciones para correr por sus cabales, como antes; no por esso omitiò Don Francisco funcion alguna en los dias señalados, sirviendose para ellas de la misma Capilla del Hospital; en donde era tan ardiente el fuego, que à soplos de sus devotos exercicios llegava à prender en su alma, que contestan algunos, y entre estos el sugeto de la calificacion, que arriba dixe, averle visto salir algu-

na

na vez de la oracion arrebolado el rostro de una hermosa llama, que arrojava fogoso el espiritu desde el pecho.

CAPITULO V.

ES NOMBRADO PARA REGENTAR CATHEDRA de Theologia en la Ciudad de Cervera: muestrase docto, y exemplar en su Magisterio.

UNa misma Palas, Diosa sangrienta de las armas, fue avida de la antiguedad por Minerva, suave Presidente de las letras; para darnos à entender, que el arte de bien militar deve ir muy hermanada con el arte del bien saber: pero por mas que en essa misma Deidad juntaron cuerdamente los dos empleos los antiguos, nunca quisieron que sirviera de hermoso Theatro à Minerva el que fue sangriento Palenque à Palas; porque mal se dexarian entender los suaves concentos de Minerva, donde suenan de Palas los pavorosos estruendos. Por esso con acuerdo el mas soberano, nuestro Rey, y Señor FELIPE QUINTO, tan sabio como guerrero, aviendo reconocido que en la Ciudad de Barcelona las frequentes inquietudes de Palas en seguimiento de Marte avian sido de no poco daño à las harmonias de Minerva, tuvo por conveniente trasladar los Estudios de aquella Ciudad à la de Cervera, terreno mas quieto, y pacifico; para que renaciendo mas floridos diessen con el tiempo opimos, y abundantes frutos. Preliminares eran estos de la grande

obra,

obra, que la Real idea tirava à levantar para la fabrica en el mas magnifico, y magestuoso de sus Palacios.

Pero para que la dilacion de tanta empressa no sirviera entre tanto de estorvo à las letras; luego despues que en el año de 1714. huvo fenecido gloriosamente la guerra en Cataluña, y sossegado las turbaciones de aquel Pais con el poder de sus invencibles armas; mandò con pronta, y executiva providencia se abriessen publicas Escuelas à la comun enseñanza, permitiendo aun en Barcelona la publica enseñanza de letras humanas, y Medicina: la Sagrada Theologia, Sagrados Canones, y Leyes Civiles, junto con la Filosofia, quiso se transfirieran en la Ciudad de Cervera; quedando à la prudente eleccion del que entonces era Capitan General en el Principado de Cataluña, el Señor Principe de Tserclast y de Tilly, y de la Real Junta de Govierno, y Justicia, que en calidad de Consejo, y Audiencia Interina se sirviò erigir su Magestad en aquella Provincia, proponer para Cathedraticos, aquellos sugetos mas sobresalientes en letras, y que mas se avian dado à conocer en la fidelidad; siendo conveniente en tal sistema, ser tan conocidamente afectos à su Magestad, como sabios en las letras. Executòse el Real orden despues de repetidos acuerdos con tanta prudencia, cautela, y desinteres, que antes se tuvo por acordada la eleccion de los que devian entrar à regentar las Cathedras en essa nueva providencia, que se huviera entendido por los que podian aspirar al empleo.

Publicòse la eleccion en forma de Decreto, que se explicava en la formalidad, que me pareciò insinuar aqui, solo por lo que mira à nuestro Don Francisco: *I por quanto para el mas efectivo puntual cumplimiento de esta Provincia, conviene assimismo elegir sugetos de entera satisfacion, cuya doctrina pueda ser tan util, y provechosa, como se desea; elegimos, y nombramos para la facultad de Theologia al Doctor Don Francisco de Queralt y de Reart.* Prosiguiendo en esta forma al nombramiento de todos los demàs, que devian leer en essa nueva, è interina providencia; mereciendole à nuestro Don Francisco sus relevantes meritos, y conocida sabiduria ser el primero entre todos los escogidos, por mas que en su animo se juzgava à todos inferior; retornandole Dios en premio correspondiente à su gran humildad, el que aora fuesse elegido por primer Cathedratico, despues por primer Cancelario, y siempre por piedra angular, y fundamental, sobre que avia de elevarse segura la desmedida maquina de tanta grandeza. O quan altos, è insondables son los arcanos de la divina Providencia! Quien pensàra, que un Cavallero de su nobleza iba à estudiar humilde la Theologia, para enseñarla despues eminente? Estudiava èl sin mas blanco, que salir un sabio Sacerdote, y llevòle Dios en habito secular à la Cathedra de Theologia, para ser consumado Maestro, desfrutando en merecidos premios lo que sudaron humildes trabajos; disponiendo assi suavemente, que la sabiduria hasta esse tiempo por su gran encogimiento estancada en los senos de su buen entendimiento soltàra ya los cristalinos raudales, para alegrar la Ciudad

de

de Dios, con opimos frutos, y fecundar los dilatados campos de la Republica con hermosas plantas.

Pero quien explicarà quanto marcò, y mortificò el humilde encogimiento de nuestro DON FRANCISCO la noticia de aver sido nombrado para empleo semejante? Quando por trabajoso, y por no tan comun à gente de essa esfera, se podia sospechar le seria menos grato el encargo, solo hallò que proponer nuestro buen Cavallero con modesto sentimiento el grave inconveniente de su mucha ignorancia, è impericia, que le constituìan del todo incapaz, para dar al Magisterio aquel desempeño, y satisfacion, que para la utilidad, y bien comun tan de justicia pedia; añadiendo su temerosa conciencia, y escrupuloso espiritu otras muchas razones todas encaminadas à esse fin: pero no bastaron tantos encogimientos de su modesto espiritu, para que la comun opinion de su gran sabiduria, y en especial las repetidas instancias de los que avian sido sus Maestros, y tenian bien fondados los talentos, con que Dios avia dotado su espiritu, no le obligàran à acceptar el Magisterio. Sobre estos motivos alentaron no poco su caìdo espiritu (à lo que èl mismo dixo) las voces resueltas de un varon Religioso, tenido en opinion de virtud muy solida, el qual despues de aver encomendado con muchas veras à nuestro Señor el acierto en essa dependencia, le dixo con resolucion firme, y como quien respirava profecias en vez de palabras: *Vaya, que ciertamente le llama Dios para bien suyo, y de muchos en esse empleo, y otros mayores, si le quisiere dar salud, y vida.* Aqui depuso enteramente su dictamen, sin tener aliento para resistirse

à los motivos ya dichos, y à la eficacia de essas palabras, que se cumplieron muy en breve, y se vieran confirmadas, si Dios por sus inescrutables juicios no cortàra tan en cierne las bien fundadas esperanzas de otros superiores destinos.

Y por mas que sus deseos eran, y avian sido siempre de entregarse à un devoto retiro, sacrificòse desde luego su natural inclinacion à la publica, y comun utilidad, partiendose sin dilacion alguna à la Ciudad de Cervera; en donde por mas que la atencion, y afecto de algunos de sus Ciudadanos le combidaron, para que se sirviera de sus casas, ò bien que eligiera alguna de las de mayor decencia, ò comodidad, en que con las assistencias muy sobradas de su casa, viviera con todo el explendor devido à su nacimiento, y nobleza; nunca pudieron inclinar su animo à alguna de essas propuestas; antes bien, aspirando mas al recogimiento de Religioso, que à la libertad de Cavallero, insistiò con toda su eficacia por unos Claustros Religiosos, rogando humilde, y encarecidamente à los Superiores de la Compañia de Jesus, le permitieran morar en el Colegio, que tiene en aquella Ciudad, vivienda entonces tan angosta, que aun à los pocos Jesuitas, que en ella devian residir, estrechava à la mayor incomodidad. Pero ni este motivo, ni otros, que se le propusieron para inclinar su animo à otra parte, fueron parte para desvanecer los que à èl le assistian, y despues insinuarè, para no apartarse de essos Claustros Religiosos. Viendose por fin obligados los Jesuitas à aposentarle en su Colegio, no pudieron hacerlo en aposento, que no le

avia, sino un triste retrete, que oy sirve de tribunilla à la Iglesia, y era muy mejor *para sepultura* de un muerto, que decente habitacion à *un* vivo. Pero fuè esta lisonja à su humildad: y quando los mismos Jesuitas se sonrojavan de mirarle tan incomodado, se bañava èl en admirable *consuelo*, y alegria, de vèr cumplidos à satisfaccion sus *deseos*, confessando no aver tenido jamàs en su gran *casa* quarto alguno mas à medida de su gusto.

Aqui comenzò luego à nivelar su vida segun el orden mismo de los Padres Jesuitas, sin permitir por ningun caso la menor singularidad en el trato, siendo servido en comida al igual de el menor de sus criados: à los exercicios espirituales, que usa quotidianamente la Compañia, añadia su gran fervor otros muchos supernumerarios: pero era de suerte, que los fervores de estos, ni de aquellos sirvieran en manera alguna de estorvo à las tareas de su Cathedra, y Magisterio; pues en medio de su gran devocion, fue siempre dictamen suyo, que la obligacion devia ser la primera acreedora, y que cada uno en su oficio podia hallar facilmente à Dios; pues à Josuè Soldado se le apareciò Dios en la Campaña, à Zacharias Sacerdote se le revelò en el Altar, y guardando su ganado al buen Pastor Moysès: queriendo significar con esso, que nunca se mostraria Dios mas propicio al estudiante, que quando mas bien ocupado en sus estudios. Con tal maxima (que quisiera yo altamente assentada en todo genero de gentes, y singularmente en los que por dar en devotos no reparan olvidar sus oficios) aunque los que poblavan entonces en Cervera aquel remedo de Universi-

dad,

dad, eran en numero muy pocos; era grande la aplicacion de nuestro DON FRANCISCO, sin conocersele jamàs tibieza alguna, por ser corto el numero de oyentes: y por mas que la sabiduria de suyo es difusiva en muchos, y apetece la comunicacion, siendo como avarienta de oyentes; de suerte que comunmente falta el gusto de enseñar, como va faltando la muchedumbre de quien vaya à aprender; jamàs faltò à DON FRANCISCO el mismo gozo, y alegria en los pocos, que tuviera en los muchos estudiantes, sin quererse eximir en manera alguna de quanto mirava à la mayor obligacion de su empleo, y de su Cathedra; trabajando con el mismo conato las Materias, como si la frequencia de los oyentes fuesse la mas numerosa.

Procurava la claridad en sus escritos: huìa en ellos todo resabio mordàz, sintiendo que es mal modo para convencer à otro, y traerle à sì, al mismo tiempo ofenderle con dicterios; y era tanta la aversion, que à esto tenia, que si, leyendo algunos Autores, dava en semejantes picantes, les saltava ligero, sin passar la vista por ellos, aviendo alguna vez escrupulizado no poco, por no perder el concepto, ni la leyenda, aver passado la vista por algunas de essas lineas; aunque avia sido siempre sin el menor gusto, ò complacencia. Opinava por lo comun segun las sentencias mas seguidas, y seguras, y aconsejava à otros lo hicieran assi; porque de esse modo se camina sin peligro de escollos, y de dar en enemigos nuevos, y desconocidos: no teniendo à bien, especialmente en materias Theologicas, notable novedad en discurrir, queriendo el mas presto parecer ignorante, que mostrar-

se novelero en materias de esse genero: siendo cierto que no pocos de los que por essa parte se perdieron, se hicieron noveleros, por no parecer ignorantes. Para caminar sin tropiezo, y con mayor seguridad, seguia las huellas, que dexaron gloriosamente estampadas los Santos Doctores en sus escritos, y con mucha especialidad, y afecto las de el Angel de las Escuelas Santo Thomàs, à quien tenia cordialissima devocion, y todo el tiempo de sus estudios confessò le avia pagado algun tributo en devocion particular; y siempre que exortava à los estudiantes, despues de acordarles un santo temor de Dios, como principal basa, sobre que devia assentar segura la sabiduria, les inspirava una entrañable devocion à MARIA, acordandoles assimismo la devocion de Santo Thomàs.

Sobre estos quicios tan seguros afianzava de su doctrina la firmeza, y de sus oyentes el provecho, llenando cabalissimamente su Magisterio, assi por lo que enseñava con sus exemplos, como por lo que dictava en sus escritos: con esso arrastrava dulcemente, no solo los afectos de sus discipulos, mas aun de quantos concurrian à las Escuelas, que veneravan en tan pocos años un consumado Maestro, y un insigne Doctor, que sabia lucir con la doctrina, y arder con el exemplo. Vivia tan sumamente gustoso, y quieto DON FRANCISCO en esse empleo, que repetidas veces despues suspirava por la tranquilidad, y apacible sossiego, que por esse tiempo de su letura avia desfrutado, afirmando que de muy buena gana, y con gran consuelo suyo huviera empleado en la Cathedra los años primeros, y mas robustos de su vida,

sin

sin aspirar à otra cosa mayor, ni mas lustrosa, sino unicamente à tener un Titulo, ò Beneficio para ordenarse Sacerdote, à que anhelava con vivas ansias. Pero, quando èl vivia mas descuidado de sì, y menos pensava en otro mas lucido empleo; quiso Dios que su luz, poco antes sacada debajo el celemin, y aora puesta ya sobre el candelero, fuesse trasladada como farol luminoso à la eminencia de el monte, para que difundiera sus beneficos rayos sobre la gran maquina de la nueva Universidad, que se iba à fundar del modo, y forma, que mostrarà el Capitulo, que se sigue.

CAPITULO VI.

FUNDA EL GRAN MONARCA FELIPE QUINTO la Universidad de Cervera, y nombra su primer Cancelario à Don Francisco de Queralt.

PAra que no falseen los Cielos de las Republicas (dixo cuerdamente un Discreto) las basas, sobre que deven estrivar seguros, han de ser las armas, y las letras; el poder, y el saber; los filos de la espada, y los filos del ingenio. En tanto permaneciò incontrastable la Republica Romana à todo bayben furioso, en quanto los sabios consejos dieron acierto à las armas, y las armas dieron execucion à los consejos: porque las armas sin las letras por lo comun perecen por temerarias; y las letras sin las armas de ordinario descaecen por desvalidas: pero practicando las armas lo que las letras especularon, en

todos tiempos se dexaron mirar aciertos maravillosos: Alexandro, uno de los mayores Heroes, que pregonò la fama, para reducir à su dominio un mundo todo, solo dexava de la mano la espada, para substituir en su lugar la Odissea: en esta aprendia lo que con aquella avia de executar; asi rompia sin dificultad los ñudos Gordios, porque dava la espada el golpe, previniendo de antemano su ingenio el acierto.

Pero para no alejarnos de nuestro assunto, ni tampoco del origen de nuestro Gran Monarca, despues de aver con el mayor denuedo, y mas alta prudencia heroicamente guerreado Carlo Magno en la Germania, passò diligente su desvelo à fundar la cèlebre Universidad de Paris, y el gran Parlamento de Francia, para que los buenos dictamenes, y las letras pudieran conservar lo que las armas, y el valor llegaron à conquistar. Asi nuestro animoso Monarca Felipe Quinto, despues de aver contrastado tanta hueste enemiga mancomunada para quitarle de sus nobles sienes la Corona, que Dios, la justicia, y la razon tan gloriosamente le ciñeron: despues de aver blandido el azero à la frente de sus Tropas, y de aver dado à estas las leyes, grandeza, y lucimiento, qual mayor no se avia visto en España: despues en fin que las proezas de su vitoriosa diestra dieron à tan vasta Monarquia el sossiego, y tranquilidad mas apacible; queriendo ostentarse tan valedor de las letras, como vencedor de las huestes; cerrando las puertas de Jano, passò à abrir las de Minerva, erigiendo en el Principado de Cataluña una cèlebre Universidad, que assi en lo subido de sus rentas,

en

en lo magestuoso de su material edificio, como en el formal orden, y concierto de sus Escuelas, y diversidad de Ciencias fuesse emulacion à quantas pueblan el Orbe Literario.

Para dar execucion cabal, y mucho acierto à tan altos pensamientos no propuso menos exemplar, que el de la *Sabiduria misma*. Queriendo èsta edificar su Palacio cortò siete colunas hermosas, sobre que construyò segura, y elevò maquina la mas portentosa: cortò assimismo nuestro sabio Monarca otras tantas colunas en tantas Universidades, que antes en el Principado de Cataluña avia fundadas, y de todas ellas dispuso à la Sabiduria un famoso, è incontrastable Alcazar: no pareciendo razon à su gran equidad, y justicia se mostrassen en su Reyno erigidas à Marte tantas casas, y Paladiones capaces de dar al mundo Heroes en armas famosos, sin levantar à Minerva su Palacio bastante à criar sabios en todas Ciencias eminentes. Y porque empressa tan altamente gloriosa se darà mucho mas à conocer con algunas de las clausulas de el mismo Real Decreto, que con la cortedad de mi pluma; traslado aqui essas pocas, con que podrà el Letor concebir mucho.

Viendo ya reducido (dice su Magestad en el Real Decreto de ereccion, dado en Segovia à 11. de Mayo de 1717.) *à mi obediencia todo aquel Principado, y reconociendo la obligacion, en que Dios me ha puesto, de atender al bien de aquellos Vassallos, y no permitir, que las torpes sombras de la ignorancia obscurezcan el precioso lustre de las Ciencias; he resuelto restituir à sus naturales esta comun utilidad;*

lidad; erigiendo para general comprehension de todas las Ciencias, buena crianza de la juventud, y explendor de esta Monarquia, una Universidad, que siendo emula de las mayores de Europa en riquezas, honores, y privilegios, convide à los naturales, y estraños à coronar su grandeza con el mas autorizado concurso: y teniendo presente mi gratitud, quanto he devido al amor, y constante lealtad de la Fidelissima Ciudad de Cervera en todo el tiempo, que ocuparon los enemigos aquel Principado, como acostumbrada siempre à mantener firme la fee prometida à sus Soberanos: y siendo su temperamento sano, y proporcionada su situacion, no siendo Plaza de armas, donde los Militares suelen turbar la quietud de los Estudios; la he elegido para Theatro Literario unico, y singular de aquel Principado; à cuyo fin he mandado hacer disseño, ò planta de un Magestuoso edificio, à proporcion de la idea formada de esta Universidad: y para darla principio, la he aplicado las seis mil libras de renta, que sobre las generalidades de Barcelona pagava aquella Ciudad à su Universidad, con todas las rentas Eclesiasticas, y Seculares, que gozava dicha Universidad, y las de Lerida, Gerona, Vique, Tarragona, y demâs de aquel Principado, las quales por esta providencia quedan extinctas, y trasladadas à la de Cervera, y no se ha de permitir en otra parte de aquel Principado Escuela publica de las Facultades mayores: y las que tuvieren las Religiones en algunos Lugares del Principado se permitiràn; pero los años de estudios ganados en ellas no han de poder servir, para obtener los Grados de las Facultades en esta Universidad nueva, ni otra de mi Reyno: y no se ha de limitar mi liberalidad à las rentas de las Universidades agregadas, por ser mi Real animo aumentar otras mayores, dotando sus Cathedras, y publicas funcio-

ciones de fuerte, que no pueda embidiar à la mas rica de España, &c.

Essas son algunas de las clausulas del Decreto de ereccion, y son indices muy sobrados de la mas Augusta piedad, que puede abrigar un Catholico pecho para con sus amados Vassallos, y de un animo el mas Real, y generoso para con essa Universidad, en cuyas lapidas deverian quedar eternamente gravadas para recuerdo de los siglos, y para aliento de los sabios. Y no contento de aver erigido à ideas de su relevante genio tanta fabrica, y averla assi dotado à expensas de su Real largueza, la quiso tambien ennoblecida con las mismas gracias, y privilegios, que constituyen grande aquel Emporio de la sabiduria, *Salamanca*: y aun para mejor componer en essa Universidad el explendor de nueva, y las hidalguias de antigua, quiso sirviera por fundamento, y zanja la que antes fue Universidad de Lerida, y que la Dignidad de Maestre-Escuelas de aquella se agregàra al Cancillerato de esta, y assimismo el Arcedianato Mayor de la Santa Iglesia Cathedral de Lerida; aviendo conseguido entre tanto que se acudia à la Santa Sede del Nuncio en España, el Ilustrissimo Señor Pompeyo Aldovrandi, amplio Indulto para uno, y otro. Nada se echava ya menos, para passar à la execucion de pensamientos tan gloriosamente concebidos, sino crear una alma verdaderamente grande, capaz, y bastante à animar, y governar esse cuerpo tan gigante, ò maquina de tan desmedida grandeza, en que estava no poca parte del acierto, para que assi las nobles operaciones correspondieran à tan alto, y superior destino.

Para esso se resolviò luego su Magestad crear un Cancelario, en quien concurrieran todas aquellas prendas, que constituyen à un varon adequadamente grande. Presentaronse no pocos à la Real comprehension por medio de sus memoriales, como benemeritos de essa honra; pero supo la Christiana Politica de el Rey (esta vez sobre muchas otras) despachar los meritos de virtud, y sabiduria con premio, sin la mañosa diligencia de la pretension; pues sin ella puso los ojos en los singulares meritos adquiridos, sobre los muchos heredados, que gloriosamente campeavan en Don Francisco de Qubralt; y eligiòle para el empleo de Canciller, confiando avia de hallar en sus prendas relevantes el mas cabal desempeño en cosa, que, segun el mismo Rey se explicò, pendia en su Reyno no poca seguridad, y provecho. Y para que pudiesse desde luego, como Cancelario, Juez Conservador, y Executor de sus Privilegios, passar sin embarazo à exercer su empleo sobre la Jurisdicion Eclesiastica, que interinamente, que se devia acudir à la Santa Sede, le confiriò el Señor Nuncio de España; añadiò su Magestad toda la Jurisdicion Escolastica, y Secular tan ampliamente, como podrà vèr el Letor por el Real Decreto, que aqui pongo.

EL REY. *Marques de Castel-Rodrigo, Governador, y Capitan General del Principado de Cataluña, Presidente de la mi Real Audiencia de Barcelona; Regente, y Oidores de la misma Audiencia, y demàs Governadores, y Justicias del dicho Principado; Reverendos en Christo Padres, Obispos de Lerida, y Solsona; Dean, y Cabildo de una, y otra Iglesia; Doctores, y Claus-*

Claustro del Estudio, y Universidad de la Ciudad de Cervera, y otras qualesquier Personas, à quienes lo contenido en esta mi Real Cedula toca, ò tocar puede en qualquier manera: Ya sabeis, que por mi Real Decreto de 11. de Mayo del año passado de mil setecientos y diez y siete, resolvì fundar, y erigir una Universidad de todas Ciencias en la referida Ciudad de Cervera, extinguiendo todas las que avia en esse Principado, formando de todas ellas una sola, en que todas las que antes avia, quedaron refundidas; como mas largamente en el referido Decreto, y Cedula en su virtud expedida se contiene: y por quanto era preciso, que la dicha Universidad tuviesse Canciller, que tuviesse la autoridad de conferir Grados, y toda la Jurisdicion Pontificia, que exercia el Maestre-Escuela de la Iglesia de Lerida en aquella Universidad, y la que exerce el Maestre-Escuela de Salamanca; roguè, y encarguè à Vos el Obispo, y Cabildo Eclesiastico de la Ciudad de Lerida tuviesseis por bien, que el Doctor Don Francisco Queralt y de Reart, Maestre-Escuela de essa Santa Iglesia, passasse à exercer el Oficio de Canciller de la Universidad de Cervera, como lo exercia en la de Lerida en el interin, que yo sacava Indulto Apostolico de su Santidad, para que lo pudiesse ser, no obstante ser Dignidad de essa S. Iglesia, por ser nominacion mia, y de mi Real Patronato esta Prebenda; y aviendo dado vuestro consentimiento, passò à exercer con efecto dicho empleo à la Ciudad de Cervera: Y para que legitimamente pudiesse exercer la Jurisdicion Eclesiastica, que compete al empleo de Canciller, Juez Eclesiastico, y Conservador de dicha Universidad, y sus Privilegios, y observancia de sus Estatutos; el muy Reverendo en Christo Padre Pompeyo Aldovrandi, Auditor de la Sacra Rota, Arzobispo de Neocesarea,

rea, y Nuncio de su Santidad en estos Reynos, por Despacho de diez de Febrero deste año ha concedido al dicho Maestre-Escuela toda la Autoridad, Potestad, y Jurisdicion, que à su Ministerio le compete, sin limitacion alguna, y en el interin, que por su Santidad se expedia Breve en amplia forma aprobante de todo lo referido, y la Jurisdicion està exerciendo el referido Maestre-Escuela, y el Juez del Estudio tambien como su Lugar-Teniente con la misma Jurisdicion: y respeto de que el Maestre-Escuela, y Juez del Estudio, que oy son de dicha Universidad, y en adelante fueren por Mi nombrados, necessitando de exercer la Jurisdicion temporal en todos aquellos casos, que no comprehende la Eclesiastica, porque mi Real Jurisdicion en nada sea perjudicada, exercitandola en mi nombre el Maestre-Escuela, y Juez del Estudio, por Decreto de veinte de Junio de este año, resolvì, que al Maestre-Escuela de Lerida, Canciller, y Juez Conservador de la Universidad de Cervera, se le despachasse por los del mi Consejo, mi Real Cedula Auxiliatoria de la Jurisdicion Eclesiastica, y juntamente la Directa Temporal, para que pueda usar de ella en todos los casos, que se ofrecieren, y la necessitàre en la misma forma, que la exerce el Maestre-Escuela de Salamanca, y pueda proceder por una, y otra Jurisdicion, assi contra los deudores de la Universidad, como en todas las demàs causas, que pertenezca à la Judicatura de Maestre-Escuela, Juez Eclesiastico, Conservador, en cuya virtud mandè despachar la presente; por lo qual os mando, ruego, y encargo respectivamente ayais, y tengais por tal Juez Conservador, y Canciller de la dicha Universidad al dicho Doctor Don Francisco Queralt, y Reart, acudiendole, y haciendòle acudir con los frutos, rentas, proventos, emolumentos, drechos, propi-

nas,

das, y otras cosas à la dicha Maestre-Escolia annexas, y concernientes; y le dexeis, y consintais usar, y exercer la Jurisdicion Escolastica, Eclesiastica, y Seglar perteneciente à la dicha Maestre-Escolia de la Universidad de Cervera, à sì, y à sus Oficiales, y Ministros, en aquellas cosas, y casos, que segun drecho, y conforme à las Bulas expedidas à favor de los Maestres-Escuela de Lerida, y Salamanca, Leyes de estos mis Reynos, Visitas, y Reformaciones de la Universidad de Salamanca, deve, y puede gozar; y le guardeis, y hagais guardar todas las Honras, Gracias, Preeminencias, Prerrogativas, è Inmunidades, que como à tal Maestre-Escuela deve gozar, y le deven ser guardadas, segun que mejor, y mas cumplidamente se han guardado, y devido guardar en las referidas Universidades de Salamanca, y Lerida; y acudir en todo ello al dicho Doctor Don Francisco Queralt, y à los otros Maestres-Escuela sus Sucessores, como Cancilleres, y Juezes Conservadores de la Universidad de Cervera, que Yo por la presente recibo, y he por recibido al dicho Empleo, y Judicatura Escolastica al referido Maestre-Escuela; y por lo que me toca, le doy poder, y facultad, para exercer la dicha Jurisdicion; y los unos, y los otros no hareis cosa en contrario; y de esta mi Real Cedula, y de su cumplimiento, que se darà por parte de mi Capitan General, Governador, y Audiencia de Cataluña, y Obispos de Lerida, y Solsona, y Cabildos de una, y otra Iglesia, por lo que les toca, se tomarà razon en la Secretaria de la dicha Universidad de Cervera. Dada en San Lorenzo el Real, à diez y nueve dias del mes de Julio, año de mil setecientos diez y ocho.

YO EL REY.

Assi

Assi prevenido, y condecorado con tan amplia, y singular Jurisdicion entrò Don Francisco al empleo; y por mas que entrò en èl sin pretenderle, y sin el menor influxo de su parte; sin embargo començò à entrar en no poco rezelo su mucha humildad; porque siendo esta muy lince, para atender à la grandeza del Oficio, y muy corta de vista, para atinar los merecimientos proprios, midiendo la cortedad de talentos con la alteza del encargo; se mirava del todo incapaz para dar buen cobro al ministerio; pareciendole en todo caso sinrazon ocupasse su gran inhabilidad aquel lugar, que otros con muy utiles tarèas honrarian, y desempeñarian con mayor, y mas ventajoso provecho de la Republica. Y aquella su conciencia tan sumamente delicada, bastante à sobresaltarse con las imperfecciones mas leves, le intimidava de modo que le hacia repetir muchas veces: *No acabo de entender como pueden ser leves los descuidos en un oficio, en que se va à ganar, ò à perder no menos, que la mejor, y mas noble parte de la Republica: pues es bien cierto que de una Juventud no tan compuesta, y menos educada sale no pocas veces perdida la Republica, y aun los Reynos enteros depravados: y si el concertado curso de los nueve Cielos se deve al regular movimiento de el primer mobil, y el menor descuido en este seria fatal trastorno de aquellos; quien duda, que en el Cielo de la Republica el mas minimo desacierto del mobil primero ha de causar notables desconciertos, y estragos en todos los inferiores?*

Assi atendia Don Francisco à los peligros del cargo, y desatendia à los meritos de la persona, temiendo descaecìesse èsta por desvalida con el peso desmedido de tan-

tanta carga. Pero animaron su desconfianza los que regian su alma, y gran parte de su alvedrio, proponiendole aquella maxima tan assentada, como cierta; que tiene muy asseguradas las asistencias Divinas el que entrò en la Dignidad, ò Empleo sin diligencias proprias: y que haciendo lo que de su parte tocava, serian sin duda por parte de Dios seguras las ayudas de costa, y mas cediendo tan à gloria suya, y bien de su Iglesia todas las operaciones, que en el empleo devia executar. Con esso, luego despues de avidos los Despachos, partiòse à la Ciudad de Lerida, para entrar en possession de la Dignidad de Arcediano Mayor de aquella Ilustre Cathedral, y tambien en la de Maestre-Escuela, que devia quedar annexa al Cancillerato de la nueva Universidad de Cervera: y aunque por aquella vez admitiò el *hospedaje*, que conforme à su caracter, y nobleza se le tenia apercebido; pero como su fervor meditava ya passar à residir en aquella Santa Iglesia, todas las veces, que dieran lugar, y tiempo las tareas de la Universidad, pidiò, y solicitò para en adelante como su morada, y vivienda propria, el Colegio, que tiene la Compañia de Jesus en aquella Ciudad. Y por mas que quiso escusarse el P. Retor del Colegio, à fin de que viviesse con mayor comodidad en alguna casa particular, motivando su escusa, con que no tenia en el Colegio ni quarto desocupado, ni decente à su Persona; embarazòle muy poco al Santo Cavallero, diciendo viviria sumamente gustoso, con que se le diera para aposento el mas triste rincon del Colegio, ò en todo caso la tribunilla que da à la Iglesia, como la tenia con gran consuelo suyo en el

Co-

Colegio de Cervera. Y replicandole el Padre Retor, que ſobre ſer angoſta para caber ſu perſona, era tranſito preciſo para paſſar à la Sacriſtia; dixole por fin reſuelto Don Francisco al deſpedirſe en la Porteria, que èl en todo lance avia de vivir en el Colegio; y ya que no le permitieran otro pueſto, *no me negaràn* (dixo) *alomenos para dormir, aquel poyo* (ſeñalando uno, que eſtava entre las dos puertas) *y con eſſo ni darè moleſtia à los de caſa, ni ſervirè de embarazo à los de afuera.* No permitia mas reſiſtencia, porfia de tanta humildad, digna del mas abjeto Religioſo: ni quiſo el Padre Retor defraudar à los de ſu Colegio, de tan ſingulares exemplos, ni de tan exemplar virtud. Deſtinòle deſde luego apoſento, en que duran oy muy recientes los recuerdos de ſu heroica vida, y ſerà perene la memoria de tan eſclarecidas virtudes; y como deſeaſſen deſpues ſaber algunos, què motivo podia tener, para querer vivir tan eſtrechado en unos Clauſtros Religioſos, quando podia vivir tan holgado en una caſa particular; les reſpondiò: *Sobre otros motivos, que me inclinan à ello, es para mi el mas fuerte, que eſſas paredes, y Clauſtros me huelen à honeſtidad, y recato, y las he tenido ſiempre por el mas ſeguro reſguardo de la caſtidad, y de la pureza:* tanto era el concepto que de los Clauſtros Religioſos tenia, y tanto el aprecio que de la caſtidad hacia.

Con la poſſeſsion de la Dignidad diòſele tambien la del dinero, que por aver ya algun tiempo, que ſe hallava vacante, era en depoſito paſſados de mil doblones, ſin una porcion no pequeña, que aquel miſmo año corria de ſu arriendo; y hallòſe Don Francisco con eſſa ſuma, con

tan-

tanta inquietud, y congoxa tanta, quanta tiene el avaro, por llegar à posseerla, y solia despues decir muchas veces: *Nunca me vi con carga tan pesada, como todo el tiempo, que tardè en expender esse dinero: y nunca mas que entonces temi me cogiera la muerte; que à la verdad tengo por muy peligrosa aquella, que halla à un Prebendado rico; siendo dificil justificarse cabalmente delante de Dios con tanta sobra de riquezas en la muerte, quando en la vida son tantos los acreedores de los bienes de la Iglesia, quantos son los pobres, y necessitados, que de continuo claman para el alivio de su necessidad, y para el desahogo de nuestra conciencia.*

Y assi deseando salir quanto antes Don Francisco de esse apremio, iba distribuyendo con larga mano el dinero, y sin las ocasiones harto frequentes, que se le venian muy à menudo à las manos, passava su caridad ferviente à solicitar otras de pobres vergonzantes, que son tanto mayores, quanto son menos conocidas: ello supo en despachar su dinero darse tanta maña (y en aquellas eras no era menester mucha) que en brevissimo tiempo se quedò sin una blanca; y confessava su humilde espiritu, que solo en repartir dinero le avia dado Dios algun genero de habilidad, pues sabialo hacer presto, y bien. Con todo el Retor, y demàs Padres del Colegio de Lerida con muchos Seglares, que pudieron ser testigos de vista, afirman que en tiempo, que viviò en aquella Ciudad con essa abundancia, mas parecia derramar, que distribuir el dinero; pues no se le ponia delante mendigo, à quien no diesse moneda, ò monedas de plata, y por mas que quisieron irle à la mano, diciendole que quan-

do la Dignidad no prestasse para esso, se mostrarian los pobres quexosos, è inquietos, persuadiendose acreedores de aquella limosna como ordinaria; pero ni esta razon, y mucho menos otras, que miravan à su comodidad, y decencia, fueron bastantes para encoger lo dadivoso de su mano, ni para estrechar lo generoso, y compassivo de su pecho, confirmandose ya para en adelante, que no avia de tener jamàs dinero sin assaltarle una zozobra; pues lo mas de una precisa decencia pedia de justicia ser distribuìdo à los pobres, en tres parages diferentes: en Cervera, por hallarse Cancelario de la Universidad, de la qual percibia sus reditos: en Lerida, por ser assiento, y residencia de su Dignidad: y en Tamarit, porque esse territorio, y sus pobres le correspondian con los frutos, y sudores; y assi fueron siempre en todas tres partes iguales los esmeros de su caridad. Y como por sì mismo no podia expender las limosnas en el Lugar de Tamarit, tenia ordenado à su Procurador, que allà residia, que por mas que fuessen las cosechas cortas, como realmente lo fueron los mas de los años, que obtuvo la Dignidad, por ningun caso dexasse sin limosna à los pobres, destinandoles en socorro de su miseria, porcion no pequeña de granos, y de dinero.

***

CA-

CAPITULO VII.

RECIBE LOS SAGRADOS ORDENES: *prevencion para ellos, y estremada devocion en la Missa, y Rezo.*

A La centella ardiente del amor Divino, que prende en una alma bien dispuesta, le es favorable qualquier soplo, para passar à incendio glorioso. Quanto mas lo seria à la llama ardiente, que ya se avia cebado en el alma de DON FRANCISCO, aquel portentoso soplo del Espiritu Santo, que basta para levantar los mas toscos barros al ser de Dioses, ò Christos por el Sacerdocio? Indecibles eran las ansias, con que el amoroso corazon de DON FRANCISCO deseava llegar al Sacerdocio; pero al mismo tiempo le atemorizava la soberania de tan alto estado; porque midiendo su alteza desde los senos mas profundos de su humildad, lo mismo, que por una parte azorava su afecto, por otra era rèmora, que detenia el curso à sus designios; y asi combatian en aquel puro corazon temor reverencial, con ansia ferviente; esta batia presurosas las alas, para allegarse mas al bien amado; pero las piguelas de un temor respetoso embargavan los ligeros buelos, que iba à dar su espiritu, queriendo lo mismo, que temia, y temiendo lo mismo, que ansiosamente deseava; cuya contrariedad de afectos, explicava èl mismo con estos terminos: *Que anhelava intensissimamente llegar al Sacerdocio; pero que temia grandemente el ser Sacerdote.*

Para llegar con disposicion mayor à tan soberano caracter, y para proceder con todo el acierto en materia de tanta entidad, y substancia, se previno con unos exercicios muy fervorosos, en los quales desplegò todas las velas de su fervor, y se exercitò en todo linage de mortificacion, y penitencia, à fin de probar de varios modos el valor, y robustèz de su espiritu, para que despues al grave peso de tanta carga no cayera desfallecido. Derramò asimismo à la presencia del Señor su humilde corazon en ternuras, amores, y afectos entrañables, suplicandole encarecidamente, que sino avia de servirle en esse estado con la fidelidad, y pureza, que tan dignamente se merecia; ò le quitasse desde luego la vida, ò le estorvasse los passos, que incauto, y ossado iba à dar. Fueron inexplicables (à lo que èl mismo decia) los consuelos, que benigno derramò el Cielo sobre su alma; comunicandosele el Señor con tanta abundancia de dulzuras, que quedò anegada su alma en un mar de suavidades grande, y en un pielago de dulzuras indecible: y llegaron à ser tan sensibles las señales de ser toda Divina, y de gloria de Dios su empresa, que no dudò avia de merecer por ella los agrados, y bendiciones del Cielo, para mucho provecho suyo, y para no poca ayuda de los proximos.

Afianzado con tales ayudas de costa, passò desde luego à pedir humilmente al Ilustrissimo Señor Obispo de Barcelona, despues dignissimo Arzobispo de Toledo, y Cardenal de la Santa Iglesia, honor de la Purpura, è Idea la mas exemplar de Prelados santos, y limosneros, se dig-

nasse

nasse ordenarle, por mas que se mirava bien indigno de caracter tan alto, y tan soberano. Ya que la gran nobleza de su sangre, y la opinion no vulgar, que de su santidad, y de sus relevantes virtudes, y meritos tenia formado, y avia manifestado dicho Señor Prelado, no fueran recomendacion bastante para conseguir lo que con tanta humildad pedia; lo seria sin duda la modestia Angelical de su semblante, y su porte tan humilde, para que condescendiera gustoso aun aquel que le tuviera menos conocido, quanto mas quien tenia tan bien sabidas sus heroicas virtudes; que avia insinuado algunas veces desea, tener junto à sì, y en su Cabildo un Cavallero tan docto, y tan exemplar como Don Francisco.

Recibiò en tres dias, con Buleto que para ello tenia, todos los Ordenes Sagrados: mas que pluma no se embarazarà aqui en explicar la disposicion, con que se previno para celebrar su primera Missa? Pues dexadas à una parte las mortificaciones corporales, que fueron muchas, las oraciones vocales, que no fueron pocas, procurò con el mayor conato, que su espiritu quedàra el mas limpio, el mas puro, è inmaculado: y no contento con la Confession General, que tenia ya hecha de toda su vida, precedieron antes muchas particulares, passando gran parte de la noche en actos fervientes de amor de Dios antes de llegar á tan alto Sacrificio, que por fin celebrò con tanta gravedad, devocion, y ternura, que la causò à quantos se hallaron presentes: comenzando desde esse primer dia à arder nuevo, y oloroso holocausto en unas mismas Aras con el Cordero Inmaculado, para passarse à consumir en bre-

breve tiempo victima agradable à ſu Dios; ſiendo bien cierto, en opinion de quantos le vieron en eſſe Sacrificio de la Miſſa, que los grandiſsimos fervores, è incendios en èl concebidos, hicieron que muy antes humeàra gloriosa victima ſu vida, de lo que ſegun el curſo natural, y ordinario deviera.

Sino por indiſpoſicion corporal grave, no omitia el celebrar cada dia Miſſa: y ſu diſpoſicion quotidiana, y ordinaria antes de ella era leerla con mucha atencion, y cuidado, durar por dos horas bien largas en la Oracion Mental, y rezar algunas oraciones vocales: y ſiempre que ſus ocupaciones le davan lugar, ò ſe hallava en parage de poderlo executar, oìa una, ò dos Miſſas antes de la ſuya, y otras tantas deſpues. Nunca en los dias de ſu vida ſe acercò à tan Sacroſanto Sacrificio ſin limpiar primero ſu alma à los puros raudales de el Jordàn de la Penitencia: y fue en eſto tan ſumamente inexorable, que le acaeciò alguna vez ir de camino, y por no aver oportunidad de Confeſſor en el lugar, aguardarſe cerca dos horas à que viniera de otra parte; ſiendo tan poca la neceſsidad de confeſſarſe, que deſpues de averle oìdo el Confeſſor, ſe parò à mirarle en ademàn de ſuſpenſion, ſignificando, que no ſabia, porque avia aguardado el Penitente, y à que fin avia venido el Confeſſor, ſin que hacer ni para uno, ni para otro; aunque añadiò deſpues: *Tengo por cierto, que quiſo Dios aprendiera yo de eſte Angel puriſsimo el modo, con que devo llegarme à tan alto Miſterio.*

Su Miſſa, por lo comun, durava tres quartos largos de hora, y no pocas veces la llenava entera. Deſde ſus pri-

primeras Missas obligò la mente à estar tan atenta à lo que hacia, que afirmò èl mismo, nunca aver tenido con advertencia diversion la mas minima en tiempo del Sacrificio; y lo que mas es de admirar, no se atreveria à afirmar averla tenido notable, aun inadvertidamente; que es cosa rarissima, y singular, en un sugeto aplicado al govierno de una Universidad, atropellado con la tropelia de tanta diversidad de negocios, como lleva consigo un estudio general, y una juventud inquieta. Pero para mantener Don Francisco su mente aligerada de otras qualesquier especies, antes de la Missa rara vez admitia visita alguna, ni conversacion, que pudiera servirle del menor estorvo: y aun en los casos sumamente precisos procurava desembarazarse con la mayor brevedad, y satisfacer con las mas cortas clausulas, que podia. Assi desde que se levantava, estrechava su animo, y obligava su mente à no pensar en otro, que en aquella grande obra, que devia hacer: y fatigavale de modo la eficacia, y violencia, con que solicitava essa abstraccion de otro qualquier objeto; que se dava bien à conocer la fatiga aun en lo exterior del cuerpo, y del semblante: de suerte, que sucediò muchas veces en lo mas erizado del Invierno verle correr por el rostro una tras otra las gotas de sudor: y serà sin duda prueba bastante de su enagenacion, y abstraccion de otra qualquier cosa en la Missa, lo que refiriò un Sacerdote averle acontecido, sirviendole Missa à Don Francisco. No sè con que motivo se divirtiò à otra cosa fuera del Altar el Sacerdote, y aplicando, sin advertir, la Palmatoria, con que alumbra-

va

va à DON FRANCISCO, quemòle parte del cabello, y de los pelos de la barba: pero èl ſe moſtrò tan inſenſible, y tan ageno del acaſo; que no ſolo entonces no hizo ademan alguno, ù movimiento; pero aun deſpues de la Miſſa, queriendo el buen Sacerdote darle ſatisfacion de ſu poca cautela, aſſeguròle DON FRANCISCO con ingenuidad, no aver advertido aquel accidente, por mas que quedavan indicios muy baſtantes en el roſtro.

En otros muchos caſos de eſſe genero podia difuſamente correr la pluma; pero por no llevar mas novedad, que el paſſado, y por no ſer prolixo, les omito: aunque no es bien dexar, lo que todos con la mas viva laſtima pudieron ver; y era, que de la ſuma atencion, è intencion de fervores, que anſioſa ſolicitava ſu alma en el Sacrificio, ſalia aun el cuerpo tan en eſtremo debil; que deſpues de la Miſſa llegava à deſcaecer desfallecido, llenando de compaſsion indecible à quantos le miravan: pero nunca la tuvo èl de sì miſmo, para admitir alguna tregua en ſus fervientes prevenciones, ni en minorar de eſſe ſu ordinario porte, y rigor: de forma, que aviendole ordenado los Medicos usàra el tabaco de polvo, para alivio de los intenſos dolores de cabeza, que caſi de continuo le aquexavan, nunca quiſo condeſcender en tomarlo antes de la Miſſa: aviendole yo miſmo oìdo muchas veces: *Conozco, que con un ſolo polvo de tabaco ſe me avia de minorar un agudo dolor de cabeza, que me aflige; pero antes de la Miſſa nunca he oſſado tomarle, teniendolo por menos decente, y en algun modo expueſto à profanar la entrada à tan Auguſto Dueño.* Què diràn à eſto aquellos, que no reparan en uſar

el

el tabaco de humo? Y quiera Dios, que no sea con otro modo mas indigno, è indecente.

Essas eran las respetosas atenciones de Don Francisco, para con su Dios Sacramentado; y quien duda, que à respetos semejantes se mostraria el Señor muy benevolo, y agradecido, retornandole en finezas lo que èl afanava en obsequios? Y si bien por lo comun sus Oraciones, y Sacrificios, fueron en adelante embueltos en abundancia de tristes sequedades, y amargos desconsuelos, tanto que èl mismo confessò, que solo Dios, y su pobre alma sabian quanto tropel de penas, y congoxas inundavan su espiritu, no siendole facil explicar, ni la mas minima parte de lo que llegava à padecer; sin embargo, para alentar sus fervores, y para no acobardar à su espiritu en las primeras Missas, tal vez, aunque bien rara, derramò el Señor abundancia de dulzuras, embiandole tal avenida, è inundacion de consuelos, que enamorada dulcemente su alma, le parecia passava à esconderse con su Dueño baxo unos mismos accidentes de la Ostia, y estrecharse tan intimamente con èl, que no podia aver en el mundo fuerza para romper tan estrecho vinculo: y assimismo al sumir, se le mostrava como entrambos dueños Dios, y su alma estrechamente unidos de nuevo entravan à animar su corazon, y que siendo angosto su cauce à tan impetuosa corriente de consuelos, no podia caber dentro del pecho.

Y sin duda, una de essas veces huvo de ser, quando en lo exterior de su pecho, se dexò ver un globo flamante de mucha luz, y resplandor, de un espiritu heroica-

mente grande, y que tenia con el Señor mucha comunicacion, quien sin aver de antemano tenido noticia alguna de la virtud de Don Francisco, ni conocimiento del sugeto, manifestò à su Confessor, que sin duda aquel Sacerdote era Santo, pues à mas de aver visto lo que arriba tengo referido, ya en otra ocasion, diciendo tambien Missa el mismo Sacerdote, de repente se avia la Ostia coronado con diadema de brillantes luces al levantarla para que la adorasse el pueblo; viendola asimismo despues al sumir, ceñida de una hermosa esfera de resplandores, incomparablemente mas hermosos, que enmedio de su Zenid se dexa ver el Sol material luminoso; llegando la abundancia de dulzuras à su espiritu, que por mas, que en lugar bien distante del Altar, rebosava en un golfo de placeres, y consuelos inexplicables. Todo esto manifestò à su Confessor, que por mas que tenia muy subido concepto de la virtud de Don Francisco, como tambien del sugeto, que le comunicava la vision; sin embargo, desconfiando en cosas semejantes de sì mismo, pidiò à un Prelado en virtud, y letras grande, tanteasse los quilates de aquellos espiritus, para pesar con esso la verdad, y sòlido del caso; el qual, despues de aver con varios modos cercioradose del todo, no dudò assegurar ser ageno lo sucedido de toda ilusion, ò engaño, persistiendo tan constantemente en ello quien viò semejante prodigio, que dixo juraria lo mismo en la hora postrera de su vida. Con todo, por ser tales visiones expuestas al engaño, hasta que passen por el juicio indefectible de la Iglesia Santa, no pretendo

se

se dè mas crédito, que el que pide una fee puramente humana.

Essa era la devocion de Don Francisco en el Sacrificio de la Missa, y no fue menor la que obsservò en el Rezo del Divino Oficio, que desde el dia primero, que le cupo la obligacion de averle de decir, hasta el postrero, fue siempre arrodillado; siendo tan constante en esto, que sobre hallarse muchos dias en extremo debil, y quebrantado, jamàs se pudo recabar con èl, le rezàra, ni en pie, ni sentado, ni en otra forma la mas decente, y devota, sino fixas siempre las dos rodillas al suelo: y si el Rezo le duràra à èl, lo que comunmente à los otros, no fuera tanto de admirar; pero, como despues dirè, por razon de sus grandes escrupulos, y suma delicadez de conciencia, dias avia que un Rezo de los comunes, le durava passada de hora y media. Su modo ordinario era, antes de comenzarle estar un rato suspenso, para conciliar la devocion: actuava despues la intencion, comenzando con mucha pausa, y siendo en la pronunciacion, y accentuacion tan menudo, que ni una letra, ni un tilde se le passava por alto; y las veces, que rezava en compañia de otro, de que gustava para mas conformarse con el Ritu Romano, aunque con dificultad hallava devocion, por mas ferviente que fuera, que pudiesse aguantar la suya; si advertia, que el compañero omitia alguna letra, ò sincopava alguna palabra, se lo avisava con gran humildad; si eran frequentes, callava entonces por no ser importuno, bolviendo despues èl à solas à repetir todo lo que avia rezado en compañia, y aun las veces, que

rezava solo, era siempre en voz alta, clara, è inteligible; y descubierta del todo la cabeza, hasta en lo mas crudo del Invierno. Quando alguna precisa ocupacion de su empleo no le dispensava en la puntualidad, rezava siempre las Horas al tiempo, que prescribe la Iglesia Santa: y para huir qualquiera distraccion, solicitava para el Rezo el puesto mas solitario, y quieto; sin averse querido jamàs eximir de pagarle à Dios tan devoto feudo, por indisposicion, ò enfermedad: de suerte, que en la ultima, quando mas aquexado de sus males, y casi ya sin esperanza de la vida, fue preciso esconderle los Breviarios, por no avivar con la vista sus deseos, y aumentar con el acuerdo sus escrupulos. Algunas veces en medio de el Rezo se quedava repentinamente suspenso por largo rato, bolviendo despues en sì, como quien despierta de un apacible sueño. De la gran superabundancia de fervor, que en el Rezo concebia su pecho, salia un ardor sensible, y como llama, al rostro, durandole alguna vez por largo rato encendido el semblante, por mas que su color natural tirava à palido, y descolorido.

*** ***

***

CA-

CAPITULO VIII.

SU PORTE SOLICITO EN EL REGIMEN DE *la Universidad, y prudente desvelo para con los Individuos de ella.*

SI cupieran en la virtud nimiedades, y sobras en la devocion, parecerà sin duda à alguno las avia en los devotos exercicios de Don Francisco; siendo su gran continuacion, y muchedumbre mucho mas à proposito, para formarle Religioso austero, y retirado, que para acreditarle diligente Prelado, y vigilante Cancelario; en quien no es justo hurte la devocion ni un solo instante de tiempo al empleo. Y assi, para que no entre alguno en sospecha semejante, deverà saber, que en estos Varones tenidos por grandes, y virtuosos una sola accion fraguada en un maduro acuerdo, y al mismo tiempo animada de la virtud, y de la prudencia, es de mayor energìa, y eficacia para con los subditos, que la muchedumbre en otros avidos por faltos de virtud, de consejo, y de razon. Deverà advertirse mas, que Don Francisco nunca reservò para sì tiempo alguno; pues no conociò el juego, no admitiò el entretenimiento, ni siguiò en tiempo alguno la diversion; sino que el dia todo, sin admitir un instante de tregua, le dividia entre Dios, y el proximo: con esso no serà dificil de entender, por mas que su aplicacion à los devotos exercicios era tanta; prestava tambien sus veces el mas diligente cuidado de la Universi-

dad,

dad, la que siempre mirò como blanco de su mayor obligacion, y aun objeto de su cariño, por ser obra encargada à su desvelo desde su origen, y ser primero, por entrambas Mageſtades, Divina, y humana: porque assi como en la formal economia de sus estudios, orden, y concierto de sus Escuelas, quiso el Rey nuestro Señor fuesse Don Francisco el primer Cancelario, idea, modelo, y exemplar de los demàs; assi hasta en la material fabrica, y sumptuoso edificio, quiso su Mageſtad fuesse Don Francisco el Artifice primero, passandole orden, para que en su Real nombre pusiesse de su mano la primera piedra à tan mageſtuosa obra, persuadido, que assentada de tan buena mano, se elevaria à ser monte grande, que ocuparia su fama mucho mundo, quando su sola basa ocupa no poca tierra: pudiendo assi ostentarse incontrastable à todos los baybenes de los tiempos, y ayres de la emulacion, quando por una parte servia de zanja no menos que la Real piedad, y por otra la dava cimientos la virtud mas solida.

Con essos motivos alentava el humilde encogimiento de Don Francisco aquel Jesuita grande, centro de la mas Christiana politica, y en quien por tantos años el Rey mas Catolico, y Pio confiò la seguridad de su alma, y de su conciencia, el Padre Guillermo Daubanton, escriviendole en una Carta estas palabras: *No deve amedrentarse V. Señoria, pues por essa obra està toda la piedad de el Rey nuestro Señor, y su amor*. Y en otra, despues de expressarle quan contento estava su Mageſtad de aver fiado à su Persona el manejo de la Universidad, le decia: *Queda*

su

su Magestad descansando muy seguro, que en la gran virtud, y zelo de V. Señoria, de que està bien informado, quedan muy assegurados los medras de essa Universidad, y progressos de essa Escuela. Añadiendo despues: *No dudo tendrà V. Señoria singularissimo consuelo, por tener à Maria tambien Defensora de essa Universidad; porque su Magestad, como tan devoto à essa Señora, no quiere que tenga otro Titular, ni otras Armas, que la Concepcion Inmaculada de Maria, cuya noticia, de orden de su Magestad, se le deve aver passado à V. Señoria por la via ordinaria.*

Con tan Soberana, y Excelente Patrona, y Defensora como MARIA; con jurisdicion, y autoridad tan amplia, como en el Capitulo antecedente hemos visto, y à mas de esto con todo el Favonio de una Magestad propicia, entrò DON FRANCISCO à manejar el governalle de su juvenil Republica; siendo bien menester todas essas ayudas de costa, para un total acierto, y cabal desempeño; pues quanto mas jovenes, y sin acuerdo los subditos, que la componen, tanto mas piden de prevencion, prudencia, y canas en el Superior, que la govierna; deviendo suplir la sagacidad, y pausado proceder de èste los dictamenes de poco digeridas especies, que en aquellos facilmente se conciben, y aun con mayor facilidad se passan à la execucion. Y si dixo el otro Discreto, que era arte de artes el saber governar; yo digo, que el governar con arte una muchedumbre de Estudiantes jovenes, es, sobre toda arte, milagro: y digo de verdad, que considerando yo aora, y otros de mayor prudencia, y autoridad conmigo aquella facilidad, con que DON FRANCISCO en lances

bien

bien arduos solia salir con desempeño, y aquel su singular modo, con que obrando como quien no obrava, sabia llegar hasta el cabo los negocios mas arduos, y enmarañados; devemos juzgar ser mas que efectos de una prudencia humana, partos de una virtud, ò arte milagrosa.

Presijòse para el acierto, como maxima primera, y principal, que un superior para ordenar à los demàs, es menester ordenarse antes à sì mismo; y como fuera en el Sol delito el mas minimo desconcierto en su carrera, y giros, pues naciò para alúmbrar à todos con su regular movimiento, deviendo ser su curso, concierto de toda la inferior esfera; y si sirviera en el Sol de suma fealdad la menor sombra, y lunar, por ser criado Presidente de los Astros mayores, y menudo vulgo de estrellas; assi en el Cielo animado de la Universidad, siendo èl constituido Presidente de tantos Astros, como son los Sabios, devia parecer sin el mas minimo lunar, y proceder con el mas admirable concierto en todas sus acciones, y movimientos: y es bien cierto averlo executado assi, quando no se hallarà alguno de quantos por la larga continuacion de tantos años le trataron; que ose decir se viò, ni reparò en Don Francisco, ni en su porte, ni en su modo de obrar la accion mas minima, que oliesse à desedificacion todo el tiempo, que rigiò la Universidad; antes bien podemos afirmar quantos le vimos, que su trato, porte, y acciones respiraron siempre edificacion, modestia, santidad, y exemplos: y no es de admirar, pues como dixe ya de antemano, que diversion, ni entretenimiento,

ni

aun el mas honesto, y mas permitido à los Varones espirituales, no solo no le admitiò, pero ni apenas le conociò, para poderse entregar à èl.

Assentò asimismo Don Francisco como maxima muy politica, que devia influir con igualdad à todas partes, y que para ser de todas las Facultades, Opiniones, y Escuelas atendido, y bien quisto, era bien à ninguna en particular mostrarse con singularidad propenso, è inclinado, manteniendose siempre en un equilibrio el mas fiel: tirando desde sus principios, no solo à grangearse los afectos, y voluntades de todos, mas aun à ganarse sus atenciones, y respetos; eligiendo para esto un medio, que ni le hiciera austero, ni tampoco nimiamente suave: y si bien es verdad que su natural amable, y piadoso le inducia insensiblemente à esta parte; pero sabia forcejar contra èl, conociendo muy bien, que à la justicia, y misericordia devia guardar inviolables sus fueros; y que un medio, que toca à entrambas partes, sin declinar à alguna de ellas, aunque es punto verdaderamente dificil, però punto el mas cierto, y seguro para un acertado govierno. Piensan muchos no han de ser temidos, ni respetados, si son agradables; otros, que siendo agradables, no es necessario el ser temidos: y se engañan unos, y otros; porque la seriedad sola exaspera los animos, y solo el agrado relaxa las voluntades; pero uno, y otro hermanados constituyen un compuesto admirable, como sucedia en Don Francisco; pues con un zelo agradable, y con un agrado zeloso se conciliava à un tiempo el amor, y el respeto de todos; añadiendo nueva fuerza la gran noble-

za de ſu ſangre, la opinion bien calificada de ſu ſantidad, y la modeſta compoſtura de ſu perſona: circunſtancias, todas, que diſponian, y aun forzavan el animo mas duro, y rebelde à un reſpeto, y veneracion incomparable, ſabiendo hacer amable el ſeñorìo, y reſpetable la afabilidad.

Para oſtentar la ſuavidad, aun quando mandava, procurava buſcar las palabras mas dulces, y menos imperioſas, para no exaſperar de eſſa ſuerte los animos de los que devian obedecerle: y las veces que era fuerza dar algun orden, ſingularmente à los Cathedraticos, que conocia averles de ſer de alguna deſazon, nunca hallava palabras baſtantemente ſuaves, repitiendo una, y muchas veces el miſmo orden, haſta que declinava en el modo mas dulce, y apacible: y aun ſolia añadir muchas veces deſpues: *Aora diràn como ſe conoce, que nueſtro Cancelario es joven, y poco conſiderado; ello en verdad es aſsi, y me parece duro, que un ignorante mande los Sabios; y que los pocos años rijan las venerables canas de muchos.* Pero dava bien à conocer Don Francisco en lo premeditado, y acertado de ſus preceptos, que la prudencia peyna canas en los pocos años, ſupliendo lo medido de ſus ordenes lo que faltava de nieve à ſus canas. Aun para con los Eſtudiantes procurava ſiempre buſcar la oportunidad, y la ſazon, para que de eſſa ſuerte fueſſen mas bien admitidas ſus reſoluciones, y preceptos; diciendo, que la ocaſion era madre de los aciertos, ſingularmente entre la juventud. Quanto podia conſeguir de ellos con la ſuavidad, y blandura de ſus palabras, aunque fueſſe con mas trabajo de ſu parte,

no

no queria valerse de el rigor, ni de la fuerza; siendo dictamen suyo, que gente, que tira à hidalga, como son los Academicos, mas presto se dexarà vencer de el agrado, que de el azote; deviendo ser mas admirables todas las curas, que se logran con la suavidad de el azeyte, que con los filos de el azero: sin embargo en todas las ocasiones, en que no bastava aquel su genio tan sumamente apacible, aquel su natural tan amable, que ciertamente eran bien raros, por ser bastante para atraher à sì como imàn el corazon mas de hierro; aunque por largo tiempo luchavan en su pecho de poder à poder la piedad, y el rigor; viendo frustrada aquella, sabia muy bien usar de este, para enfrenar assi aquella insolencia, que passa à descaro, ò desverguenza: pero antes de llegar à esse lance forzoso, en que un zelo verdaderamente Christiano, como era el suyo, no puede dexar sin castigo al culpado; era con mas pesadumbre, y sentimiento suyo, que de el mismo paciente.

Assi se lo dixo à uno de los Escolares en cierta ocasion, en que reprehendiendole agriamente por no sè que desman atrevido: *Si llegàra à conocer* (le dixo) *quanto me ha ocasionado de afliccion, y pena su falta, y quanto siento executar con V. md. lo que executo, creo que no avia de merecerle tan poca ley, que solo por librarme de essa congoxa, no se huviesse V. md. abstenido de semejante osadia*; y acabò con tanta energia, y con tan viva expression de palabras su reprehension, que confessò el paciente averle excitado à un vivo sentimiento, y obligado à derramar amargas lagrimas; asseguerando aun el dia de oy, le quedan tan altamente

impressas en su memoria aquellas palabras, que como de Santo escuchava, y que resonaron de tal suerte en su corazon los ecos de aquellas voces, que le poblaron entonces de pavoroso miedo, y le sirven aora de respetoso recuerdo. Lo mismo acaeciò à otro Estudiante, à quien aviendole llamado para avisarle de cierto tropiezo, despues de una amarguissima reprehension llena de graves, y sentidissimas palabras, bolviòse de repente àzia un Crucifixo, que delante de sì tenia, y dixo: *Como que he de dexar yo assi sin castigo unos pecados, que pusieron à Jesus de essa suerte? Esso no: Bolverè yo por este Señor, y por su honra, asegurandome que no buelva otra vez à ser crucificado.* Y despues de aver hecho alguna pausa, levantò de punto la voz, y la eficacia amenazandole futuras desgracias, è infortunios, que desde luego le dieron no poco que sentir, y en adelante bastante que llorar; aviendo sido ciertas profecias de todos los casos despues acà sucedidos.

De quantos desordenes passavan entre los Escolares; ninguno le era de tanta pena, y ninguno le ocasionava mayor congoxa, como el menor desliz, y aun la noticia mas vaga de impureza: y por mas que en otras materias no era facil en dar lugar à que se le entrasse una sospecha, poniendose abiertamente por parte de lo bueno, y tomando siempre algun tiempo, para averiguar mejor quanto se le avisava; solo en esse particular no aguardava mas tiempo, sobresaltandole el menor riesgo; de modo, que sagradamente inquieto passava à la mas exacta averiguacion, y hasta que quedava de el todo seguro, no vivia descansado. Y para que en essa parte nada se le ocultàra,

tenia muy recomendado à algunas personas de gran zelo, y mucha prudencia invigilassen con cuidado, y le diessen luego aviso aun de aquellos peligros mas remotos, que muy mañoso el enemigo comun sabe prevenir, y menos cauta la juventud no sabe declinar, y en essa resvaladiza ladera qualquier passo es precipicio, à donde con facilidad caen jovenes, y con dificultad saben salir quando viejos. Por esso ningun peligro le parecia despreciable, ningun lance menos digno de atencion, y desvelo: à qualquier tiempo, y à todas horas, aun en las mas intempestivas de la noche, ocurria al mas minimo de essos riesgos, confessando, que semejantes noticias, y peligros le avian hurtado en las noches no pocas horas de sueño, y de descanso. Ofrecia à Dios incessantes oraciones, y sacrificios, à fin de merecer para sus Escolares el apreciable dòn de la Castidad: pediale tambien à Maria Santissima todo su favor, y ayuda, suplicandole entrañablemente recibiesse en su amparo, y proteccion los que estavan à su cargo, insinuando suavemente en los corazones de los Estudiantes, quando la oportunidad, y la ocasion lo llevava, una filial devocion à esta gran Reyna; diciendoles, devian consagrarse entera, y perfectamente à ella, para vivir seguros; atendiendola como norte fixo, para correr sin peligro los años juveniles, en que son muchos los vaxios, y la experiencia muy poca.

Y como conocia bien, que la mas incontrastable seguridad, y firmeza en materia de honestidad, y pureza, es la que se arrayga en un temor santo de Dios; tenia en cada mes prefixado su dia, que era el immediato antes à

la Comunion, para que à todas las Facultades juntas en el Theatro Mayor de la Universidad se les hiciera una platica fervorosa, que siempre queria fuesse de los Novissimos, ù otro punto, que mas sirviera para excitar en la voluntad un verdadero amor de Dios, y una detestacion horrible à la culpa, que para deleitar el entendimiento con sus sutilezas vanas, è inutiles discursos; siendo à essas funciones inconcussa su assistencia, assi para edificar con el exemplo, como para conciliar la quietud con su presencia. Y pareciendole aun poco todo esto, para desempeño de su obligacion, y descargo de su conciencia, el año de 1724. solicitò su fervoroso desvelo viniera à aquella Ciudad un acreditado Missionero Jesuita, para que assi, oìdos los desengaños sin intermission, fuera mas duradero el horror al vicio, y el amor à la virtud: y para mas assegurar el concurso, el mismo Don Francisco fuè corriendo una à una las Escuelas, y Facultades, encargando con la mas viva energia de palabras la assistencia de todos; diciendoles, que de quantas cosas les avia pedido, ò encargado, èsta queria les fuesse la mas recomendable, por ser la mas conveniente, y por esso de su mayor gusto, y agrado. Y en la noche de la publicacion quiso ir delante con el exemplo, llevando el Guion, y aun deseava enseñar por sì mismo las Doctrinas, à no ser que se lo dissuadieron, con decirle no era del servicio de Dios hurtar el tiempo à otras dependencias de mas monta, y mas proprias de su empleo; pero por ningun caso, ni ocupacion dexò todos los dias de assistir: y oyendo despues el gran fruto, que esta Mission produxo entre los

Es-

Estudiantes, se llenava de indecible consuelo, y alegria, assegurando sentirse aliviado en mucha parte de lo que podia ocasionarle mas pena, y congoxa, que era la salvacion de los que à su cargo tenia.

Para el remedio de otras inquietudes escolares, y juveniles, que son tan frequentes en las Universidades compuestas por lo comun de gente moza, que passa ligera del pensar à el executar; procurava su gran prudencia muy de antemano caminar al alcance de las menores contingencias, y madrugar con mucha cautela en los dias, y ocasiones mas peligrosas, y expuestas, para quitar assi los tropiezos, y estorvar los lances. Unas veces anticipava su presencia en el palenque: otras prevenia à los Cathedraticos, para que con su autoridad, y zelo cautelassen los riesgos: otras llamava à las cabezas, y los que tenia por mas aviesos, y atrevidos, asseguràndoles se castigaria en ellos la dissolucion, è insolencia de los demàs: siendo de parecer, que el castigo, singularmente en los Estudiantes, devia tener condiciones de rayo, que despues de tronar mucho, hiere, lo que mas, à uno, para amedrentar à muchos; insistiendo siempre, que quanto ellos eran mas precipitados en sus travesuras, devia èl ser mas cauteloso, y remirado en los remedios; y solo quando veìa ser por demàs otros qualesquier medios blandos, y suaves, aplicava la mano al rigor; siendo menester para esto forcejar con violencia increible contra su genio, y natural apacible: y assi en las causas criminales, que llegavan à su Curia, sentia sumo quebranto, y mortificacion, por averse de ladear à la severidad, pa-

ra

ra la correccion, y enmienda del delito; de modo; que en cierta ocasion, en que por via de processo, y tela de juicio huvo de firmar cierta sentencia de alguna monta, y peso contra uno de los Academicos, se llenò su corazon de imponderable tristeza; y viendo, que los estimulos de su conciencia le obligavan à ello, repitiò muchas veces: *Solo para escusar lance semejante, tuviera à bien no aver entrado en el empleo.* En otras ocasiones de menos monta servia de castigo una aspera reprehension, que llevando consigo toda la recomendacion de santo, y padre amoroso, conseguia las enmiendas, que quizà no se huvieran logrado con otros medios violentos: passava despues à alentar à los culpados para la enmienda, ofreciendo, que si esta era cierta, le tendrian en adelante por Abogado, y solicitaria sus medras con buenos informes, y oficios: assi sin faltar à los fueros de la justicia, corregia su piedad los desordenes de sus subditos, à quienes tenia dos veces rendido el corazon, una por el amor, otra por el respeto, que en ellos se conciliava; y de essa suerte conseguia enmiendas prodigiosas, y que por otros medios mas austeros nunca se huvieran conseguido.

Invigilava tambien su cuidado sobre el modo, con que los Cathedraticos cumplian con su dever, dando las gracias à los mas aplicados, y ofreciendoles en retorno todo su valimiento, y empeño, para mejorar su fortuna; y si sabia alguno menos aplicado, le avisava su descuido con tanta humildad, amor, y buen modo, que le hacia enteramente suyo, y de parte de la razon. Para el buen logro de uno, y otro, visitava entre año algunas veces

todas las Escuelas de la Universidad, informandose por menudo de los Cathedraticos, si se les guardavan todas las leyes de la atencion, y de el respeto; y en caso de faltarseles, les dava toda su autoridad, y vezes: preguntava assi mismo de los Estudiantes, quienes dexavan de acudir à su estudio con frequencia; y en caso de ser las faltas muchas, si reprehendidos no experimentava enmienda, solicitava el que no se mantuviessen en la Universidad, para que no sirviessen de escandolo, y tropiezo à los demàs: à esse fin inquiria privadamente de los Cathedraticos los adelantamientos de cada uno, alentava à los aplicados, y à los menos aplicados exortava à no malograr el tiempo, ni frustrar los costosos medios, que sus padres para su decente porte, y manutencion tan francamente expendian: y quando la repeticion de estos avisos no servia de algun fruto, para que sus buenos padres no gastassen sin provecho, les passava à escrivir, sin fiar esta diligencia à pluma agena: testigos pueden ser no pocos de este Principado, que le merecieron esse cuidado, y esse favor, que deve ser de mucha estima, por mas que sea de poco agrado.

Para que el tiempo destinado à la vela en las noches no se defraudàra al estudio; aun en lo mas erizado, y destemplado de el Invierno corria Don Francisco las mas noches, por sus trechos la Ciudad, visitando una à una las casas, en que vivian Estudiantes, cuyas puertas deven quedar abiertas, y aun las de los quartos mismos, en que estudian, para que assi pueda introducirse con mas dissimulo el Cancelario; y consiguiò su gran vigi-

lancia en las horas destinadas al estudio de tal suerte tener recogidos à sus Estudiantes, para lo qual ayuda no poco la misma positura del Lugar; que mas, que juventud inquieta, parecia Comunidad Religiosa; siendo reparable, y sirviendo de escandalo en essas horas assignadas para la vela, no solo vèr algun Estudiante, que cruzasse la calle, pero ni aun detenido en la visita mas honesta, obligando à cada uno su proprio rubor, y empacho luego que llegava la hora de el estudio, à despedirse cortesmente, para no faltar à su primera obligacion: y si tal vez preveian de antemano en esse tiempo serles inescusable alguna visita, pedian licencia al Cancelario, ò para anticipar la vela, ò para faltar á ella; porque sabian bien no era facil celar à su gran vigilancia la menor falta en su estudio. Y verdaderamente es cosa de admiracion en un numero de Academicos, que ya por esse tiempo llegaria de nueve cientos à mil, tener notado el Cancelario, como yo mismo pude ver, de algunos quantas veces avian faltado en la noche à su estudio: y mas siendo tantas las otras ocupaciones de mucha monta, que singularmente en sus principios llevava consigo el empleo de Cancelario; y siendo tantos los devotos exercicios, y tan larga su oracion, como arriba queda insinuado.

Y para que à alguno no se le haga dificil entender como podia acudir à su tiempo à unas, sin defraudar de el suyo à las otras; dirè por mayor el orden, que guardava: procurava siempre madrugar en sus tareas, siguiendo la misma hora, que siguen los Jesuitas al levantarse; en Verano, dadas las quatro; y en Invierno, despues de las

cinco: y porque era sobre manera apassionado al sueño, para no dexarse vencer de sus dulces porfias, tenia ordenado al criado, que al despertarle, insistiera impertinente, hasta verle levantar, y con èl rezava luego el *Te Deum laudamus*; y para mejor llenar lo demàs de el tiempo, que tardava en vestirse, hacia que leyera un Page algun Libro espiritual: luego despues de levantado, hecho à Dios entero holocausto de sì, y de sus obras en aquel dia, le pedia con entrañable afecto, que si en èl avia de ofenderle gravemente, le cortasse desde luego el hilo de su vida, que solo queria para sacrificarla en su obsequio, y en ayuda de su proximo: inmediatamente, fixas sus rodillas al suelo, sin que jamàs se le viesse mudar de postura, y sin mas movimiento, que una estatua, durava lo que menos en oracion mas de dos horas: passava despues à celebrar su Missa, prevenido con la Confession Sacramental todos los dias, sirviendo assimismo de disposicion, alguna, ò algunas Missas oìdas antes, y despues de decir la suya; de modo, que empleadas en essos devotos exercicios, y en las horas Canonicas, de quatro à cinco horas largas de relox, venia à estar enteramente desembarazado para las diez, tiempo, en que por lo comun los Estudiantes salian de sus liciones: y assimismo anticipandose à prima tarde en su rezo, y devociones, venia à quedar libre al despacharse los Estudiantes de sus tareas; y desde luego se dedicava enteramente à oìr los que à èl venian, con tanta paz, amor, y mansedumbre, en tan diferentes porfias, que ya nunca se mostrò enfadado, ni se alterava su semblante, por mas que insistiessen imper-

tinentes los que à èl acudian, venciendo con suavidad de razones las muchas sinrazones que alegavan; siendole vivo desconsuelo el que cada uno no saliera de su presencia con todo el logro de la pretension, que à la entrada se prometia: y era tanto mayor su dignacion, y humanidad, quanto era mas pobre, y desvalido aquel que à su presencia venia: de suerte, que su gran afabilidad para estos pobres, muchos de quellos Señores, que no conocen tan bien la humildad, y caridad Christiana, la equivocavan con abatimiento, y assi se lo insinuaron algunas veces, diciendole no parecer bien esse porte à su caracter, y nobleza; pero èl se diò siempre por desentendido à semejantes razones, y pundonores; afirmando ser los pobres acreedores de mayor mansedumbre, y consuelo; pues sobre los demàs trabajos, llevavan siempre èl de su pobreza, que no era el mas pequeño. Y como una vez le dixesse el criado aver despachado uno de essos Estudiantes, sin permitir entrar à èl, por suponerle muy ocupado, y que sin duda el negocio, con que venia el Estudiante seria de poca entidad: le dixo con seriedad Don Francisco, que no se tomàra otra vez tanta licencia, pues su ocupacion primera, y el tiempo mas bien ocupado era para èl, aquel que empleava en assistir al desvalido, y menesteroso, y que no podia serle negocio alguno de mas monta, como dexar un pobre consolado.

Si le queria hablar el Estudiante mas humilde en medio de la calle, se parava luego, escuchandole tan afable, alhagueño, y familiar, que no parecia tratar con inferior, sino con otro su igual; y assimismo en medio de su gran

mo-

modestia andava siempre muy cuidadoso de correspon-der al mas infimo la cortesia. Si sabia alguno de los pobres Estudiantes enfermo, derramava en alivio suyo todo el corazon, y amor; no desdeñandose de entrar en los quartos, por mas desacomodados que fuessen: de modo, que aviendoseme encargado la prevencion de un aposento, para quien devia venir à cursar à la Universidad, y enseñandome la Dueña de la casa el que unicamente le quedava desocupado; por parecerme notablemente incomodo, le dixe: *Esse no es quarto, para que entren Personas en èl*: à que me respondiò con buen donaire: *A fee mia que era Persona, y muy Persona aquel Cavallero Santo, y Cancelario Don Francisco Queralt: èsse pues muchas noches no se desdeñava de visitar en èl à un pobre Estudiante gravemente enfermo, y destituìdo de todo humano consuelo; y sentandose en la misma cama de el enfermo, le consolava con palabras tan suaves, y de tanto amor, y cariño, que ni sus proprios padres podian explicarse en expressiones mas dulces, y amorosas: sin esso al partirse me dexava siempre alguna limosna para alivio de su miseria, sin querer manifestasse al enfermo el conducto, por donde se le derivava tanto bien; recomendandomele muy de veras, para que como madre le assistiera con amor, y cariño; y que èl en vez de padre subministraria los medios, que serian menester.*

Otras acciones heroicas de su gran caridad para con los pobres Estudiantes podia dexar aqui escritas: pero como los esmeros de esta virtud tengan despues en comun su lugar proprio; omito aora estos casos particulares. Lo cierto es, que su cuidadoso desvelo, su gran pru-

dencia, y modo, la fama singular de su santidad, y exemplar virtud, se hicieron tanto lugar en el Real animo, y assi supieron grangearse los Reales agrados; que aquel gran Ministro de Estado, y Politica, è Insigne Protector de la Universidad de Cervera, Don Luis Curiel, en cuya entereza no cabia la exageracion, en varias de sus Cartas, que despues de la muerte de Don Francisco se le hallaron, usava de las mas singulares expressiones, para significarle quan propicia tenia la Magestad. Deciale assi en una de sus Cartas: *Està su Magestad bien enterado, y satisfecho de la gran integridad, y zelo, con que V. Señoria se aplica al govierno de essa su Universidad, siendole de singular consuelo aver confiado à la mucha virtud, y prudencia de V. Señoria essa obra; esperando, que por su direccion se han de lograr frutos admirables, &c.* En otra se le explicava en esta forma: *Ya sè que descuida V. Señoria de su salud, y con sus grandes penitencias la atropella: deve V. Señoria cuidar mas de si, y de su Persona, que es muy necessaria al bien de essa Universidad, y Principado, y quiere S. Mag. servirse de ella para cosas mayores, &c. Hace V. Señoria bien* (le decia en otra) *siempre que huviere ocasion, en pedir para sus Cathedraticos; y en esso se conoce bien quanto les quiere. Pero, ya que nunca pide cosa para si, devo yo cuidar de V. Señoria, siendo tan merecedor de que le atienda su Magestad, &c.* Assi se explicava esse gran Ministro, que nunca supo trasladar à la pluma, lo que no dictava el corazon: y solo sabia escrivir aquello, que llegava à concebir. Otras muchas expressiones de este genero podia yo traer aqui; però como, por mas que aumentàra el numero, no añadiera mas certidumbre en

su

su gloriosa conducta para con la Universidad, baste saberse, que en ella no resuena el nombre de Don Francisco de Queralt, sin que sus ecos aviven en el alma deseos de su Persona, sin que renueven en el corazon quebranto de tanta pèrdida, y sin que acuerden à la memoria su feliz, y dorado govierno de la Universidad.

CAPITULO IX.

TROPEL DE ESCRUPULOS, TENTACIONES, y sequedades, que por mucho tiempo, y mas en este afligiò el corazon de Don Francisco.

NO se sube no à la eminencia de la virtud, ni à la Sion Celestial, sin afanar antes, y vencer los ceños todos de su cuesta, y fragosidad: ni llegan à coronarse gloriosas las virtudes de los Santos, sin passar antes por los fuertes combates de las passiones amotinadas contra la ley, y la razon; porque sin essos combates fueran virtudes sin exercicio, y no tuvieran la gloria de vencedoras. No padeciò Don Francisco adversidades, ni persecuciones, que por lo comun suele ser prueba real de santidad heroica; porque su indole admirable, y la mucha estimacion, que de su Persona se tenia, le eximieron de esse pecho: pero permitiò Dios en su lugar los escrupulos, y tentaciones; theatro, en que prueba Dios de sus mas robustos Atletas las valentias. Dexòse atender, y mirar mucho tiempo de Dios, y de el Demonio en esse triste palenque, qual otro Hercules Christiano, superando cada

dia

dia nuevos monſtruos, para colgar nuevos trofeos. Embidioſo el Demonio, y ſolicito tramava por todas partes tentaciones, para negociar caìdas; provido Dios, y amoroſo permitia à ſu buen Siervo eſſas tentaciones, para acrecentarle premios, y coronas: porque rara vez confia el Señor tan peligroſas, y continuas batallas, ſino à unos eſpiritus animoſamente grandes, y muy ſemejantes al de Job: indicio claro de relevantes virtudes, y que aun quiere Dios ſublimarlas à mayores, ſacando de el miſmo polvo de el combate, y de la lucha nube, con que ſe ciega el enemigo, y diadema, con que ciñen las ſienes ſus Siervos.

Añadiò aſsimiſmo Dios, para que mas preſto, y como por atajo pudieſſe llegar à la mas alta cumbre de la virtud, el que ſubieſſe ſu Siervo la cueſta aſpera de unas ſequedades interiores, dexando à ſu eſcogido en aquel eſtado, que los verdaderos Myſticos llaman de horrible deſolacion. Uno, y otro de eſtos trabajos es verdaderamente grande, y digno de la mayor compaſsion: y uno, y otro de ellos ſintiò en alto grado el afligido corazon de Don Francisco, y eſpecialmente en eſtos poſtreros años de ſu vida. Pero, paraque mejor ſe entienda quanta impreſsion, y mella harian en ſu alma eſſos combates, y deſolaciones; es bien ſaber como el pecho de Don Francisco abrigava un deſeo intenſiſsimo de complacer, y agradar en todo, y por todo à ſu Dios; y un horror, y miedo tan grande de ofenderle, que dixo muchas veces, que ſolo el imaginar, podia ſu flaqueza delinquir en culpa grave, y caer en deſgracia de ſu buen Dios, cu-

bria

bria ſu corazon de pardas ſombras, y llenava ſu alma de mortales congoxas; ſiendo ſolo ponderable eſta pena con decir, que ſi perſiſtiera por largo tiempo en eſſe triſte, y melancolico penſamiento, ſeria baſtante eſſo, para quitarle la vida. Añadia mas el amoroſo corazon de Don Francisco: que de el Infierno, ſolo el no ſer amado de ſu Dios, ni el poder amarle èl por una eternidad, era lo que ſe le hacia mas ſenſible, è inaguantable: paſſava adelante ſu afecto, diciendo: *Con ſaber yo, y poder hacer la reflexa, que lo que acaece es guſto de mi Dios, no puede ſuceder cosa alguna en el mundo, que ſea capaz de darme pena, ni ſentimiento.*

Quien liquidava ſu corazon en afectos ſemejantes; quien tan heroicamente amava à Dios, y deſeava tan intenſamente ſer amado de ſu Divina Mageſtad, como no ſe llenaria de mortales congoxas, quando à cada accion, no ſolo de aquellas, que de ſuyo podian ſer indiferentes, mas aun de las que no tenian otro blanco, que à Dios, le embolvian en reparos, dudas, inquietudes, y ſoſpechas, de ſi eran, ò no, con el devido reſpeto, y con aquel acierto, que ſe merecia la Mageſtad de ſu Señor, à quien tanto deſeava agradar, y complacer? quedando ſu animo ſumamente inquieto, por no entender, ſi quedaria ſu Dios ofendido con aquello miſmo, con que devia ſer honrado. En eſſa turbulencia de coſas ſe rebolvia ſu imaginacion por largo rato con cabilaciones, ſoſpechas, y deſconfianzas; y algunas veces le preocupava tan de lleno ſu animo antes que llegàra à la obra, que ſucedia paſſarſele horas enteras perplexo, y tremulo de llegarſe

al Altar, y al Sacrificio, siendo rèmora de sus mismas ansias, el miedo de sus desaciertos, batallando deseos contra deseos, y contra sus fervores las ansias; y quedava de modo acobardado su espiritu, que à no alentarle otros, no acabaria de llegar al Sacrificio; y despues de estar ya en èl, singularmente luego que entrava en el Canon, como quien mira mas de cerca el peligro, era mayor su temor; siendo cada palabra una ansia, cada respiracion una sospecha, y una duda qualquier accion; ya porque no tenia la atencion devida, ya porque le faltava la intencion, y ya en fin porque la pronunciacion no era acertada. Con esso azorado el espiritu, bolvia á lo que dexò, pareciendole seguir mejor su carrera, si bolvia à emprehenderla muy de atràs; repitiendo una misma palabra muchas veces; y sucediale, lo que comunmente à semejantes personas acaece, que se aumenta una nueva zozobra, con lo mismo, que se pensò tener nueva seguridad. Y como si el alma toda no bastàra, para llegar al cabo con el peso de tanta obligacion, afanava à un mismo tiempo todo el cuerpo, llevandose con agitacion violenta tras sì la natural quietud de los sentidos, y aplicando de modo todo el conato exterior, que en lo mas crudo del Invierno, su gran fervor, y fatiga llegava à sacarle à su semblante sudor frio: de suerte, que aviendole atendido en cierta ocasion un Prelado gran parte de la Missa, al verle despues tomar la Hostia para sumir, dixo, acompañando su compassion el donayre: *Come, Amigo, come, que à fee mia que lo has bien sudado, y trabajado.* Añadiendo despues: *A este Santo Ca-*

vallero le ha cabido bien de lleno aquella maldicion de Adan: Con el sudor de tu rostro has de comer tu pan.

Y para que de una vez llegasse à apurarsele à su mucho amor la fineza, y à su gran paciencia la valentia, por permission de el Señor aquello mismo, que se le aplicava por remedio de tanto mal, le servia de mayor afliccion, y congoxa. Tenianle altamente recomendado sus Directores espirituales, que por ningun caso bolviera à inculcar, y repetir la palabra, que una vez huviera dicho; bien ciertos, que no avia peligro alguno de faltar, quando en el comun modo de pronunciar era de suyo tan apuntado, y tan menudo. No ignorava por otra parte Don Francisco, que en medio de una tormenta tan brava, y en un torbellino tan desecho de escrupulos, deve ser el dictamen del Confessor la aguja de marear, para que no llegue à naufragar el alma. Pero esse mismo dictamen, que en noche tan tenebrosa avia de servirle de guia, y hacerle visible la senda de la seguridad, essa era la que ponia à su alma en nuevo, y mayor conflicto: porque estrellandose olas encontradas, y contrarios afectos, no sabia que rumbo tomar, ò que derrota seguir: passar adelante, le parecia era faltar à su dever, y obligacion; y ser poco comedido, no guardarle à Dios los fueros de el respeto: no passar adelante, era no obedecer à sus Confessores, y delinquir contra lo que el mismo Dios quiere, y manda: y si bien para aconsejar à los demàs preferia siempre este dictamen à otra qualquier sospecha; pero esse, que tenia por rumbo fixo, y seguro para otros, se le representava para sì peligroso,

por parecerle no avia llegado èl al caso de los escrupulosos, permitiendolo Dios assi, para que de essa suerte, aun la ayuda, y compassion agena no pudiesse aliviar su trabajo. Entre essas dos aguas de tribulacion, y encontradas olas de amargura padecia combatida su pobre alma; y como naufrago errante, perdido el norte fixo, pareciale irse à pique, embuelta en tristezas, desalientos, temores, y desconfianzas de poder, ni aun llegar con el tiempo al cabo de buena esperanza: pues aviendo consultado à esse fin los hombres mas espirituales, ni en sus consejos; hallò alivio, ni seguridad en sus dictamenes: y como para el mismo fin leyera muchos libros espirituales; en vez de provecho, le parecia servirle de tristes fiscales, de mayor confusion de sus defectos, y de mayor cargo de su conciencia.

Solo experimentava algun remedio las veces, que se hallava mas acossado de essas congoxas, tener en la Missa la assistencia de algun Sacerdote de su confianza; protestando antes con humilde rendimiento no se apartaria de su dictamen: y aunque por lo comun deponia su conciencia, y seguridad en aquel, que le assistia; sin embargo tenia tanto que vencer en esso mismo, que muchas veces era mayor su pena, y quebranto, dexandole tan preocupado el animo, por una parte la intencion, y atencion; por otra, el no apartarse del dictamen de esse, que le assistia; que quedava su alma sin la menor advertencia para otra qualquier cosa: de modo, que refiriò un Sacerdote, que muchas veces le avia assistido en la Missa, que como en la Ciudad de Lerida sucediera desplomarse junto

to

to à la misma Iglesia, en que celebrava DON FRANCISCO un gran paredòn, cuyas ruìnas llegaron muy cerca, y el mucho ruìdo llenò de pavor las casas vecinas; asseguró DON FRANCISCO no aver advertido la menor cosa. Desprendiòse otra vez un rayo, que hiriò no lexos de el lugar, en que celebrava, sobresaltando lo mas de el Pueblo; asimismo dixo no aver sentido ni el trueno, que fuè pavoroso, ni la comocion de las gentes, que fuè grande. Tanto como esto preocupava su mente el afán, y el trabajo, que en el Altar padecia: y esse mismo sentia en su Rezo singularmente las veces, que le faltava compañero con quien rezar; obligando las mismas dudas, que en la Missa, à repetir no pocas veces todo el Oficio entero, y un mismo Psalmo por diez, ò doce veces. Asi refiriò un Jesuita averlo notado en cierta ocasion de parte donde no podia ser visto de DON FRANCISCO, el qual cansado ya de tanta porfia, y como acobardado su animo al peso de tanto trabajo, passò à exclamar entre amoroso, y sentido à su Dios: *Què ha de ser esto, Jesus mio que, ya no llegan mis fuerzas à tan insufrible trabajo! Ya que sabeis, buen Jesus, quanto el sea, compadeceos de mi, y sienta yo algun alivio en medio de tanta pena.* En esto se entrò el Jesuita con dissimulo à su quarto, à quien pidiò DON FRANCISCO, por las entrañas de JESU CHRISTO se compadeciera de su gran trabajo, ò ayudandole à rezar, ò bien atendiendole, para corregir sus defectos; porque dexandole solo, se hallava sin aliento para proseguir, pues turbada de el todo ya su imaginacion, afanava sin provecho, y atado à su ordinaria tahona, dava bueltas sin poder sacar agua

agua de consolacion. Esta gran pena aguantò su mucho sufrimiento casi desde que començò à rezar, y decir Missa, creciendo al passo que crecian los años, siendo notablemente mayor en essos ultimos de su vida.

A esse trabajo juntò Dios otro, con que suele subir muy de punto la afliccion, y la pena, singularmente en las almas santas, y que por otro tiempo desfrutaron muchos consuelos, assi en la oracion, como en otros devotos exercicios; y fuè esconderse le el Señor, retirando la avenida de dulzura, y consolacion espiritual, que en otro tiempo inundaron su espiritu, y assi recreavan su animo, que mas que el Ciervo herido corre presuroso à los cristales, acudia èl gustoso, y ansioso à la oracion, Congregaciones, y otros exercicios de virtud: pero aora quedò su espiritu arido, y desolado, sumido en una triste noche, inundado solo de desolaciones, y lleno de sinsabores en todos los exercicios espirituales; de forma, que en la oracion, que en otro tiempo afirmò averse le passado casi un año entero sin una hora de diversion, y sin el menor genero de fatiga, aora agotado ya aquel torrente de dulzura, y miel, y agostados aquellos verdores primeros, quedò su espiritu sumamente seco, y desabrido; sintiendo en ella cansancio sin provecho, inquietud sin alivio, y pesadumbre sin genero de consuelo. La leyenda de libros espirituales, que en otro tiempo le sirviò de gran consuelo, era aora ocasion de desconsuelo mayor; pues los consejos, que en aquellos leìa, en vez de remedios, se le antojavan fiscales de su conciencia; no hallados acaso, sino deparados con alto destino para

su

su encomienda: y en fin todos los demàs exercicios de virtud le eran sumamente desabridos. Pero en esso mismo se dexò mas admirar su gran constancia, y en esso subieron de punto los quilates de su fineza: pues nada de ello fuè parte, para que en un apice desquiciàra su gran constancia de todos aquellos mismos exercicios de oracion, devociones, y virtudes, à que desde sus primeros años se avia entregado: prueba à la verdad de un amor fuerte, y constante, quando ni todos los desvios de el amado, son bastantes à minorar de el amante los esmeros, y finezas.

Acabò por fin el Señor de cerrarle à este santo Cavallero todos los caminos de el alivio con la valla de espinas las mas penetrantes, y agudas; permitiendole al Demonio, que con su gran astucia le llenàra la imaginacion de sugestiones varias, y en diferentes generos, passando à discurrir su razon por desconocidos, y muy estraños senderos; tropezando à cada passo con un peligro, y mintiendole precipicios aun las mismas seguridades: de suerte, que temerosa su imaginacion le abultava à Gigantes desmedidos los que aun no llegavan à Pigmeos; haciendole ver en el delicado papel de su conciencia, como quien mira con vidro de aumento, las que no eran lagartijas, dragones formidables, para tragar su alma. Y aquel terrible azote, que tanto martirizò el espiritu de un San Pablo, aun despues de aver pisado los Astros, atormentava increiblemente el espiritu de Don Francisco; y siendo como era tan sumamente puro, què sentimiento no tendria, quando ansio-

so

so en todo, y por todo de hallar à su buen Dios, en lugar de Dios, no encontrava otro que Imagenes impuras, y Deidades profanas, queriendo profanar hasta lo mas sagrado de su oracion, lo mas santo de sus exercicios, y lo mas honesto de sus acciones? Quisiera aquel su animo purissimo, aquel su inocente corazon no solo echar de sì, y pelear con denuedo, como lo hacia; pero aun acabar de una vez, y de un golpe todo esse tropel de domesticos enemigos: pero por mas que de continuo vencia, jamàs acabava de vencer, saliendo siempre vencedor, para tener que vencer de continuo; pues à la venenosa hidra, por mas que se le cortavan las cabezas, sucedianle otras de igual ponzoña, sabiendo esse monstruo pulular quantas este Hercules Christiano llegava à cortar, permitiendo el Señor à la hidra escupir todo el veneno, para que en èl mismo quedasse con el tiempo ahogada.

Quisiera Don Francisco arrancar de una vez la fantasia, y contrastar para siempre imagenes tan obscenas; y como si el vigor del espiritu no fuera bastantemente esforzado para empeño semejante, arremetia no pocas veces con todo el conato exterior, y del mismo cuerpo, sin advertir, que esse era el que servia de fatal estorvo à sì mismo. Llevavale la congoxa, y cansancio, que essa lucha le ocasionava, à que descaecido del todo, se dexàra caer à los pies de Christo crucificado, desde donde batia las alas de su corazon medroso, para acercarse al sumo bien, esperando que en sus mayores cercanias hallaria remedio à tanto mal. Levantava otras veces los ojos al Sagrado Monte de Sion, en donde colocava sus

es-

esperanzas, y de donde esperava el alivio, clamando con tristes quexidos con David: *Hallaronme, Dios mio, hallaronme la tribulacion, y la angustia. O bien dilatad lo angosto de mi corazon; ò bien, Dios mio, disminuid la avenida de tanta pena: Dad una sola voz, Dios mio, y cessarà tormenta tan desecha, en que mi alma afligida comienza à zozobrar.* Pero por mas que clamava, hacia el Señor como que dormia; porque deseando llevar à su alma muy en breve al puerto deseado de la Gloria, sabia bien que el mas pronto modo devia ser à soplos de una tempestad la mas brava, y mas desecha. Solo las veces, que le ocurria apelar al asylo de su querida Madre Maria, experimentava su corazon alivio. Deciale con amor de hijo: *Y como què me aveis Vos tambien de dexar, Señora? Què serà triste de mi, si de este mar amargo de penas, en que se halla angustiado mi corazon, no me saca el seguro de vuestra gran piedad, y misericordia?* Quantas veces assi se querellava su corazon amoroso, le parecia que entre las densas nubes, y opacas sombras passava un destello hermoso de luz, que se desprendia de aquella estrella del mar Maria, con que se auyentava el miedo, y se esperanzava seguridad: al modo que à la luz primera del dia ve el caminante perdido la senda de seguridad, y se le desvanecen los assombros, que tal vez imaginò su temor en los troncos, y zarzales; assi del mismo modo al destello de luz benefica, que de Maria le venia, se le decubrian patentes los engaños de su imaginacion temerosa, conociendo claramente aver tropezado en la misma seguridad, y aver imaginado Gigantes, los que no llegavan à Pigmeos.

meos. Pero essa seguridad, y consuelo era por tan breve tiempo, que si bien bastava para recrear un tanto el animo, pero no para dexarle del todo sin cuidado, borrandosele poco despues de la memoria todas estas, y otras especies, que podian servirle de consuelo, sucediendo con el mismo vigor nuevo conflicto.

Martirizava Don Francisco con nuevos modos su cansado, y ya mortificado cuerpo: cerrava las puertas de sus sentidos, por donde podia introducir el enemigo contrabandos de esse genero: sus ojos à la presencia de qualquier muger estavan sumamente recogidos, y siempre fixos al suelo: de su boca no salia, como ni saliò jamàs, palabra, que no oliesse honestidad, y recato: à sus oìdos no llegavan, ni llegaron nunca los ecos de la deshonestidad: por fin todo su porte, movimientos, y acciones respiravan virtud, exemplo, recato, y pureza Angelical, à dicho de quantos tuvieron la fortuna de verle, ù de comunicarle. Sobre esto, para hallar remedio à tanto mal, manifestava à sus Confessores todo quanto en los senos de su conciencia se encubria; pero en esso mismo encontrava nueva pena, pareciendole no llegavan sus voces à explicar todo lo que su mente llegava à concebir: comun pension de los escrupulos, que quanto mas se dan à sentir, tanto menos se saben explicar, y se dexan entender; pues se barajan de modo las imaginaciones, van tan embueltos los pensamientos, y corren tan encontrados los afectos; que hasta en el declararse se encuentran, y confunden las palabras, desdiciendose de lo que una vez dixeron, dando por incierto

una

una vez, lo que en otra les parecia cierto. Y aunque DON FRANCISCO, como el mayor Fiscal de sì mismo, inclinava siempre à persuadirse de sì, y de su flaqueza lo peor; pero rebolviendo despues con algun sossiego mayor sobre lo mismo, no dexava de conocer, que por mas que sentia, no consentia, y que su afecto estava tan sumamente estrechado con Dios, que no queria, ni avia de querer otro objeto, que no fuesse del agrado de su Divino Dueño, el qual permitia solo esse desassossiego, y perturbacion à su buen siervo, en prueba de su amor, que se acredita de grande, quando à cada accion le sobresalta un susto; siendo cada susto en essa parte un argumento de mayor seguridad: y esse sin duda seria el motivo, por el qual nunca quiso Dios minorar compassivo su trabajo, porque de otra suerte no parece creible, que aviendo este buen Cavallero liquidado à la presencia del Señor su tierno corazon en tan porfiadas, como amorosas quexas, el que no desfrutàra algun genero de alivio: y aviendo assimismo consultado à tantos varones doctos, y santos, siendo su genio tan docil, tan obediente, y tan humilde, el que no huviera conseguido la quietud de espiritu, que tan ansiosamente deseava: aunque se harà menos de admirar, uno, y otro con el caso que aora voy à referir.

Animavale en cierta ocasion un varon docto, y grave à desechar toda essa perturbacion, y miedo; y le decia: *Si es bien cierto (como lo es) que V. S. no pretende, ni da motivo alguno à semejantes pensamientos; y hasta aora sabe bien, que no les abrazò la voluntad, antes les detestò*

pronta, y adversa; còmo assi se dexa apoderar de tanta inquietud, y temor? Me negarà (le respondiò Don Francisco) *que es el peligro continuo, y la lucha sin cessar; y en tan porfiada lucha errar un lance, no es muy possible? Y solo el ser possible es para mi la pena mas indecible, y un tormento inexplicable.* El que en medio de la carrera pretendia la seguridad de la Patria, quien duda que avia de vivir de continuo congoxado? A quien sola la possibilidad servia de afliccion, quien duda que hasta los Santelmos se le propondrian peligros? Pero quien assi temia, què duda ay tambien, tenia mucho andado para la vitoria? pues es bien cierto, que en la espiritual Milicia fueron siempre las mayores vitorias hijas legitimas del temor. Ello por mas que las vitorias eran continuas, como era la lucha sin intermission, ni descanso, al passo que la porcion superior del alma sacava mayores denuedos de las luchas, no dexava por lo menos la porcion inferior del cuerpo, de sentir quebranto sumo, y extrema debilidad: de suerte, que no avia quien al mirar solo su semblante, no diera por cierta alguna notable quiebra de su salud, y fuerzas; pues si hasta los marmoles mas duros se dan por entendidos à la porfiada sucession de gotas, por mas que sean menudas; còmo podia dexarse de dar à conocer una inundacion tan continua de trabajos en la salud de este Cavallero? Y assi, por mas que fue en algun tiempo de complexion robusta, y fuerte; pero como decia de sì el Santo Job, no era formado de metal duro, sino de carne flaca, para resistir à tanto tropel de trabajos, no les pudo ya mas resistir Don Francisco: y si el Santo Job

en

su vida acabò con los trabajos, estos como luego diremos, acabaron con la vida de DON FRANCISCO, quedando sepultado, qual otro ilustre Macabeo, debaxo de sus mismas vitorias, y triunfos.

CAPITULO X.

PRESAGIOS DE SU MUERTE, INCONTRASTABLE paciencia en su enfermedad, y fin dichoso de sus trabajos.

ERa ya llegado el tiempo feliz, en que esta nave cargada de despojos, y opulenta de virtudes, que à empeños de la mas brava, y desecha tormenta avia corrido tan dichosamente los peligros del golfo, aportasse ya gloriosa à la seguridad del puerto. Venia ya el dia dichoso, en que este Hercules Christiano, que con tan incomparable denuedo avia domado los monstruos de sus passiones, y hidras de sus apetitos, se coronàra de inmortalidad, y de gloria. Se acercava por fin la hora, en que esse Planeta lucido, que avia girado con tanta gloria sin sossiego, ni descanso, y avia fertilizado la Republica Christiana con los beneficos influxos de su doctrina, y exemplo, acabasse ya la pesada tarea de sus luces en la tierra, para mejorarlas por eternidades en el Cielo; y aora quiso Dios, se eclipsàra à nuestros ojos esse luminoso Astro, quando en medio de su Zenid se dexava ver mas admirable, y portentoso; y quando esperanzava aun para en adelante mayor golpe de luces, y mayor influen-

fluencia de resplandores. Pero como media Dios lo benefico de esse Sol, no tanto por el curso, que fuè corto, quanto por las giraciones, que fueron sin cessar continuas; no tanto por lo que corriò, quanto por lo que trabajò en la carrera; se diò ya por contento de sus utiles tareas, y se compadeciò por fin de sus pesadas fatigas.

Solos contava DON FRANCISCO de edad treinta y ocho años, colmados gloriosamente de meritos, bastantes à llenar el periodo de dias mas prolongados: hallavase aquella naturaleza, aunque de suyo fuerte, con el continuado tragin de carga tan pesada, como en sus escrupulos vimos, tan sumamente descaecida, y à la violencia de tantas fatigas tan dichosamente padecidas en prueba de su amor, tan apurada de fuerzas, que muchas veces, despues de sus exercicios de virtud, casi llegava à perder el aliento, y à faltarle la respiracion; y en especial despues de aver rezado, ò celebrado el santo Sacrificio de la Missa. En una de estas ocasiones viendole un Jesuita tan sumamente debil, y descaecido, le dixo: *Sino reporta V. Señoria essos fervores, no serà mucho, que, ò en el Rezo, ò en la Missa, quando menos piense, le encontremos muerto. Pues què tan mal lance le parece* (le respondiò DON FRANCISCO) *es el Rezo, ò la Missa, para dexarse hallar de la muerte? Venga en hora buena, venga quando Dios fuere servido; y sepa, que si aora me revelàra avia de morir luego, ni haria mas de lo que tengo hecho, ni otro de lo que voy haciendo*: y perseverando en el mismo assunto, añadiò: *Antes mirava con algun genero de pavor, y miedo el triste aspecto de la muerte; pero despues, que depararò Dios à mis manos el Tratado de ella, que de-*

vià correr por las de todos, compuesto por el Padre Pinamonti, *ni temo sus fieros*, *ni me amedrenta su guadaña*: *à mas*, *que segun voy viendo*, *y segun lo que se me ha significado*, *no ay que pensar salga de esta gran tropelia de inquietudes*, *y escrupulos*, *sin que salga de esta vida miserable*. Solo avia significado repetidas veces Don Francisco, que para prevencion de la muerte quisiera antes disponerse con los Exercicios de San Ignacio: y aunque en esse mismo año les avia ya tenido, como quien estava presagioso de su fin, fuè solicito, rogando à cada uno de los Padres de el Colegio de Cervera, les quisiera tener con èl, y hacerle compañia en essos dias, porque sus demasias, y fervores necessitavan de quien les reportasse, y regulasse à un metodo bien ordenado. Negaronse resueltamente los Padres de aquel Colegio, con el motivo de averles ya tenido todos ellos en esse año, y tambien el mismo Don Francisco: y sobre esso ni el tiempo era à proposito, por ser la estacion mas calurosa de el Verano, ni eran convenientes à su salud, que se manifestava notablemente maltratada.

Desengañado su fervor de no poder salir ya con lo que tanto deseava; resolviò de improviso passar desde la Ciudad de Cervera al Castillo de Santa Coloma, donde residian los Condes sus hermanos: estrañòse mucho essa marcha tan intempestiva, por los motivos, que luego dirè: y aunque la detencion allà, segun el curso natural, no podia ser de muchos dias, y el trecho es de pocas horas; quando las otras veces no se despedia de los de el Colegio, sino que la conversacion, ò la contingencia lo llevàra; esta sola vez fuè despidiendose uno à uno de todos

dos los sugetos de aquel Colegio con singulares muestras de cariño, y amor, como quien no avia de bolverles mas à ver: de modo, que aviendose dexado à uno de los Padres, ò por olvido, ò por no averle encontrado en su quarto, retrocediò de parte del camino, que avia ya andado, y al entrar à su quarto, le dixo: *Esta vez no quise partir, sin despedirme de todos; y assi no ay razon, para que dexe à V. R. encomiendeme mucho à nuestro Señor, que aora mas que nunca necessito de sus oraciones*: y luego despues tomando à parte otro sugeto, à quien devia una corta cantidad, le pidiò la liquidàra luego, y se la pusiera en un papel, porque queria llevarsela consigo; y por mas que se resistia el sugeto, admirandolo, como cosa fuera de tiempo, è importuna; fuè la porfia tanta, que por fin huvo de condescender; y como al darsela le dixera: *Què acaso sospecha V. Señoria, que no nos hemos de ver mas, ò que le ha de coger la muerte?* Respondiò Don Francisco, risueño el semblante: *Si aliquandò, cur non modò?* A estos funestos prenuncios añade firmeza no poca la Carta, que queda en mi poder, escrita un mes antes à su hermano Don Ramon de Queralt, que vivia en la Ciudad de Tortosa, en que se le explica con estos presagiosos terminos: *Aora* (le dice) *deseo mucho el verte, y tratar contigo de el Testamento, que devo hacer; pues quiero que seas tu mi executor, por la gran confianza, que siempre de ti he tenido: y como conozco, que mi salud anda atrabajada, y cercano el fin, es razon me prevenga quanto antes con esta diligencia.* Palabras, que dichas por quien nunca supo hablar sino la realidad, ni escrivir sino lo que sentia, confessò el hermano averle no-

sensiblemente entristecido; teniendo sin duda essas palabras por anuncios, y como profecias de una cercana muerte.

Ni fuè menos misteriosa su partida en esta ocasion, ausentandose de la Universidad, y Ciudad de Cervera, al tiempo, que se esperava el arribo de el Ilustrisimo Señor Don Thomàs Broto, Obispo de Solsona, y del Señor Don Bernardo Santos, Oìdor entonces, y oy dignisimo Regente de la Real Audiencia de Cataluña, los quales de orden de su Magestad, junto con el mismo DON FRANCISCO devian asistir à la general Oposicion de todas las Cathedras de aquella Real Universidad, que para la mas cabal formacion, quiso su Magestad se dieran à un mismo tiempo por vacantes, confiando el acierto para la graduacion, y calificacion de los mas benemeritos en la ciencia, y conciencia de essos tres Señores; reservandose para sì la nominacion de los mas cabales para cada una de dichas Cathedras. Al llegarse pues esse plazo, y termino prefixado, se partiò de improviso DON FRANCISCO para Santa Coloma, negandose resuelto à quantas razones se le propusieron, assi de conveniencia para su salud, como de otras, que miravan à la atencion respetosa devida al arribo de essos Señores; siendo mas de estrañar en D. FRANCISCO, que supo en todas ocasiones componer muy bien los mas nobles respetos de Cavallero con los rigores mas austeros de Santo. Pero no causò estrañeza el sucesso, por lo que luego despues acaeciò; y mucho menos quando se dixo averle oìdo pocas semanas antes, y de ello son contestes algunos de los Padres, y algunos Seculares, que se hallaron tam-

bien presentes: *Aunque deseo acabar entre los Jesuitas mi vida, por el gran consuelo, que de ellos espero en essa hora; pero como conozco, que mi enfermedad avia de acarrear mucho trabajo, y ruido en el Colegio; en esse caso, y quando viniesse el de mi muerte, quisiera mas estar en Santa Coloma, porque me fuera de vivo sentimiento, dar tanto enfado, è inquietud en el Colegio, aun en la muerte; quando he sido tan gravoso, y pesado en la vida.*

Motivos son estos (à mi ver) bastantes para fundar una prudente congetura, de que ilustrada su alma tenia previsto de antemano lo que tan presto acaeciò; pues apenas huvo aportado à la Villa, y Castillo de Santa Coloma, quando à la fatiga, y quebranto, que su postrado cuerpo de ordinario sentia, se le acreciò otra mayor, y mas extraordinaria pesadez, con nuevos accidentes, que despreciò al principio, como hecho ya al sufrimiento, y habituado al padecer; y por mas que conociò ser assaltado de alguna calentura, ni aun por esso quiso darse por entendido, ni darlo à entender à sus hermanos, hasta tanto que no pudiendo lo exterior del semblante encubrir la gran pena interior, significò à la Señora Condesa, hallarse malo: pero por mas que el singular afecto, que dicha Señora le tenia, quiso solicitar desde luego el remedio en la assistencia de los Medicos, y en todo lo demas, que podia ser conducente al obsequio de la salud; à nada de esto arrostrò Don Francisco; antes pareciò acrecentarle mayor pena, y pesadumbre el que fuesse sabido su mal. Ocurriò luego à la gran prudencia de la Señora Condesa decirle: si queria alomenos para su consuelo algu-

alguno de los Jesuitas, que residian en Cervera: y conociendo en el agrado, con que admitia su semblante la propuesta, era esse su unico deseo, embiò al Colegio de la Ciudad de Cervera por uno de los Padres, en quien tenia Don Francisco depositada la seguridad de su alma, y conciencia: assimismo mandò con arte, y dissimulo acudir el Medico; y la que antes era calenturilla, apoderandose con facilidad de los demàs humores, que encontrò ya maleados, descubriò por el movimiento de la arteria ser maligna, y pestilente; de suerte, que puso desde los principios en no poco cuidado à los Medicos, que sin los de la Villa de Santa Coloma, acudieron desde luego los de mas credito de la Ciudad, y Universidad de Cervera, y por mas que aplicaron aquel desvelo, y cuidado, que se merecia una salud à todos tan necessaria, y una Persona de essa calidad, y merito; pero era tanta la malignidad, que mostrò ser poco menos que do el todo inutiles los remedios, fundando ya desde sus principios pocas, ò casi ningunas esperanzas de la vida.

Llenò esta triste noticia de indecible pena à todo aquel Castillo, y bolando ligera à la Ciudad de Cervera qual ave nocturna, y funesta, la poblò assimismo de tristeza: pero en donde hiriò mas de lleno el sentimiento, y fueron mas excessivas las demonstraciones de tristeza, fue en su amada, y amante Universidad, que à la una iba à perder un gran Maestro, que con su sabiduria la enseñò; un Santo, que con sus exemplos la persuadiò; y por fin un gran Cancelario, que con sus nobles, y rele-

nentes prendas la ilustrò: pero por mas que todos se mostravan tristes, y anochecidos, estava Don Francisco tan lexos de turbarse, ni entristecerse, que antes mas sereno el semblante, mas afable su trato, parecia gozar de mayor tranquilidad, y sossiego, que quando sano; teniendo aquel su noble corazon atado tan mansamente à el sufrimiento, como lo està la victima destinada à el holocausto sobre el Ara, en que humilde, y quieta espera el sacrificio.

Avia dado muestras Don Francisco de su gran santidad, y paciencia en la prolixa tarea, y larga continuacion de tantos trabajos, como hemos visto; y fue esta enfermedad ultima la piedra de toque, en que se manifestaron los subidissimos quilates del acendrado oro de su caridad: y assi como esse metal, por mas que el Artifice lo adelgace en sutiles hojas, y delicadas hebras, ni à los golpes del martillo salta, ni à las actividades del fuego se maltrata, ò quiebra; assi Don Francisco, ni à los repetidos golpes, como en el discurso de su vida en tantos trabajos, y escrupulos padeciò, ni aora que à las actividades de esse fuego de la enfermedad queria de nuevo Dios probar lo mas fino, y precioso de sus virtudes, se diò por sentido; sin que à su rostro assomàra la mas minima seña de que sufria, ni à sus labios el menor quexido de que sentia. Solo manifestava un sumo desconsuelo, porque no se le permitia rezar, ni hacer otros exercicios de devocion, y virtud, aspirando de continuo à que se le diesse licencia para ellos: y era tan estremada su porfia, que fue preciso es-

con-

conderle, y ſacar de ſu preſencia los Breviarios, temien-
do no conſiguiera de los criados à eſcondidas lo que tan-
tas veces, y con tantas anſias avia ſolicitado; y aun como
ſe hallaſſe en el mayor auge ſu enfermedad, pidiò con
humildad le llevaſſen à la Capilla del Caſtillo, alomenos
para oìr Miſſa, ya que no podia decirla; pero por mas
que el eſpiritu ſe moſtrava fuerte, y vigoroſo, eſtava la
carne flaca, tan del todo poſtrada, y rendida à la violen-
cia de tanto mal, que cayendo mas, y mas de fuerzas, y ſuc-
cediendo otros nuevos accidentes, que davan à conocer
mas inminente el peligro, reſolvieron los Medicos, ſe le
adminiſtràra el Santo Viatico: noticia, que recibiò ſin
la menor ſeña de novedad; antes bien un ſingular agra-
do pareciò inundar ſu corazon de devota ternura, y ba-
ñar ſu roſtro de ſuma ſerenidad, y alegria. Previno lue-
go digno hoſpicio à tan Auguſto Dueño, diſponiendo
ſu alma con repetidos actos de amor, y purificando ſu
corazon con las puriſsimas aſcuas de una intenſiſsima
caridad. No ſe pudo diſpenſar en que le recibiera arro-
dillado, porque la gran flaqueza de ſu cuerpo no podia
ya llegar à lo que la valentia del eſpiritu aſpirava.

Pero quien dirà en eſta ocaſion la intenſion de afec-
tos, los incendios de ſu corazon, y los buelos de ſu ena-
morado eſpiritu? Quien aquella ſu ſanta impaciencia con
que deſeava llegar à aquel ſumo Bien, à que avia tanto
anhelado, y eſtrecharle tan fuertemente conſigo, que
ningun acaſo, ni contingencia pudiera ya en adelante
apartarle de sì? Llegò por fin à recibir al Señor, y ne-
gado del todo à lo viſible, quedòſe por largo rato ſono-

ro-

rofeado el rostro de las centellas, que despedia el pecho en una quietud la mas apacible, tan olvidado de los muchos males, que aquexavan su cuerpo, como si este no fuera suyo, ò los males no tocàran à su persona; no siendo otras las señas de que no era insensible, sino en que verdaderamente sentia, y padecia, pues sobre irselo agravando por instantes mas, y mas sus graves males, dissimulò su gran paciencia en la pierna una erisipela, que sola la contingencia, y el acaso pudo llegar à descubrirla, y por esso tan adelantada, que eran ya casi del todo irremediables los estragos de la gangrena: con todo fue preciso, como por nuevo buril de su paciencia, passàran por ella los filos del acero, y que à bueltas de lo que estava muerto, se llegára à lo que solo estava mortificado; y aun à lo mas vivo, y sensible, con tal carniceria, que à su vista la valentia de los mas animosos llegava à horrorizarse, y desfallecer. Pero el Santo, y esforzado Cavallero de Christo, con no faltarle à sus sentidos la mayor viveza, y entereza, se mostrò tan inalterable, tan altamente sufrido, y tan superior à el excessivo dolor de las heridas; que no permitiò salir à la esfera de los labios una quexa, ni à su cuerpo movimiento, ò ademan, con que mostràra ser sensible: de modo, que uno de los Medicos, que con assombro admirò entonces en medio de aquella perspicacia de sentidos aquel tan mudo sufrimiento, afirma oy con admiracion, y pasmo, no solo no avia visto, ni pensava ver con tal claridad de sentidos tal tolerancia de sentimiento; pero ni concibiò que la humana naturaleza podia llegar à esse grado, y obtenen-

[illegible]. Es el caso, que el Medico hacia la cuenta con la naturaleza sola sin entrar en cuenta las valentias de la gracia, que saben dar firmeza à la fragilidad humana, ni con las fuerzas sobrenaturales, que saben dar valentias aun à los menos esforzados.

Pero no solo en este lance el mismo Medico quedò assombrado, mas aun en la continuacion de la enfermedad tuvo mucho que admirar; pues como dia, y noche estava con desvelo atento à su cabezera, y observava muy por menudo, y con gran cuidado todas las acciones, que en el discurso de enfermedad tan penosa, y congoxosa hacia Don Francisco; puede jurar no notò en toda ella el menor genero de inquietud, ni el mas minimo indicio de que padecia; antes siempre apacible el rostro, sereno el semblante, y afable su trato; sin oirsele un ay en toda ella, negando à la naturaleza fragil aquel escaso desahogo, que tiene de quexarse en sus males; sin pedir vez alguna de bever, sobre ser intensissima la sed, que le aquexava; y por fin, lo que parece mas raro, y singular, sin dexar solicitar à la naturaleza el menor desahogo, siendo inexplicable la compostura, quietud, y recato, que constantemente guardò; y por mas que los ahogos eran muchos, y excessivos los ardores ocasionados de la gran fiebre; cuidò siempre de estar con la mayor decencia en la cama, sin descubrir por ningun modo aquel su cuerpo virginal, ni parte alguna; ni aun para lograr aquel refrigerio, à que casi indeliberadamente se va la naturaleza por sì misma quando se halla notablemente agravada de muchos males.

A essa admirable compostura, y quietud del cuerpo acompañava igual sossiego del alma, ansiosa unicamente de desembarazarse quanto antes de la pesadumbre de la carne, sin cuya ruina no podia gozar aquella libertad perfectamente dichosa; cuyos deseos con gran frequencia explicava à su amado Jesus con estas expressiones: *Dulcissimo bien mio, quando, quando bolarà à tus amorosos brazos esta mi alma, libre ya de la prision de este cuerpo miserable?* Tan assegurado de conseguir quanto antes esta dicha, que llegandose à la cama un Jesuita muy de su cariño, y queriendo esperanzarle con el recobro de su salud, por dar entonces alguna tregua, aunque escasa, la enfermedad; le interrumpiò Don Francisco, bañado el rostro de alegria, y le respondiò: *Creame, Padre mio, que de esta vez acabamos el destierro, y vamos à nuestra amada Patria el Cielo.* Y como de nuevo instasse el Jesuita, que confiava avia Dios de darle salud, y alargarle la vida por los grandes meritos de San Ignacio, cuyo dia estava ya tan proximo; persistiò Don Francisco, que la fiesta de San Ignacio la celebraria sin duda allà en el Cielo, y con mas gozo, y alegria, que acà en la tierra; y por fin como insistiesse el Jesuita, que era muy necessaria su vida, para amparo de los miserables, y para tanta ayuda de los proximos, à quienes podia servir, y valer de tantos modos, y assi alomenos devia decirle à Dios con la galanteria de un San Martin: *Domine, si adhuc populo tuo sum necessarius, non recuso laborem*; nunca pudo recabar con èl seña alguna de mas larga vida, ni deseos de salir de aquella enfermedad;

aquel bien, recogiendo por breve pausa su espiritu dentro de sì, bolviò à responderle: *Dexemos hacer à Dios, que sabe bien lo que hace, y aora me conviene el morir*: palabras, que le dexaron sumamente admirado por el fiel eco, que hacian à otras, que recibiò al mismo tiempo escritas en una Carta, y dichas por una Persona santa, que se hallava en un Lugar bien distante, y apartado de aquel en que padecia DON FRANCISCO: pues como se huviesse escrito à muchos Conventos Religiosos, y diferentes Monasterios, pidiendo oraciones, y plegarias à Dios, para detener, si pudieran, aunque fuesse à fuerza de maravillas, à aquella alma mas tiempo en este mundo; entre otros esmeròse un espiritu aprobado por heroico, y grande, el qual, ofreciendole à Dios sin intermission tiernos suspiros, y fervientes suplicas, para conseguir una salud, que avia de ser de tanto provecho à su Iglesia, y à todo el Pueblo Christiano; entre essas repetidas instancias oyò clara, y distintissimamente de un devoto Crucifixo, en cuya presencia derramava su corazon fervoroso: *Es voluntad de mi Eterno Padre el que aora muera esse Cavallero*. Y como aun despues de averse recobrado algun tanto el espiritu de el pavor de esse formidable trueno, bolviesse con mayor eficacia à pedirle mas vida para aquel Cavallero, ofreciendo franca, y gustosamente la suya, para que no bolviesse el cuchillo de la Divina Justicia sin alguna victima sacrificada, pues menos util su vida, no haria tanta falta al mundo, ni à los pobres, como la de aquel Santo Cavallero; bolviò à escuchar de la misma Imagen de Christo crucificado estas palabras: *Lo*

que tiene mi Padre determinado se deve cumplir: no faltarà quien assista à mis pobres; y à esse Cavallero aora le conviene morir. No huvo ya mas valentia, ni denuedo en el espiritu para replicar à voces tan resueltas, ni para apelar de tan inevitable sentencia. Confiò todo lo sucedido luego à su Confessor, à quien confiava toda su alma, y conciencia; y èste, despues de una madura reflexa, con la mas prudente cautela lo passò à la pluma por Carta, aviendo sido testigos dos Sacerdotes mas de essas palabras, que leyeron ya escritas al mismo tiempo, que oyeron las otras de el todo semejantes, y conformes pronunciadas por DON FRANCISCO.

Diòse bien presto à conocer por los efectos lo que tenia Dios ya irrevocablemente decretado; porque corriendo à la posta la enfermedad, prevaleciò su malignidad al desvelo de los Medicos, y à la industria de la Medicina, que se confessò sin remedio para tanto mal. A los indicios de el ultimo peligro pareciò devia administrarsele quanto antes el Sacramento de la Uncion Sagrada, que recibiò no solo con inalterable paz, pero aun con jubilo grande de su espiritu, respondiendo con entera voz, y sereno semblante à las oraciones, y deprecaciones, que para esse trance ordenò la Iglesia Santa: y à aquella alma, que en el discurso de la vida tuvo Dios tan sumamente afligida con los desvios, y sequedades, que hemos visto, y permitiò, que fuera tan combatida de bravas, y encontradas olas de fuertes tentaciones, dispensò aora compassivo, que al uracàn siguiesse la calma, à la borrasca la serenidad, y à las olas tempestuosas el

her-

hermoso arco Iris, que avia de servirle de seguridad, y de corona; pues echando fuera aquella timidèz, y pusilanimidad passada, en este lance tan temeroso, en donde hasta la misma seguridad suele hacer las veces de el miedo, no solo no mostrò amedrentarse, pero aun fuè tanta la dilatacion de su espiritu, que no hallando resquicio la duda, ni lugar la menor sospecha, de que avia Dios misericordioso de premiar sus trabajos, con inexplicable brio, animando la voz, explicò estas sus firmissimas esperanzas con estas palabras: *Creo firmissimamente por los meritos de Jesu Christo, que voy al Cielo.* O seguridades incontrastables de la fee! O firmissimas esperanzas de una solida virtud! Quan asseguradas viven en el ancora de las buenas obras, quan vitoriosas salen con el lastre de la buena vida, y quan ayrosas llegan al puerto contra los embates mas recios de la ultima tormenta, y trance formidable de la muerte, en que suele acobardarse el corazon mas impavido! Pero como recorria Don Francisco los registros à su memoria, y nada encontrava, en què huviera gravemente ofendido al Señor; antes bien le parecia averle servido con un fiel corazon, y con una conciencia purissima; con esso nada hallava, en que temer, mucho sì, en que esperar. Y de aqui, por mas que crecian los dolores de la muerte, y se disminuìan las fuerzas de el cuerpo, permanecia siempre animoso el corazon, incontrastable su esperanza, manteniendo el juicio tan firme, y tan entera la razon, que insinuò à uno de los Jesuitas, que de continuo le assistian, le serviria de gran consuelo el que le leyesse algunos de los Psalmos de David, mas proprios

para aquella hora; y al son de essa dulce citara se iba deshaciendo su alma en afectos; al compàs de essas sonoras voces se iban apresurando sus ansias amorosas; y al modo que las cosas graves, quanto mas se acercan al centro, aceleran su movimiento: asi mas presurosas batia las alas de su corazon Don Francisco, quanto mas cerca estava de llegar al sumo Bien: y como previesse, que ya no podia estar muy lexos aquella ultima hora, estuvo tan en ello, y con tanto acuerdo, que pidiò en essas ultimas respiraciones le acordassen alguno de estos tres pensamientos, ò de la Trinidad Santissima, ò de los dolores acerbos, que Christo por su amor padeciò, ò algun dulce recuerdo de su amorosissima Madre Maria: de esse modo apercibido, con el mas cabal juicio, y con un inalterable sossiego se dexò assaltar de las agonias ultimas à la presencia de un devoto Crucifixo, que nunca quiso alejàran de sì, evaporando su corazon amoroso por ojos, y labios en fervientes exalaciones; y asi qual luminosa antorcha, que està para apagarse, iba dando à pausas aquellas ultimas llamaradas, quando en medio de ellas entre parentesis amorosos, y aquellos parasismos ultimos, quando nada parecia vivo en aquel cuerpo, con prodigioso esfuerzo levantò su mano derecha, y con ella con la mas devota ternura se comenzò à persignar, queriendo fuesse la Cruz el sello ultimo de sus acciones, y cerrar con ella la plana ultima de su atrabajada vida; porque fixando luego despues sus puros, è inocentes labios à los pies de Christo crucificado, y abriendo de el todo los ojos claros, y serenos àzia una Imagen de Maria, que

està-

estava en el quarto, como si por aquella parte le viniera su ultima ayuda, y favor, les bolviò suavemente à cerrar con el postrer periodo de su vida, sin hacer movimiento alguno, ni gesto, que sirviera de funesto presagio à aquella ultima despedida, antes con el sossiego, y quietud de quien descansa en el mas apacible sueño, llenando de admirable suavidad, y dulzura à todos los que en esse lance estuvieron presentes, por no ver, ni descubrir horror alguno de quantos lleva consigo el fatal estrago de la muerte.

Contra el comun parecer alargò su vida hasta entrar las Visperas del gran Padre, y Patriarca San Ignacio de Loyola; circunstancia, que pareciò à todos devia contarse entre aquellos acasos, que no desmerecen el nombre de acuerdos misteriosos de la Divina Providencia. Aviale Don Francisco tenido por modelo, y exemplar de su vida: aviale venerado como à su Padre, y Protector: avia vivido à su sombra desde sus mas tiernos años; y aun quando mayor, y en ocasion, que la honra, y la grandeza podian mas halagarle, quiso su gran humildad allanarse à vivir con los hijos de Ignacio: y con esso no se desdeñò el Santo de acoger, como Padre amoroso, aquel, que como hijo suyo, no se desdeñò de estar en su Casa; queriendo el gran Patriarca recobràra en festivos aplausos de su fiesta en el Cielo lo mucho, que avia afanado entre sus hijos en la tierra; cumpliendose lo que predixo antes Don Francisco, que la fiesta de San Ignacio la celebraria ya con mas gozo en el Cielo. Fuè su dichoso fallecimiento dia 30. de Julio, año

de

de nuestra salud 1725. y de su vida cumplidos los 38. años.

CAPITULO XI.

UNIVERSAL SENTIMIENTO EN SU MUERTE: *solemnes Exequias, y señales de su Gloria inmortal.*

ES el ocaso de los Varones santos, y esclarecidos muy semejante al del Sol, cuyo morir no es otro, que tramontar à nuevo Emisferio mas lucido; y assi por mas que sea funesto para este Emisferio, que dexa en una triste noche de obscuras sombras; es glorioso para sì, porque renace en nueva cuna de resplandores; dexando aun en esta parte de mundo tantos panegiricos de sì, quantos son los que gozaron de sus beneficos influxos, ò alomenos admiraron la gran belleza de sus rayos. Quien duda fuè para Don Francisco su transito glorioso, pues passò à nuevo oriente de luz, y à gozar nueva esfera de resplandores? Pero quien dirà quan funesto fuè para todos los demàs? Al passo, que iba corriendo la voz de su ocaso, dexava lutos, y melancolicas sombras en los corazones de todos: haciendo todo genero de personas tan proprio el sentimiento, que sobre ser comun la desgracia, la llorava cada uno como muy particular, sin ser otro el lenitivo de tanta pena, y quebranto, que desahogar sus amorosos afectos en aclamaciones de su santidad, en lastimas de una muerte tan intempestiva,

y en lagrimas de una pèrdida tan irremediable; manifestandose aora, para cevar mas el sentimiento, muchas de las cosas, que en la vida se callaron; explicando cada uno los singulares beneficios, que le avia merecido, y descubriendo todos lo mucho, que de su virtud tenian advertido: pues por mas que los Varones santos oculten con cautelosa humildad gran parte de la luz de sus virtudes en la vida; al llegar el golpe fatal de la muerte à quebrar el vaso de barro de nuestra humildad, permite Dios que se descubra la luz toda, y difunda sin genero de celages.

Pero sobre ser para todos sensibilissimo el dolor, y amargura, se dava mucho mas à conocer en las lagrimas, y suspiros de sus pobres, que se lastimavan inconsolables, por aver perdido en èl un Padre amoroso, diciendose mutuamente: *Muerto ha el Cancelario, aquel Cavallero santo, el que era alivio de nuestra pobreza, asylo de nuestras necessidades, y unico refugio de nuestros trabajos, y desdichas*: explicandose en otras ponderaciones, que à Santos ya canonizados no podian darse mayores; divulgando assimismo cada uno, lo que avia visto, ù oìdo de sus exemplos, y virtudes, en especial de aquellas, que mas de lleno les tocava, y venian à ser las entrañas de su gran piedad, las obras de su genio compassivo, y los esmeros de su misericordia. Pero aun estas sentidas expressiones, y voces de el dolor, eran mayores en algunos otros, que por mas que no passan plaza de pobres, son en la realidad miserables; porque su verguenza, y empacho les obliga à padecer, sin esperanza de

re-

remedio; pues como no se puede dar à ver al mundo su miseria, es preciso perezcan sin alivio en su desdicha: y como eran sin numero las personas de essa calidad, que avian hallado el alivio en las beneficas manos de Don Francisco, era aora su afliccion sin consuelo. De una de estas refiere un Prebendado de la Ciudad de Lerida, que al escuchar la muerte de Don Francisco comenzò à llorar con tanta amargura, que admirandose el Prebendado por no entender el motivo, le pareciò sin duda aver padecido equivocacion en el nombre de el difunto, y asi bolviò à decirla: el que ha muerto es el Maestre-Escuela Don Francisco de Queralt: *Pues sepa* (replicò ella, sin poder ahogar en el pecho la amargura) *sepa, que esse buen Cavallero, y esse hombre el mas compassivo de el mundo, es, y ha sido para mi mas que padre, sustentando esta miserable vida las muchas veces, que estuvo à peligro de perecer à manos de mi desdicha, ò à empeños de mi rubor; teniendome ofrecido para siempre su amparo, y su proteccion, en resguardo de mi honestidad, y recato; hasta llegarme à decir, que quando no tuviesse èl con que socorrer mi miseria, pediria limosna para mi, con tal que yo mantuviesse el respeto, que à Dios, y el decoro, que à mi misma devia.*

Dexòse tambien grandemente sentir su muerte de muchos Señores grandes, tanto Seculares, como Prelados Eclesiasticos, y Ilustrisimos Señores Obispos: unos, porque solo avian llegado à oìr la fama de su santidad, y virtud heroica; otros, por aver visto, y admirado por si mismos su exemplar vida, y sus raros, y singulares exemplos. Uno de estos Ilustrisimos Señores, à

quien

quien mas de cerca llegava la actividad de sus rayos, y el explendor de sus virtudes, al oìr la noticia de su muerte, exclamò delante de muchos: *O quan para sentida universalmente deve ser està muerte! Pues todos han perdido mucho, menos el difunto, que sin duda fuè à ganar mucha gloria, que tiene bien merecida con sus virtudes, y exemplos singulares; si huvo culpa alguna en esse santo Cavallero, discurro, que no fuè otra, que ser despreciador de una vida, que era de exemplar al Clero, de alivio al pobre, y à todos de edificacion, y exemplo.* Escriviò otro, à la noticia de su fallecimiento: *Solo podrà dudar de la gran gloria, que goza en el Cielo, quien no viò su vida, y sus exemplarissimas costumbres: confiesso, que al passo, que me era de gran edificacion, solo el mirar su compostura, me era de suma confusion cotejar mi tibieza con sus fervores: atendiale siempre como à Santo, cuyo corazon estava siempre en Dios, y Dios muy de asiento morava en èl.*

Pero donde mas de lleno diò el fatal golpe de el sentimiento todo, è hiriò sin comparacion mas agudo el dolor, fuè en la Real Universidad de Cervera; porque esta sola, como mas interessada en la duracion de su vida, y mas experimentada en los fervores de sus virtudes, era la que mejor que todos llegava à conocer quan irreparables eran los daños de essa muerte, y quanta falta le avia de hacer la vida de una Persona tan ilustre por su nacimiento, por su dignidad, y por su virtud. Apenas tuvo la noticia (y las tuvo siempre muy individuales por expressos, que de continuo iban, y venian, desde que se agravò la dolencia; pero esta de la muerte, como la mas

triste, apòrtò la mas ligera; y quando quedò vestida la Universidad de inconsolable luto, y sepultada en una funesta noche de assombrosa tristeza: ni podia ser menos; aviendosele eclipsado aquel, que à fuer de Sol luminoso la ilustrò desde su ser primero: porque, aunque es verdad que solo la Real mano la erigiò, y plantò; pero no es negable que naciò al mundo con las luces admirables de su sabiduria; creciò con los singulares dictamenes de su prudencia; y llegò por fin à la mayor proceridad, y grandeza con las influencias, y actividades de su gran zelo.

Estos, y otros infinitos motivos eran muy sobrados para la pena, y para el quebranto; pero permitiò Dios, para añadirse mas fomento à el desconsuelo, el que justamente falleciera Don Francisco en ocasion, en que mas necessitavan de su proteccion, y de su vida todos los individuos de la Universidad; porque, como antes dixe, era ya llegado el tiempo de la Oposicion general por vacancia de todas las Cathedras, y afianzavan quantos antes leìan en la Universidad en el amparo, y calificado abono de Don Francisco todas sus medras; porque èl solo, como mas experimentado, tenia bien conocida la aplicacion de todos, y la sabiduria de cada uno; y por otra parte el grande amor, y cariño, que Don Francisco tenia à todos los que componian esse Cuerpo Literario, assegurava su valimiento, por ser tan alto, y tan subido, que no parece cabia amor semejante en otro pecho, que en el de un verdadero Padre; aviendole obligado à decir muchas veces, que por mas que se le dieran à escoger

Cathedraticos à medida de ſu guſto, no le parecia poder formar Aſamblea mas de ſu complacencia, y de ſu agrado, que la que avia merecido por Real eleccion de ſu Mageſtad. Y moſtrò bien eſſe entrañable cariño, que acabo de referir, en uno de los poſtreros razonamientos que hizo à ſu Clauſtro, poco antes de partirſe à la Villa de Santa Coloma; en que, como preſagioſo de ſer aquella la ultima deſpedida, al modo que Chriſto derramò las mayores dulzuras, y mas finas expreſsiones de ſu amor antes de la muerte à ſus Diſcipulos: aſsi parece acabò de deſtilar ſu tierno corazon en afectos Don Francisco en eſte ultimo vale, que à los ſuyos dixo, animando ſus voces de tan rara eloquencia, y ſus expreſsiones de tanta ſuavidad, y dulzura, que excitò en muchos las lagrimas, y en todos ſingulariſsima ternura.

A eſſa fineza correſpondia la Univerſidad con otra, en nada inferior: y à la medida de tan ſubido amor, dexo el que congeture cada uno lo ſumo del deſconſuelo en tan ſenſible, y lamentable pèrdida, no ſiendo facil à mi pluma explicar tantas expreſsiones de pena, y de dolor, como ſupo ſugerir la afliccion en deſgracia de eſſe tamaño; y mas quando para mitigar la amargura, no eſpera la imaginacion ſubſtituir algun equivalente: porque à la verdad, ſobre el honor de ſu alta cuna, un complexo de prendas naturales, y virtudes adquiridas, como campeò en Don Francisco, fue un todo tan cabal, que no ſe atreve la eſperanza à buſcar otro, por mas que corra por la ancha esfera ſolicito el deſeo. Luego deſpues que permitiò alguna tregua el deſconſue-

lo, y pudo respirar la Universidad de esse primer sentimiento, diò providencia, para que dos de sus Cathedraticos, y Doctores de su mismo Gremio fuessen en nombre de el Claustro à expressar à los Señores Condes, hermanos de el difunto, quanta pena le avia cabido en la irreparable pèrdida de su amado Padre, y santo Cancelario: y ya que no podian tributar rendidos, y humildes obsequios à aquel Cuerpo, que fuè deposito de una alma tan feliz, y dichosa, porque à esse se le diò entierro correspondiente à la grandeza de su Casa, en el Panteon, que tienen los de esta Familia en el Monasterio de la Merced de su Villa de Santa Coloma, gloriosa fundacion de sus Ascendientes: dispuso la Universidad se erigiera en el Theatro Mayor de ella un bien proporcionado Mausoleó, no quanto *solicitavan los votos*, y afectos de todos, sino quanto prescrivian sus Leyes, y Estatutos; aunque parece no se avia de poner ley en honrar à Heroes semejantes, que por sus virtudes supieron elevarse sobre las leyes ordinarias à otra esfera muy superior. Diò assimismo orden, que por toda la mañana destinada al Oficio Funeral, se celebràran de continuo quantas Missas cupiesçan en todos los Altares, que son muchos, de la Iglesia de San Francisco de Paula; y que à la hora señalada, para darse principio à la funcion, acudiera el Gremio todo, y Claustro de Doctores, y Cathedraticos por su orden, con las Insignias de cada una de las Facultades, nombrando assimismo uno de su mismo Gremio, para recitar la Oracion funebre, y fuè este el Doctor Don Miguel Gonser, Dean de la Santa Iglesia Cathedral de Gero-

na,

na, y Cathedratico de Prima de Canones, quien con su elevada comprehension, señalada eloquencia de voces, y Retorica de afectos, desempeñò el acierto de la eleccion, manifestando lo docto, lo erudito, y lo discreto de su ingenio, y eternizando en la memoria de todos la gran gloria de el difunto con el mas vivo, expressivo, y fiel retrato, que hizo de toda su vida, y singulares virtudes: y ya que, por no abultar mas este Volumen, no me atrevo ponerla aqui; pero no es bien omita, por breve, y compendioso el Elogio Sepulcral, que para monumento perenne se fixò à la frente de el Panteon.

State Sapientes.
Vel dolor, vel stupor, vel amara contritio,
motûs comprimat facultatem.
Doctores Regii sistite.

V. D.D.D. FRANCISCUS DE QUERALT ET DE REART, EGREGIORUM COMITUM DE SANCTA COLUMBA GENEROSA PROPAGO, ET DECUS; ILERDEN. ECCLESIÆ ARCHIDIACONUS MAJOR, ET SCOLARCHA, REGIÆ CERVARIEN. ACADEMIÆ PRIMUS CANCELLARIUS, PRÆSUL, JUDEX, PONTIFICIORUM, AC REGIORUM INDULTORUM CONSERVATOR, ET UNICUS EXECUTOR

Obiit, seu potiùs abiit.
Heu dolor! Deficit animus, vox faucibus hæret,
dum memoratur nomen.
Octo supra trigesimum annos compleverat:
Numerum Stellarum, maris guttas, & arenas numerabis innumeras: sed naturæ, & gratiæ dona tam brevi

cursu

cursu comparatas, nec numerabis,
nec complebis:
Ideò super Stellas Cœli, & super arenas maris
Ejus memoria in benedictione est.
Qui inventus est sine maculâ, beatus vir.
Sed quis est hic?
Eloquar, an sileam?
Hîc est, non est hìc
FRANCISCUS DE QUERALT.
Laudemus eum.
Quid pro Deo, & pro Proximo pium fecerit,
Ne quæras,
Sed quid non fecerit.
Totus in Deo propter Proximum;
& totus in Proximo propter Deum.
Religio, Pietas, Integritas, Prudentia, Mansuetudo;
In pauperes larga manus,
In rebus arduis Magnanimitas,
& in maximis discretio
Simul cum eo nata, simul cum eo defuncta:
Reipublicæ universæ absolutum exemplar;
Ad salutem omnium expositum.
Ideo universorum votis amabatur præsens;
& universorum lacrymis deploratur absens.
Studiosæ Juventuti lux erat, & stimulus:
Doctoribus, & Magistris
Lucerna super candelabrum ardens, & lucens;
Adhuc inter splendentia Astra:
Nec poterat, quod obtabat, abscondi

Supra

Supra montem posita Civitas.
Hac omnia, uno amisso, amisisti,
Regia Cervariensis Academia,
Plange ergo, luge,
& siste:
Nec enim corpori progredi, abscisso capite, fas est.

Y por mas que avian de persistir inmortales en la Universidad los monumentos de la gran santidad, sabiduria, y prudencia de DON FRANCISCO; por mas que avian de quedar perenemente gravados sus beneficios en el pecho de todos los Cathedraticos, y su dulce nombre avia de permanecer indeleble en la memoria de cada uno: con todo, para conservar siempre frescas las especies de su semblante, y preservar de las injurias de los tiempos hasta su fisonomia; mandò la Universidad se sacàra un vivo, y fiel retrato de su talle, y rostro, para que en todo caso acordàra à los venideros, ser esse su primer Cancelario, que podrà ser idea à los que se siguieren, mas por exemplar, que por primero: aunque es bien cierto no es necessario su retrato para los presentes, que componen el Gremio, y Claustro de la Universidad, en cuyo afecto, y memoria persistirà siempre muy vivo, y muy reciente el original, que se tendrà por dichosa, qual otra Escuela de Melquisedech, qual Academia de Heber, qual Tabernaculo de Abra, solo con los dulces recuerdos de aver merecido à esse Jacob prodigioso: que se tendrà por plausible, como otro Claustro de Theman en Idumea, de Tecua en Cananea, de Memfis, y Helio-

polis en Egypto, solo por aver tributado obsequios de razon, y humildes rendimientos à esse Aaron sagrado. Y ya que le sirva de desconsuelo pèrdida para sì tan irremediable, la servirà de consuelo la gran gloria, que fuè à gozar el difunto en el Cielo en premio de sus virtudes, y en retorno de sus trabajos. Y aunque devia ser prueba bastante para creerlo assi, lo que todos con sus proprios ojos por tan largo tiempo vieron, y admiraron de una vida en todo tan perfecta, è inculpable, y lo que mi pluma dexa largamente escrito en el discurso de esse Libro de sus relevantes virtudes, y perfeccion heroica: sin embargo, para confirmacion de lo que he dicho, para gloria de el difunto, y para consuelo de todos; no me pareciò devia omitir un caso, que passado por el riguroso examen de algunos hombres prudentes, doctos, y de Religiosos de probada virtud, pareciò digno de esta Historia.

Vivia en parage, y lugar muchas leguas distante de la Villa de Santa Coloma, en que muriò Don Francisco una humilde, y pobre Labradora, que en medio de las faenas, y tareas mas ordinarias, y abjetas de su casa solidava à juicio de muchos Varones grandes (que tantearon los fondos de su espiritu) una heroica perfeccion, y santidad. Aviendo èsta oìdo en una Mission los fervores de Don Francisco, quedò con singularissima estimacion de su persona: y como en la enfermedad de Don Francisco le encomendasse su Confessor pidiesse con muchas veras à Dios la vida de aquel Cavallero, porque se hallava en notable riesgo; y ella incessante ofreciera à

Dios

Dios sus votos, y oraciones por la salud, que con tantas veras se le avia mandado; asseguró siempre à su Confessor, sentia con habla interior, aunque bien clara, queria Dios llevarsele para sì: pero como con nuevo orden de su Confessor insistiera en sus humildes, y fervientes suplicas para la salud de el que suponia vivo; en lo mas encendido, y afectuoso de sus ruegos, y plegarias, se le puso delante el mismo objeto, por cuya salud suplicava, arrebolado su rostro de indecibles resplandores; y oyò clara, y distintamente que le decia: *Por la infinita bondad de Dios, sepas que estoy ya gozando de gran gloria: essas oraciones, que aplicas por mi salud con tanto afecto, puedes ofrecerlas à Dios para las necessidades de su Iglesia, y para las Almas, que en el Purgatorio padecen*: y dichas estas palabras desapareciò, dexando su alma bañada de imponderable dulzura, y su corazon inundado de singular gozo, y alegria. Dixole à su Confessor lo que le avia acontecido; y assi, que sin duda era ya muerto aquel, por cuya vida le mandava rogar: diòse por desentendido el Confessor, que aun ignorava su fallecimiento, y assi le ordenò repitiera sus oraciones; pero al passo que ella repetia sus plegarias, repetia el difunto sus apariciones, siendo en el dia solo de San Ignacio tres veces las que se le mostrò glorioso: quedando con tanta seguridad de la gloria de el difunto, que aviendole sobrevenido en otra ocasion un fuerte dolor en los pies, de suerte que no podia caminar, ni aun moverse, y teniendo guardado un pomito de seda de el Amito, con que decia Missa Don Francisco, que por acaso, y contingencia llegò à sus manos,

se le aplicò con gran fee à los pies, pidiendole à Dios le diera la salud por los meritos de el difunto, quando repentinamente quedò sana, y pudo libremente andar la que antes, à vista de muchos, estava sin poder moverse. De uno, y otro caso assegura darà testimonio, y jurarà en la hora de su muerte: con todo, por mas que entrambos fueron con mucho tiento, y gran cautela examinados; no pido mas que aquella fee puramente humana, apoyada de testimonios fidedignos, pero siempre falible, hasta sobrevenir el dictamen de la Iglesia Santa, que es Madre de verdad infalible.

CAPITULO XII.

COMPENDIA LAS VIRTUDES DE DON *Francisco, y comienza por su intensissimo amor de Dios, y gran caridad con el proximo.*

SI las virtudes, que campearon en Don Francisco se dexan admirar, y se descubren hermosas, aun esparcidas por el campo dilatado de su vida: quien duda que trasplantadas, y puestas de por junto por sus eras, se mostraràn mas bellas, y daràn de sì mas fragrante olor, y suavidad? Y como tuvieron el lugar primero en el fecundo corazon de Don Francisco el amor de Dios, y el amor al proximo; no ay razon para que les quite yo la primacia; y mas quando en solas ellas se compendian todas las demàs, y aun toda la ley. Estas dos virtudes fueron las dos alas, con que bolava el amoroso corazon

de

de D. Francisco àzia el sumo Bien, batiendo successivamente la una, quando descansava la otra, à la manera que aquellos amantes Espiritus, que assistian à la presencia de su Dios, con el continuo movimiento significavan el abrasado incendio, en que ardia su pecho, de complacer à Dios, y executar sus preceptos. Y para que no parezca de inferior gerarquia el amor de Dios, que alimentava el pecho de Don Francisco; será bien que de las llamas, que salian à sus labios, saquemos el fuego, con que se abrasava el corazon de esse Serafin. Oyòsele decir algunas veces aquello de el grande Agustino: *Señor, os amo tanto, que si yo fuera Dios, y Vos fuerais Francisco, dexàra de ser Dios, para que Vos lo fuessedes, y yo me quedàra con el sér de Francisco*: y añadiò despues: *Que yo quiera para mi Dios infinitamente mas que para mi, esso no me parece gran fineza.* Aunque despues algo temeroso su humilde espiritu, recorriendo las mismas expressiones, y rebolviendo sobre lo mismo, que avia dicho, pensò cautelar los quilates de esse amor con minorar el conocimiento, que del sumo Bien tenia; añadiendo: *En S. Agustin fuè esse acto muy heroico; y era esso mucho amar à Dios, por lo mucho que de èl llegava à conocer; pero como mi entendimiento, assi en esto, como en lo demàs, llega à penetrar, y alcanzar tan poco; no es mucho lo que puede amar la voluntad.* Con todo no era su amor sin gran conocimiento de lo que amava, como èl por su gran humildad se persuadia; antes bien caminava ligera su voluntad por las sendas, que el entendimiento con sus luces descubria; amando lo que verdaderamente conocia, y conociendo mucho de lo que eficacissimamente

amava: y davase bien à entender todo esto, y quanto alcanzava su entendimiento de Dios, por lo que su lengua hablava, y expressava tan eloquente, y tan fecunda en engrandecer las excelencias, los atributos, y perfecciones de Dios, que suspendia en admiraciones à quantos le escuchavan: pues como en otras conversaciones fuesse muy reparado, y muy pausado en su hablar, y pocas sus palabras; en esta eran sin intermission continuas: porque no pudiendo estar encerrado en los angostos limites de su corazon el volcan amoroso, buscava salida por la boca, siendo las fogosas respiraciones, que despedian sus labios, bastantes para encender en amor de Dios los corazones mas tibios.

Testigos son de esto muchos de los Jesuitas, que solo con comunicarle, y escuchar sus fervores, se sentian enardecidos en amor de Dios, y mas fervientes para el divino servicio. Testigos son asimismo algunos Conventos Religiosos de la mas rigida observancia, que confiessan averse encendido mucha llama de amor de Dios en sus Claustros, solo con las centellas, que despedia Don Francisco con su comunicacion, y trato. Pero mas que todos engrandecen essa facundia en hablar de Dios tantos Monasterios de Religiosas, que contestan aver aprendido con su gran magisterio la fidelidad, pureza, y amor, con que devian servir à su Esposo Jesus; certificando algunas Superioras à sus Prelados, que despues de aver passado Don Francisco por sus Monasterios, se dava tanto à conocer su comunicacion, y trato en la observancia, retiro, y fervores de sus Religiosas, que à merecer

ser cada mes una sola de estas visitas, no quisieran mas para assegurar una perfectissima, y regular observancia en sus Monasterios. Ni deven ser menos abonados testigos de esse ardiente amor de Dios, que abrasava el noble pecho de DON FRANCISCO, tantas, y tan diferentes Congregaciones, en que con frequencia platicava con tal fervor de espiritu, que no parece sino que arrojava ascuas por los labios; admirandole no pocas veces encendido el rostro, y agitado el corazon, como que no podia contener la llama en èl, y dandole salida por la boca, llegava à pegar mucho fuego en las almas de sus oyentes.

El exercicio de sus afectos àzia Dios era tan continuo, que no sabia interrumpirles, aun en el tiempo destinado à una honesta diversion del animo; y assi, quando al acabar de comer, y cenar, se juntava con los Jesuitas en la recreacion, y quietes comunes, se le advertian unas veces, algunas como pausas, ò breves suspensiones, con que bolvia dentro de sì mismo, para avivar con santos recuerdos, como con soplos, el fuego que en su corazon ardia; otras le veian bolver los ojos ya àzia el Cielo, ya fixos à la tierra, como quien no queria perder de vista à su amado con la vista de essas sus criaturas; quitandosele en esse tiempo toda la advertencia de lo mismo que se hablava, y tratava. Las pocas veces, que à pura violencia le sacavan por la tarde à algun corto passeo, era necessario apartarle de las puertas de las Iglesias en que huviera reserva, ò sino, como quien se halla sin libertad para otra cosa, avia de pararse à cada passo; y solia

ser

ser la detencion tanta, que ya no dexava lugar alguno, ni tiempo para el passeo. Gustava por extremo de que estuvieran las Iglesias compuestas, y adornadas, y con mucho aseo los Altares; y por lo contrario se mostrava sumamente melancolico de verles sin aquella limpieza, y decencia, que se devia à lugares semejantes, y exclamò alguna vez: *Es possible, que se aya de ver cada dia, que los Estrados de las Señoras estèn con mas curiosidad, y limpieza, que el Templo Sagrado de Dios! Y que sirviendo las telas preciosas para los hombres, el hazedor de ellas se vea en su casa el mas pobre!* Acordòse en la hora de la muerte de un pequeño Lugar, en cuya Iglesia muchos años antes por accidente avia dicho Missa con unos Corporales menos decentes; y mandò en su breve Testamento unos de los dos solos que tenia, para aquella Iglesia.

El grande amor de Dios tuvo tan rendida su voluntad à la Divina, y en todo tan conforme con sus adorables providencias, que no parece podia negocio alguno, ò acaso, por mas que fuera adverso, desquiciarle, ni inmutarle en nada. Dixole un Cavallero, que venia de la Villa de Santa Coloma, como dexava en aquel Castillo à su sobrino Don Ignacio de Queralt, Mayorazgo de su gran Casa, y unico hijo, en cuyos floridos Abriles se afianzavan las unicas esperanzas de sucessiòn en la familia; y que esto tenia en sumo desconsuelo à los Señores Condes, y à èl mismo: bolviòse Don Francisco à un Jesuita, que tenia cerca, y con voz baxa le dixo: *Mucho lo han de sentir los Condes, si Dios dispusiera de essa vida: pero yo, si va à decir la verdad, con saber que es Dios*

quien

quien lo sabe, y quien lo quiere, ni tengo en ello que decir, ni hallo que sentir; sino venerar humilde, y adorar sus altas providencias; y prosiguiendo con el mismo Cavallero la conversacion, añadiò: *Si supieran los Condes ofrecerle à Dios, cuyo es, con verdadera resignacion; agradado sin duda Dios de essa fineza, se contentarà con el amago: y en todo caso aquel Señor, que supo fecundar à la esteril Sara, sabrà darles otro, si supieren merecerle, y huviere de ser para mas servir, y agradar à Dios.*

De aqui procedia aquella igualdad de animo, con que oìa qualquier acaecimiento, por mas que fuesse afortunado, y le tocasse muy de cerca, sin que se le notassen aquellos sentimientos, que son tan naturales, y suelen por lo comun acompañar à los sucessos de esse genero: asimismo un despego rarissimo de todo lo de el mundo; admirandose mucho de ver el conato, y afecto, con que los amantes de las cosas de acà se dexan assi cautivar de esta vil baxeza; que no quisieran amar un bien solo, que ay firme, y constante, para amar otros objetos en todo tan varios, y tan mudables. Por esso, si sentia mucha propension, ò cariño à otro que à Dios, ò por Dios; procurava con eficacia desprender su corazon de todos essos afectos terrenos. Quiso uno de sus criados, que con gran fidelidad por muchos años le avia servido, despedirse de su servicio, porque èl nunca llegò à despedir alguno de su casa; y como lo sintiessen sus conocidos, y procurassen con las mayores veras embarazarlo, viendo la gran falta le avia de hacer, por la singular puntualidad, amor, y desinterès, con que le servia, y aviendo

sido

sido siempre su mayor confianza; à essos motivos propuestos respondiò Don Francisco: *Es verdad todo lo que me dicen, y con todo, si quiere irse, vayase en hora buena; porque me parece le quiero en demasia, y no devemos estrecharnos tanto con los hombres, ni con essotras cosas fuera de Dios.* Rara cosa, y singular, que para ser con este buen Cavallero mas atendido, fuesse lo mejor ser menos amado, y bien quisto de èl!

Prueba deve ser tambien de su grande amor de Dios aquel temor grande, que tenia de ofenderle, abandonando sin el menor reparo todos los respetos humanos, por guardar inviolables à Dios sus fueros. Como en cierta ocasion no quisiesse en modo alguno condescender con una peticion, que se le hacia, por parecerle fuera de toda razon, y justicia; por mas que eran muchos los empeños, al fin le dixeron: *Deverà hacerlo V. Señoria, porque queda empeñada la Señora Condessa, su Cuñada, à cuyas instancias no podrà negarse.* Como no? (dixo) *De mejor modo à ella, que à los demàs; pues sabe ella mejor que todos, que yo no he de torcer un punto de lo que es justo, por todo quanto ay en el mundo; y sabe bien pesar con su gran prudencia, y virtud, que yo por todos los respetos humanos, ni parentescos he de cometer la culpa mas leve, y mas ligera; deviendo siempre à Dios la primera atencion, y el primer lugar en mi alma: y si no huviere de ser assi, desde aora le pido me quite la vida.* Añadiendo para realce mayor à su fineza: *Pues què culpa la mas leve advertida la avia de querer yo, por mas que supiera ensalzar al mayor auge mi Casa, y mi Familia?*

Si

Si el amor à su Dios assi le obligava à huìr, y temer las culpas aun mas leves; ya se ve quanto le obligaria à precaver en su alma de las culpas mas graves: y sin duda esse temor grande de ofender à Dios, y esse gran deseo, y amor de complacerle eran los dos motivos, que de continuo sobresaltavan, y perturbavan su alma (como ya dixe en el discurso de su vida) en todas sus operaciones, especialmente en el Sacrosanto Sacrificio de la Missa, al qual, aunque le inclinava por una parte el amor de llegarse mas à su Amado, le servia al mismo tiempo de preparacion un gran temor, y como horror sagrado: de suerte que causava compassion, y lastima à quantos le miravan: pues aunque en la primera parte de la Missa, que ya tenia de antemano leìda, se regulava con el comun modo, menos en la pausa, claridad, y dulzura de sus palabras, que era singularissima: pero acercandose mas al Sacrificio, en especial al llegar al Canon, y palabras previas à la Consagracion, se intimidava de modo, que tremulas las manos, timida la voz, y azorado el pecho, no parece tenia valor para despedir las palabras, ò para despedirlas con el acierto, que se merecia tan tremendo Sacrificio: y essa era una de las razones, que dava para escusar su pavor: *Què mucho* (decia) *tema yo al repetir una operacion, que se estremecen de respeto los mismos Cielos solo de mirarla?* Ello por fin todo parecia flaqueava en Don Francisco en esse Sacrificio de la Missa, menos la fee santa, y el amor sagrado: dos polos hermosos, sobre que se elevò su grande espiritu, y se mantuvo firme, è incontrastable en medio de tan terribles baybenes, y tan for-

midables combates; sin que pudieran los continuos assaltos de los enemigos desquiciarle, ni los ceños tan frequentes de su amoroso Dios desviarle, ni entretenerle, para que no corriera ligero por las asperas, y fragosas sendas de el Divino servicio.

De este amor incomparable de Dios en Don Francisco traia su origen, como de una misma fuente, aquel amor grande à los proximos, esmerandose en subvenirles en sus apremios, y necessidades, assi corporales, como espirituales. No llegava à su presencia algun afligido, que no deseàra Don Francisco exprimir su tierno corazon en consuelos sobre el que assi mirava entre amarguras. Aun las veces que entregado dulcemente à su oracion, y devociones era llamado para aliviar al proximo, hurtava de buena gana el animo à la quietud, para socorro del trabajo ageno: y decia, que deseava summamente que sus ocupaciones le dieran lugar, y que Dios le huviera dado mas habilidad para las Missiones, para dedicarse à esse empleo; y quando oìa leer en el Refitorio los trabajos, y fatigas, que gloriosamente padecian en la India los Jesuitas Missioneros en ayuda de aquellos proximos, y en la conquista espiritual de aquellas Naciones, se enardecia su alma, y encendia en una santa embidia de no poder seguir essas Apostolicas empressas; y era de suerte el gusto, y fervor, con que hablava despues de lo mismo, que avia oìdo leer, que no parece sino que derramava ya con el deseo su sangre, para fecundar aquellos incultos Reynos.

Pero ya que veìa ser impracticable la execucion de

essos

essos fervores, desahogava sus ansias, en quanto le permitian sus graves ocupaciones, en otras empressas menores. Todos los Domingos, y dias festivos de Quaresma salia à los Lugares vecinos, singularmente à una Virgen muy devota, llamada de Grañena, que està à las cercanias de la Ciudad de Cervera, y juntandose en ella los rusticos de las Aldeas vecinas, en gran numero, les enseñava la Doctrina, y les predicava con un fervor verdaderamente Apostolico, valiendose de razones eficaces; pero claras, y de semejanzas muy llanas, para dexarse assi entender de la mayor rusticidad, abatiendo lo alto de su ingenio, para coger la humilde presa, y humillando su misma grandeza, para llevar à Dios los mas pobres, y abatidos: ni serà facil decir, si se movian mas los animos de sus oyentes con escuchar la gran eficacia de sus razones, ò con ver que un Señor de esse caracter, y representacion, assi abandonava todos los respetos humanos; y como que ajava su misma soberania, haciendose todo con todos, para llevarles mejor àzia Dios. Admirados de esto aquellos rusticos no le atendian como à hombre, sino como à varon santo, y Angel purissimo; y aun oy, se veneran en aquel Lugar recientes sus memorias, y se acuerdan las portentosas proezas de sus fervores, que dieron à Dios conversiones no pocas, y frutos sin numero.

Viendo Don Francisco, que estos como ensayos produxeron efectos tan maravillosos, mas animoso en ocasion, en que le permitia alguna mayor tregua la tarea, y cuidado de la Universidad, quiso acompañar al

Padre Retor de la Compañia de Jesus de el Colegio de Lerida à unas Mifsiones, que iba à hacer; y en ellas, como duraron mas largo tiempo, fe dieron à conocer mas los efmeros de fu gran caridad, y las eficacias de fu efpiritu. Enfeñava la Doctrina Chriftiana todos los dias, y como le avia el Cielo dotado de una rara dulzura, de un genio tan amable, y de aquella fu Angelical compoftura; fabia conquiftar defde luego para sì todo el amor, y el cariño de los corazones mas duros, y empedernidos: con effo paffava defpues con gran facilidad à conquiftar para Dios las almas de fus oyentes; fin fer facil reducir à breve numero las converfiones prodigiofas, que obrò con fu doctrina en efcandalos publicos, odios envejecidos, y pechos endurecidos en la culpa, ò bien por falta de temor de Dios, ò bien por fobra de rubor en manifeftar fus conciencias, con otros frutos fingulares, y admirables, que produxo fu incomparable zelo; confeffando el mifmo Padre Retor de Lerida, que en ninguna otra de fus Mifsiones avia cogido tan à manos llenas los frutos, que en la mayor parte, ò en todo decia fer devidos à las Doctrinas de Don Francisco. Las veces, que hacia algunas Platicas (que no le permitia hacer muchas, por temer que fu gran fervor avia de atropellar fu falud) parecia un clarin fonoro, que azorava los animos de fus oyentes, aun de los mas tibios, para hacer fangrienta guerra à la culpa, y al pecado. Su perfiftencia, y continuacion en el confeffar en effe tiempo era tanta, que alguna vez fuè neceffario facarle como por fuerza el mifmo Padre Retor cafi à las dos de la tarde, aviendo per-
ma-

manecido inmoble en el Confessionario desde los primeros crepusculos de la mañana; de modo, que por estas, y otras demasias semejantes, à que le empeñavan sus grandes fervores, y los incomparables deseos de ayudar al proximo, se viò obligado el Padre Retor à restituirse quanto antes al Colegio, temiendo avian de ocasionar alguna quiebra en aquella salud, que por tan necessaria al bien publico, le acarrearia el comun ceño de las gentes.

Estos fueron algunos de los esmeros de su gran caridad en el socorro espiritual de sus proximos: mas quien dirà los primores de ella en las necessidades corporales? Mucho dexa ya escrito mi pluma en el progresso de esta vida; y aunque quedava mucho mas, me estrecharè alomenos para no ser nimiamente prolixo en este Capitulo; pudiendo decirse en breves palabras, para realce mayor de su heroica caridad, que aviendo sido Don Francisco en algun tiempo rico, se hizo de el todo pobre, para hacer à los pobres ricos; queriendo muchas veces padecer necessidad, y miseria, para que los miserables quedassen aliviados. No mucho tiempo antes de su muerte, como le dixesse uno de sus criados, que se reportasse un tanto, y encogiesse su mano en las limosnas, porque èl, y ellos quedavan sin ropa blanca, que mudarse, por sus grandes excessos en dar lo que para sì, y para ellos avia bien menester; añadiendole tenia ya verguenza de el modo, que èl, y ellos iban; sonriendose Don Francisco le dixo: *No es essa materia de verguenza, sino de gozo; y es essa una feliz miseria, vivir pobre, solo por reme-*

remediar agenas miserias. Con ser tanto lo que dava, que era quanto buenamente tenia, era mucho mas lo que deseava dar; y asi como en los codiciosos crece el deseo de el dinero, quanto mas el dinero crece; asi en este piadoso Cavallero se acrecentava la ansia de distribuir, quanto mas distribuia: y como eran mas que su caudal, los acreedores, vivia su piedad sumamente atormentada; y aun algunas veces se quexava amorosamente con *Dios*, por averle privado los mas de los años de la cosecha, que daya su Dignidad: *Bien sabeis* (le decia) *Señor, que si deseo tener, es unicamente para remediar à vuestros pobres; y tener con essa obligacion de dar, mas me parece deposito vuestro, que dominio mio.* Si alguna vez no tenia con que socorrer à los pobres, se humillava su gran caridad à solicitar de otros el remedio, sabiendo à un mismo tiempo negociar para si la humiliacion, y para el pobre el alivio; afirmando tenia especialissimo cariño, y amor à quantos avia conocido limosneros.

En un año de mucha carestia oyò à uno de los criados de los Condes sus hermanos, que la Señora Condesa, sobre la limosna, que cotidianamente se dava en el Castillo, avia mandado se diesse otra mayor, añadiendo su generoso, y compassivo pecho otros socorros, vistiendo los mas pobres, y ayudando à los mas enfermos; y por fin sirviendo de amparo à quantos tenian necessidad. Escuchò DON FRANCISCO con inexplicable alegria tan singulares esmeros de caridad; y rebozando su corazon de gozo: *Assegurate* (dixo) *que no podias darme noticia mas alegre; porque no puede aver Mayorazgo, y herencia mas segu-*

ra,

ra, que la piedad para con Dios, y la misericordia para con los pobres. Entrò en cierta ocasion, para hacer visita à una casa, en que estavan de bodas, y mostrandole vestidos muy ricos, y costosos, con otras muchas preseas de valor, y estimacion: como le preguntassen al salir: Què le avia parecido de essa grandeza? Respondiò: *Yo poco me entiendo de ello: lo que pensava, era, que allà sobran vestidos, y en el mundo sobran desnudos: lo que puedo assegurar, es, que si todo aquello fuera mio, avian de tener un gran dia los pobres; y no sè si yo le tendria mas alegre que ellos.* Alguna vez que le fuè preciso despachar de su presencia algun pobre sin limosna, por no tener que dar (porque teniendo no avia en èl libertad, para dexarlo de hacer) era con tan raro rubor, que parecia quedar confundido, y sumamente avergonzado de ello: le oì reprehender con un genero de aspereza à uno de sus criados, por aver despedido à un mendigo con despego, y mal semblante: porque Don Francisco, aun à pesar de su gran melancolia, y afliccion, en medio de los pobres, y afligidos mostrò siempre su rostro sereno, y placentero, obligandole su gran caridad à gastar mas serenidad, y paciencia en los males agenos, que en las afliciones proprias.

Esta virtud de la caridad se dilatò en Don Francisco no solo à atender las necessidades de sus proximos, sino tambien à zelar su honra, y estimacion; no solo cautelando los peligros de la fama, y reputacion en cosas graves, y de monta; pero aun en las mas leves. Ya se dexa ver que en sus labios nadie fue jamàs ignorante, nadie inhabil, y nadie malo; pero aun de aquellos, à quie-

quienes otros tenian en baxo concepto, procurava el mostrar estimacion de sus personas, encontrando siempre en ellos algo bueno que alabar, y omitiendo lo malo que vituperar: sabiendo con lindo modo mostrar las flores, sin enseñar las agudas espinas, que estavan entre ellas. En los Sermones siempre hallava mucho bueno que aprender, sin que jamàs se le oyesse, ni notar lo que no era tan bueno en el Sermon, ni tiznar en la cosa mas minima al Predicador: solo sentia por extremo, se hicieran careos de unos Santos con otros; y mucho mas que se quisiera cotejar, y como igualar à los Santos con el mismo Dios, ò con la Virgen Santissima; diciendo, que era mas facil dar à entender, que es el Sol menor, que las Estrellas, y que es el siervo mayor, que su señor; que no que el Criador sea igual à la criatura. Fuera de esso, encontrava siempre que defender, y que alabar en lo que se avia predicado, procurando su viveza, y habilidad dar à los textos, y discursos aquellos visos, que les hacian parecer mejor, y mas al caso de lo que se avia predicado.

Bastarà por fin para realce de essa su gran moderacion, y modestia, con que hablava de su proximo, lo que afirman contestes, no solo todos los Jesuitas, que pudieron por tan largo tiempo, y tan de cerca reparar en sus mas menudas acciones, y palabras; pero aun otros muchos, que con intimidad, y familiaridad le comunicaron, y trataron, no aver salido jamàs de sus labios respiracion alguna, que pudiesse empañar fama agena, ni aun con el mas leve vapor: antes bien se le advirtiò

algu-

alguna vez con gran edificacion, comenzar à referir alguna cosa, y andando adelante en su caso, por parecerle, aunque muy de lexos, poderse manchar en algo la estimacion del proximo, dexarse de improviso el caso, y reprimir el labio, sin hablar en ello mas palabra: y si dixo allà el Santo Job, era dificil no dar salida à la palabra concebida, hallò facil Don Francisco no solo esso, pero aun cortar de improviso la voz, y la palabra ya comenzada. Las veces, que no era possible dexar la conversacion de otros, en que se viciava la reputacion, y estima de el proximo, no contento con cerrar el labio, y enmudecer de el todo, mesurava de modo su semblante, que dava bien à conocer quanto le desagradava el que se prosiguiera platica semejante.

CAPITULO XIII.

ELEVADA CONTEMPLACION DE DON Francisco, y tierna devocion à MARIA Santissima.

MUchas veces dexo referido en el discurso de esta vida quan desasido, y quan despegado tenia su corazon Don Francisco de todo lo terreno. Con esso aligerado de tan basta pesadumbre, no le era dificil remontar los buelos de su espiritu à la sublime esfera de la Divinidad, y buscar en ella el verdadero descanso, como en unico, y proprio centro de el alma. Assi lo hacia no pocas veces al dia Don Francisco, hallando la soledad

en medio de el comercio de el siglo; y sabiendo entre los trafagos de el mundo gozar con gran frequencia la quietud pacifica de Sion. Esto se hacia bastantemente visible à todos quantos podian ver, y atender sus acciones, y fervores: pero viniendo à lo mas subido de su oracion, que en las horas acostumbradas solia tener en su retirò, en que al parecer de muchos tocava los apices mas sublimes de la contemplacion; para mejor explicarme, me valdrè de el sugeto, que mas arriba dexo nombrado, calificado en la Religion del Carmen Descalzo, y muy practico en la Mistica; quien en la breve relacion de las virtudes, y santidad de Don Francisco, al llegar à su oracion, se explica de esta manera: *De lo que me comunicò de su interior, me parecia clarissimamente ya desde sus principios, que el Señor le llamava à la mas elevada, y subida contemplacion; y persuadiendole yo varias veces, que se aplicasse à ella, con un modo bien libre de peligros, jamàs lo pude acabar con èl, hasta dos, ò tres años, que yo era Sacerdote, dando por respuesta su conocimiento proprio, y que no se atrevia à levantarse à esse tan alto exercicio, sobrando en èl tener meditacion: y en Don Francisco era mas humildad, que no huviera sido en otro; pues conocia altamente, y sentia de la suma grandeza de Dios, entrandose desde luego muy adentro de la Divinidad, y engolfandose en el mar immenso de Dios, sabiendo bien como se comunicava à sus criaturas, y à si mismo, que era en un modo bien singular en la contemplacion, à que se diò despues muy elevada.* Semejante à esse podia alegar dos otros testigos igualmente abonados en la Mistica; afirmando entrambos aver sido sublime, y muy elevada la

contemplacion de Don Francisco ; y que algunas vezes, ya en los principios, lo mismo era introducirse en la contemplacion, que desde luego inflamarse, y arder su coraçon penetrado de el fuego de la Divinidad, mejor que lo està el hierro en la fragua, ardiendo en gran llama todo su pecho, y llegando à reverberar alguna vez hasta en el semblante la luz, y el ardor.

El modo, con que solia comenzar su contemplacion, era, tomando la medida desde la mayor altura, y grandeza de Dios à su propria humildad, y baxeza, con que hacia un bello, y hermoso enlaze de estos dos extremos; aunque por otra parte eran entre sì infinitamente distantes: proseguia despues en su oracion, que en sus primeros años era comunmente la materia de su meditacion la Passion, y Muerte de Christo: aqui cotejava los excessos de el amor Divino, y las ingratitudes de el coraçon humano; los acerbos dolores de Christo, y los ilicitos deleytes de el hombre, perseverando en ella con tan admirable quietud, y sossiego, que afirmò èl mismo aver passado un año entero, sin la distraccion mas minima; con averse ya desde los principios acostumbrado dàr à la oracion, lo que menos, cada dia dos horas: siendo no pocos los dias, que se alargava à tres, y à quatro, singularmente en el tiempo, que desfrutava su alma mas singulares favores de Dios, quedando con la suavidad, y abundancia de dulzura, que le comunicava el Señor, casi sin libertad, para apartarse de el lugar en que orava: y como quien no tenia reflexion para otra cosa, y assi se quedava embelessada su alma, y como sumergida en el pielago

largo insondable de la bondad de Dios; durando aun des-
pues por largo rato como enagenado; pues por mas que
se apartava de el lugar de su oracion, no se apartava Dios
de el lugar, que en su mente, y corazon tenia. Y aunque
es verdad, que no sabemos de su contemplacion, que la
acompañassen raptos, extasis, ò revelaciones: pero se le
oìan algunas veces actos heroicissimos, y elevados senti-
mientos; naciendo de la superabundancia de el corazon
dulces palabras, y tiernos suspiros à sus labios.

Fuera de esso, estava del todo inmoble al tiempo de orar, sin que diera el menor sentido à otra cosa fuera de Dios, ò de la materia, que meditava: de suerte, que sucedia muchas veces entrar, y salir otros del mismo retrete, en que comunmente orava, que era harto angosto en Cervera, sin que jamàs se le observasse el menor movimiento, como si fuera extatico, ò enteramente sosprendido de otra mayor, y mas sublime atencion, que le ocupava toda el alma, sin dexar resquicio alguno, por donde pudiessen entrar otras especies estrañas, y forasteras; y lo que mas es de admirar, que essa gran quietud, y sossiego en la oracion la gozava aun en el lugar mas incomodo, y ruidoso, y hasta en los mismos viages: assi me refiriò un Jesuita, que le acompañò algunas veces en ellos, que quando no podia tener su oracion antes de salir de la posada, luego despues de salido de ella, se sabia recoger tan dentro de sì mismo, para su oracion, como si estuviera en su proprio retrete, ò en la mas remota soledad; de modo, que aviendo passado lances bien ruidosos en tiempo que èl se recogia para su oracion,

cion, nunca diò seña alguna de averlo sentido, ni advertido, sin que dia alguno de quantos viajò con èl, que fueron muchos, y en diferentes veces, omitiera su oracion; y por mas que sobrevinieran estorvos, y embarazos, no dexò de dar todo aquel tiempo, que tenia señalado en su casa para orar.

Quantas veces sobrevenia algun nuevo trabajo, ò negocio arduo, solia añadir mas tiempo à la oracion, nivelando siempre con ella sus dependiencias, y sus acciones, con esso salian con el acierto mas cabal. De ella tambien sacava aquella su constancia en los trabajos, y aquellas sus seguridades, con que algunas veces afianzava los negocios mas arduos. Encontravase una Señora de gran calidad en mucho peligro de la vida de un mal executivo, y pronto; y hallandose Don Francisco con ella, en vez de assistirla en el trabajo, se fue corriendo à la Iglesia, para valerla mejor con su oracion, la que hizo delante del Santissimo Sacramento, solo por tiempo de una media hora; y bolviendose luego à la casa, en que yacia la doliente, con mas proximo, è inminente peligro de la vida, que la avia dexado: *Tenga buen animo*, la dixo, *y rèzele una Ave Maria à la Virgen Santissima, que por intercession de esta Señora ha de quedar luego libre de tanto trabajo*; y ayudandole à rezar el Ave Maria, lo mismo fue acabar, que hallarse del todo aliviada de aquel gran dolor, que sumamente la afligia, y la llevava à las puertas de la muerte; protestando despues Don Francisco averlo assi assegurado, sin saber con que instincto, sino que hallandose en la Iglesia en presencia del Señor, se le inundò el

cora-

corazon, y el alma de una indecible alegria, y como si se le inspiràra una certidumbre, y evidencia del recobro de la salud, quedò casi sin libertad, para dexar de decir lo que dixo.

Para remontarse Don Francisco por medio de la contemplacion à esfera tan superior de la Divinidad, quien duda se ayudaria de las alas, y sombra de aquella, que à fuer de Aguila grande, y generosa *sabe coger al abrigo de su sombra, y al amparo de sus alas à sus amados hijuelos*, y carearles à los rayos de aquel Sol Divino; defendiendoles à un tiempo de las actividades del Sol con su sombra, y asseguràndoles con su proteccion de las garras enemigas? Es esta Aguila grande Maria, à quien desde los primeros años tomò Don Francisco por su amparo, y como à *Madre, Maestra, y Abogada* suya, consagrandole sus pensamientos, sus acciones, y sus obras: y se le arraygò en su corazon un amor tan entrañable, y una devocion tan filial, que no tenia voces, con que explicarse en las ternuras para con esta Señora: y assimismo reconocia por parte de esta gran Reyna unas influencias tan beneficas, y una proteccion tan singular, que no hallava terminos, con que engrandecer las finezas, que su alma le avia merecido. Quien desde los primeros arrullos de la puericia quedava assi enamorado de esta Soberana Señora, como concebimos iria creciendo con el tiempo en el amor, y se iria adelantando con los años en sus obsequios? Y como el mejor servir à essa gran Reyna sea imitar sus virtudes, procurò tomarla por idea, y exemplar de su vida; copiando en su alma de esse origi-

nal

nel todo lo que ſu poſſibilidad, y fuerzas alcanzavan; aſsi en aquel alto aprecio, que de la Divina gracia tenia, como en guardar Angelical ſu pureza, y un recato virginal: preveniaſe para todas ſus feſtividades con ayunos, y otras mortificaciones muy particulares; y ſe advirtiò, que le retornava MARIA en todos ſus dias feſtivos abundantes conſuelos, por los obſequios, que en ellos DON FRANCISCO le tributava; porque en todas las feſtividades de eſta Señora, por mas que ſu corazon de antemano eſtuviera lleno de amargura, y zozobràra en aquel turbulento mar de eſcrupulos, è inquietudes; en eſſos dias ſe ſerenava la tormenta, y gozava de una apacible marea, con que podia reſpirar por algun tiempo mas alegre; confeſſando èl miſmo, que quantas veces ſe hallava en la mayor afliccion, y en la mas deshecha tormenta de ſus eſcrupulos, ſi ſe le acordava bolver ſu corazon afligido à MARIA, y fixar los ojos à eſſa apacible Eſtrella, percebia deſde luego ſus beneficas influencias, llenandoſe ſu alma de una ſuavidad admirable, y de una firme ſeguridad de aver de ſalir al fin con vitoria, y llegar al puerto con felicidad.

A mas de prevenirſe todas las feſtividades de eſta Señora con devociones particulares, y actos heroicos de virtudes; todos los Sabados del año, por ſer dias conſagrados à MARIA, eran muy eſpeciales los eſmeros de ſus virtudes, y era indefectible en eſſos dias el ayuno, ſiendo en ello tan inexorable ſu devocion, que como en algunas ocaſiones, por encontrarſe con notable quiebra en ſu ſalud, quiſieran perſuadirle alguna indulgencia, nunca ſe

pudo

pudo recabar dexasse de pagar esse tributo à su Reyna, y Señora. Lo mismo executava todos los dias en rezar inconcussamente el Rosario, sin que se acordàra dia alguno de su vida aver omitido essa fineza, y era con una devocion, y ternura tan admirable, que la infundia en sus criados, con quienes por lo comun le rezava; manifestando assi en estas devociones, como en todas las conversaciones, en que se ofrecia hablar de MARIA, un consuelo inexplicable, con una suavidad, y dulzura tan rara, que dava bien à conocer eran sus labios fieles interpretes de su corazon amoroso. No mirava Imagen de MARIA, que no la saludasse atento, y respetoso, bolviendose à ella mas facil su afectuoso corazon, que se suele bolver el iman del Norte.

No contento con avivar en sì de continuo el amor à MARIA, procurava con dulzura, y buen modo sobornar los corazones de quantos comunicava, para adelantar las piedades de MARIA: singularmente exortava con la mayor eficacia à sus Estudiantes siempre que la oportunidad le llevava de la mano, que fuessen à bever pureza, y sabiduria à essa perene fuente, de donde dimanan raudales mas puros, y aguas las mas saludables, y cristalinas; dando por muy segura la salud, y salvacion eterna, con tal que fuessen muy devotos de MARIA: y èl mismo decia consolarse mucho en medio de sus grandes angustias, acordandose, que si es señal segura de Predestinado la devocion, y afecto à MARIA; alomenos essa señal ciertamente no le faltava. Y si bien la consideracion de todas las gracias, misterios, y prerrogativas de MARIA eran

dulce

dulce objeto de su amor, y deliciosa tarea de sus discursos, y platicas; sin embargo el dulcissimo Misterio de su Concepcion Inmaculada, y los dolores de essa Señora al pie de la Cruz eran el mas delicioso pasto de su tierna devocion; deseando con gran gusto sacrificar su mayor conato, y aun la sangre, y vida en obsequio de las inmunidades de Maria en su instante primero.

Quanto executò su devocion en obsequio de la Virgen de los Dolores, se dexa arriba bastantemente insinuado, alistandose desde sus primeros años entre sus Congregantes, y adelantandose con el tiempo tanto sus fervores, que no caben facilmente à la expression de la pluma: pues quien bastarà à decir el numero sin numero de Congregantes, que diò à Maria su zelo incomparable? Quien las Congregaciones, que promoviò, y acrecentò su devocion ferviente? Quien los fervores, que excitò en los pechos de sus Congregantes, por medio de las Platicas, y Sermones, que casi por todo el año hacia? Quien por fin declararà la energia, y afecto, con que les predicava de esse Misterio doloroso? Sacando dulces lagrimas de sus oyentes, y enterneciendo de modo sus corazones en sentimientos, que parece se liquidavan por los ojos en amarguras, exortando à los afligidos recorriessen al ancho, y amoroso seno de Maria dolorida, que sin duda hallarian en la tribulacion fortaleza, en los peligros seguridad, y en la mas deshecha avenida de penas, y dolores apacibles dulzuras, y consuelos; afirmando el mismo de sì, tener ya depositadas desde sus primeros años en el seno de essa gran Madre de los Dolores todas

sus penas, y aflicciones; y añadia, que en deposito semejante mas hacia su conveniencia propria, que holocausto à Maria: pues esta Señora al pie de la Cruz, era mar amargo muy al contrario del Occeano; porque si este las aguas que recibe dulces las convierte en amargas, Maria admitia nuestras amarguras, para retornarlas dulces.

CAPITULO XIV.

CRUELES RIGORES, CON QUE TRATAVA SU carne, y rara mortificacion de sus sentidos.

ES comunmente el odio à la culpa el que pone las armas de la penitencia à las manos, ò para castigar su malicia, ò para prevenir sus insultos: los que fueron malos castigan la carne por lo que delinquiò; los varones santos, è inculpables, para cautelarse mejor, aun antes que la carne, y las passiones tengan brios para revelarse à favor de la culpa contra la razon, las castigan severos para tenerlas sujetas, queriendolas mortificadas para que no passen despues à delinquentes. Assi lo hizo nuestro Don Francisco, tirando à sujetar, y avassallar su carne, y apetitos ya de antemano, y en sus primeros años; de modo que antes sintieron la pena, que conocieron la culpa; y antes quedaron escarmentados, que fueran delinquentes, y atrevidos; prosiguiendo despues toda su vida en esse trato riguroso con sola la diferencia, que se acrecentavan los castigos al passo que se acrecentavan los

años,

años, llegando à lo ultimo à ser mas tirania, è inhumana crueldad, que mortificacion, y penitencia, el modo con que tratava su cuerpo; al qual nunca mostrò el menor amor, ni compassion, aunque le mirava consumido, y sumamente estropeado por el tropel, y fatiga continua, ya en las tareas de su oficio, ya en las inquietudes de sus escrupulos, moviendo à lastima à quantos le miravan; pero sin tenerla èl jamàs de sì, ni de su cuerpo para solicitarle el menor alivio.

Ya dixe las muchas horas que persistia cada dia en su oracion, y devotos exercicios siempre de rodillas, sin querer por ningun caso, ni por mas que estuviera atropellada su salud, permitirle con otra postura à su cuerpo algun descanso: dexo assimismo referido, que para los intensos dolores de cabeza que padecia, jamàs quiso admitir lenitivo; y con saber que con un polvo de tabaco antes de decir la Missa podia assegurar el alivio para lo restante del dia, nunca quiso dar à la naturaleza esse desahogo, ni negarse al mayor afàn de sus negocios, y expedientes de la Universidad, por mas que entendia aversele de agravar la intension de su mal: aviendose, como ya dixe, negado desde sus juveniles años à todo genero de diversion, ò entretenimiento, aun de aquellos que se tienen por mas honestos, y decentes, passando una vida de hombre verdaderamente muerto al mundo, y à todos sus gustos, y alegrías, y que podia gloriarse con el Apostol de que le ceñia por todas partes la mortificacion de Christo.

En las mortificaciones penales, si se huviera dexado obrar segun los impulsos de su espiritu brioso, sin duda

passàra à dessaforarse con su cuerpo, atendiendo solo à las valentias de la gracia, sin querer entrar en cuenta con la debilidad de la naturaleza; por cuyo respeto le iban à la mano sus Directores espirituales, no permitiendole à su fervor la disciplina, sino solas tres veces en la semana; pero ya que su obediencia no passava de las veces señaladas, propassava su fervor en el numero de los azotes, y en la gran impiedad, y rigor con que heria aquel su debil cuerpo, dexando algunas veces rubricado con la inocente sangre, que sacava de sus venas, no solo el instrumento de su rigor, pero aun el lugar de su penitencia. Refiriò averle oìdo un Padre de mucha autoridad en esse su exercicio de penitencia, y aver passado de trescientos azotes los que sobre su cuerpo descargò, assegurando, se estremecian sus carnes à los ecos pavorosos de tan desapiadados golpes. Redoblava la mortificacion à su cuerpo con la aspereza de los cilicios, que asimismo solo le permitian usar tres dias en la semana, siendole de sumo sentimiento el que no se le diera licencia, y libertad para llevarles de continuo; diciendo, que ya que eran sin intermission las luchas, y los combates, era bien que un Cavallero de Christo anduviera siempre cargado con las armas de la mortificacion, para poder asi mas pronto resistir à la lucha, y rebatir con mas denuedo los fieros assaltos de sus enemigos.

Mas ya que no se le dava libertad para esso, por ningun caso, ni por mas que viera ajado, y maltratado su cuerpo, quiso eximirle de todo aquel numero de veces, que por sus Directores se le avia prefixado, persistiendo

constantemente en esse rigor hasta el dia en que le acometiò su enfermedad ultima; pues aunque siempre ocultò de los azechos de la curiosidad sus exercicios penales, y los instrumentos de su mortificacion, quiso Dios, que despues de la muerte se descubrieran para la comun edificacion; porque aviendo reparado uno de sus criados, que poco antes que Don Francisco se echàra en la cama, por la enfermedad de que muriò, se entrò en otro quarto mas retirado del Castillo, y con mucho cuidado, y reserva escondiò alguna cosa, que èl entonces no pudo ver, ni registrar; pero solicita despues de la muerte su curiosidad quiso investigar que cosa avia sido, y hallò los instrumentos, que fueron crueles verdugos de su cuerpo en la vida, manchados de su inocente sangre; y assimismo su cuerpo hallòse tan maltratado de los golpes, con que sin genero de piedad le heria, que llenò de compassion, y lastima su vista à los que se hallaron presentes. Essa no la mereciò jamàs en vida à su Dueño, antes bien decia que el cuerpo devia corregirse como el bruto con el azote, y con el rigor, y que el modo para negociar bien sus mejoras, era acrecentar las penas, y castigos, teniendo sujeta su rebeldia, obligandole à padecer, aunque fuesse con algun genero de crueldad, y tirania. Assi lo solia decir, y lo sabia aun mejor executar, obligandole à sufrir todo el rigor, y exponiendole à las mayores inclemencias, sin el menor genero de piedad.

En lo erizado del Invierno, por mas que fuessen excessivos los frios, no queria allegarse à la lumbre; ni aun en las largas veladas de Invierno, que en Cervera se

ha-

hallan precisados hasta los mas fuertes, y robustos à buscar defensivos para el frio, jamàs admitiò Don Francisco alguno; siendo asi, que sus rigores le dexavan algunas veces como atredratto, y casi sin accion. Lo mismo le sucedia en los caminos; y aun se le advirtiò que con dissimulo dexava las manos expuestas à los rigores del tiempo, sin reserva de guantes, ni otro defensivo, para hallar mas de lleno la mortificacion, sin querer tampoco permitir, ni en casa, ni fuera de ella por crueles que fuessen los frios, se le calentasse la cama; y aun quando enfermo, era menester obligar por fuerza, y contra su dictamen à los criados à executarlo: pero ni aun esso bastava para salir con el intento; porque despues Don Francisco con gran modo sabia hacer accidente la tardanza, y dilatar con escusas introducirse en la cama, para gozar asi de aquel alivio lo menos que pudiera.

Y no solo supo su animoso espiritu padecer de el frio los rigores, sino qual otro Jacob, suportar los ardores de el calor: son estos verdaderamente grandes en la Ciudad de Lerida: y en aquella estacion de el año la mas ardiente, y fogosa, quando muchos de los Capitulares residentes suelen salir de la Ciudad por no exponer su salud à la inclemencia de el tiempo, entonces entrava Don Francisco gustosissimo en ella, para residir en su Iglesia, pudiendo escusarse justamente, por no estar à ello obligado; pero èl decia, que nunca tenia mas assegurada la salud, que quando vivia en el Lugar de su residencia: y como un año se le quisiesse estorvar el que passasse allà, por ser suma la destemplanza, que avia causado

sado en aquella Ciudad graves enfermedades, respondiò con espiritu profetico: *No temo, no el morir los Veranos, que voy à residir à Lerida; pero sì el Verano, que dexàre de ir*: y verdaderamente fuè assi; pues solo esse año, que por ocupacion tan legitima, como era la Oposicion general, que de orden de su Magestad se devia hacer, escusò passar à aquella Ciudad, le hallò la muerte; y à la verdad nunca mostrò tener miedo à ella mientras permanecia en aquella Ciudad de Lerida: y aunque los Padres de aquel Colegio procuravan algunas tardes, en que los ardores de el Sol eran insoportables, el que no passàra à la Iglesia Cathedral, nunca se pudo conseguir essa indulgencia; respondiendoles: *No les parece, que estaria bien, venir à Lerida para residir, y no ir à residir por el calor? No aya miedo, que por hacer lo que devo peligre mi vida: en todo caso ello ha de trabajar, y sudar este bruto, supuesto que sabe à su tiempo comer bien, y regalarse*: y ciertamente que sus regalos, y comida no fueron otros, que el ordinario trato de una Comunidad Religiosa, y aun de ello sabia su dissimulo dexar alguna parte de que gustava mas, para dexar de esse modo irritado el apetito, sin querer admitir por ningun caso extraordinario alguno; antes bien quanto eran mas bastas las viandas, tanto mas gusto mostrava, sin que se le observasse vez alguna desabrimiento, por estar poco sazonada la comida; siendo de no poco exemplo, y edificacion vèr à un Secular de su caracter, nacido en el regalo, y criado en medio de la abundancia, vivir enteramente reducido à una pobreza, y parsimonia Religiosa.

En

En los ayunos, que manda la Iglesia Santa era tan escrupuloso, que en modo alguno se le pudo reducir en essos dias usar por la mañana el chocolate, ni con el motivo de poder mejor suportar tarea tan pesada, ni con el de corroborar el estomago, en que sentia notable debilidad: solo al medio dia tomava la refeccion ordinaria de la Comunidad, sin querer à la noche tomar otra comida, ni hazer colacion. *Sin los Viernes, y Sabados celebrava* tambien con esse ayuno riguroso las Vigilias todas de Christo, y de su Madre Santissima; y lo mismo executava otras muchas festividades de Santos, y Santas, à *los* quales tenia escogidos por sus Tutelares, y Protectores. Y aunque en la mortificacion de todos sus apetitos, y sentidos fuè siempre igual su conato; sin embargo fueron *muy singulares los esmeros en la* guarda inviolable de su vista, y en castigar el menor desman de sus ojos; porque como era tan sumamente amante de la castidad, y pureza, en cuya virginal entereza puso ya desde sus mas tiernos años las mayores delicias de su corazon; assi en su resguardo dedicò sus primeras atenciones, y desvelos: y como conocia bien eran los ojos los mas apostados enemigos de essa virtud, pues ellos son los que recogen, y abrigan las especies estrangeras, y enemigas, que presentadas al sentido, comun espejo, transtornan, y embuelven en estragos la voluntad, y el alma; assi para no perder la libertad del alma por la libertad de los ojos, cautelava con el mayor cuidado todos sus azechos, obligandoles à estar recogidos, y aun de el todo cerrados à la presencia de qualquier objeto, que por su medio pudiera provocar al alma,

Es-

Escusava para esso las ocasiones de conversar con mugeres: y quando le era inescusable, ò bien porque le obligava la caridad, ò bien porque el comercio politico, y humano suele poner en ocasiones indispensables de visitas, y otras atenciones à personas de essa calidad, y nobleza; era tanto su recato, y su modestia, que fixos los ojos al suelo, se le passava todo el tiempo de la visita, sin moverles de un lugar, dando siempre ocasion en semejantes visitas, à que pudieran las Señoras, sin reparo de ser vistas, ni notadas de su curiosidad, mutuamente sonreirse entre sì, y aun significarse, y edificarse con señas, de aquella su gran compostura, y modestia. Y huvo ocasion, que al salir de una visita, preguntò à un Jesuita, que le acompañava, si estava aquella Señora de mejor semblante que solia, añadiendo: *Porque sin duda me preguntarà su madre si ha mejorado de colores, y yo à la verdad no puedo dar razon de ello.* Y como alguna vez porfiàran en visitas de esse genero ponerle en lance, en que parecia inescusable permitir algun registro à los ojos, nunca se pudo conseguir; antes bien como llegasse à conocer el empeño, se dispidiò lo mas presto que pudo, pareciendole mejor dissimular con la despedida, que porfiar en la palestra.

Essa misma modestia le acompañava en todas las funciones publicas, assi de Procesiones en la Ciudad de Lerida, como de Grados en la Universidad de Cervera: de modo, que solo para ver su compostura, y admirar su modestia salian muchos à las puertas, y ventanas, infundiendo veneracion, y respeto à quantos le miravan, y

comunicando no sè que ayres de pureza; de suerte, que aun los mas desembueltos, è inmodestos à su presencia se componian; aviendo yo mismo oìdo à sugeto Religioso, y de graduacion, que se hallava sumamente acossado de pensamientos impuros, no se le acordava aver sido envestido de ellos, hallandose en conversacion, ò compañia de Don Francisco. Ninguno de los pecados le causava tanta abominacion, y horror como el de impureza, y ninguno con mas solicitud, y cuidado procurava desarraygar de sus Estudiantes como esse, aplicando sus mayores desvelos en apartar las ocasiones aun mas leves, y remotas: y de todas las tribulaciones, que padecia su alma purissima, ninguna le era tan sensible, y ninguna le ocasionava tanta congoxa, como eran las tentaciones impuras; y assi por librarse de ellas, exclamava no pocas veces en medio de su afliccion: *Quis me liberabit à corpore mortis hujus?* O! y como deseo verme libre de la pesadumbre de este cuerpo miserable!

Dexo ya dicho en otra parte el gran recato, que con su cuerpo guardava aun desde sus primeros años; queriendo antes exponer su vida à un evidente peligro, que exponer su cuerpo al registro de la Medicina, ò al contacto de agena mano, persuadido, era la pureza flor tan sumamente delicada, que basta à ajarla aun aquella mano, que quiere componerla. Assi se conservò siempre intacta, y hermosa en Don Francisco essa azuzena, sin que la marchitasse en tiempo alguno, ò el cierzo impuro, ò el ardor sensual; y es mas de admirar no aviendo nacido en la soledad, y retiro, donde no llegan

gan

gan los ahojos, que marchitan su belleza; sino entre las delicias, y regalos, donde los provocativos de el apetito son muchos, y los incentivos de la sensualidad no pocos; viviendo en medio de el mundo, en donde no es facil dar una vista sin peligro, ni un passo sin tropiezo: y siendo por otra parte Don Francisco amable de genio, docil de natural, dulce, y suave en su trato; viendose amado de todos, favorecido de la fortuna, assistido del alhago, y prevenido de la honra, enemigos todos de essa virtud; sin embargo, à pesar de tantos enemigos la mantuvo con la mayor belleza, sin que pueda decir alguno de quantos le trataron con familiaridad, averle reparado accion, ademàn, ò palabra, que no respirasse recato, honestidad, y decencia.

CAPITULO XV.

SU GRAN HUMILDAD; Y CON OCASION de esta virtud se compendian las mas sobresalientes de su hermano Don Andrès de Queralt.

QUanto es mayor el sugeto, es la humildad mas admirable: que sea humilde el que naciò humilde, es comun pecho, que le diò la naturaleza con el ser; pero que sea humilde el que naciò grande, es valentia de la gracia. Para ser humilde el que naciò entre el desprecio, poco tiene que hacer, porque todo se lo halla hecho; pero para ser humilde el que naciò grande,

tiene mucho que hacer, porque ha de deshacerse à si mismo, y àun ha de contrastar los embates de la lisonja, las olas del aplauso, y los uracanes de la propria estimacion: torbellino el mas furioso, que llegò à perder à los varones en virtud, y letras mas eminentes. No sucediò assi à DON FRANCISCO, antes bien à sus letras, y virtud supo su gran humildad dar la mayor estabilidad, y firmeza. Fue en esta virtud DON FRANCISCO tan admirable, que llegò à practicar los mas delicados primores de ella con perfeccion tan cabal, que en su proprio desprecio, y en el de las estimaciones agenas llenò todas las especies del desprecio, que constituyen perfecta en alto grado à la humildad; siendo mas de celebrar essa virtud en DON FRANCISCO, pues el tiempo que viviò, fue todo juvenil, vigoroso, y florido, en que suelen tener mas dominio sobre el corazon humano los aplausos del mundo, y los alhagos de la honra; pero su humildad le tenia tan abjecto, y tan dentro de su baxeza, que nada menos juzgava de sì, que lo que parecia à los ojos de todos, sin atreverse su humilde espiritu à pronunciar aquella breve, y compendiosa sentencia, con que passava dias enteros sumido en el caos de su humildad el gran Padre San Francisco de Assis, quando le decia à el Señor: *Señor, quien sois Vos, y quien soy yo?* No llegava aun à esso el encogimiento de su espiritu; solo se le oyò decir alguna vez: *Quien sois Vos Francisco el Santo, y quien soy yo Francisco el pecador?* Y aun de esso afirmava quedar su consideracion tan cansada en correr essa distancia, que si queria remontarla mas arriba àzia Dios: *Ni basto*, decia, *à en-*

con-

contrar su grandeza, ni llego à sondar mi baxeza.

De essa, y otras consideraciones semejantes dimanavan aquellas, que en otros se tendrian por hiperboles; pero en su corazon eran realidades, que le parecia ser la criatura de menos provecho, y mas contentible, que sobre la faz de la tierra huviera, y que à no aver nacido de Casa Noble, en que no avia merito alguno proprio, sino ageno, y heredado; las gentes ofendidas de su gran inutilidad, y simpleza, huirian de su conversacion, y trato; y mas con esta impertinencia de sus escrupulos ciertamente le avian de desechar como insensato, y sin juicio. Naciale de aqui una confusion, y verguenza tan grande, que alguna vez, saliendo con la comitiva de Cathedraticos, y Doctores en funcion propria de la Universidad, manifestò correrse de que se hiziera tan visible à las gentes el desorden, que un hombre tan ignorante como èl huviera de ser Cabeza, y Presidente de tantos Sabios. Por esso quando le vino la noticia de aver hecho el Rey eleccion de su persona para Cancelario de la Universidad, que acabava de fundar, y deseava engrandecer hasta lo sumo de la gloria, se perturbò su humilde corazon: porque assi como fuè sobre todo lo que aspiravan sus deseos, que no tiravan à otra cosa, que à obtener un simple Beneficio, con que poderse ordenar: assi le pareciò la Dignidad sobre toda esfera de sus meritos, y sobre todo lo que podia alcanzar la cortedad de sus talentos. Aunque de esso mismo se sabia ayudar, para su mayor desprecio, diciendo ser estilo de la Divina Providencia echar mano de los instrumentos mas humildes, y flacos,

para

para comenzar empressas arduas, y servirse de la mayor inutilidad, para acabar obras heroicas. Y como le significasse en muchas de sus Cartas aquel gran Ministro de su Magestad, y primer Protector de la Universidad de Cervera, que solo se esperava vacar algun empleo mas honorifico, para condecorar su Persona, y premiar los relevantes meritos de virtud, y letras, que èl tenia bien conocidos, y fondados; solia decir DON FRANCISCO: *Quan engañado vive este buen Cavallero de mi mucha inutilidad, y quan poco conocida tiene mi ignorancia; porque si aora no valgo para el cargo, que se me ha dado, còmo podrè servir otro mayor?* Y porque se le insinuò alguna vez seria sin duda atendido en vacar alguno de los Obispados; se le cubriò el rostro de verguenza, y se confundiò en extremo de que pudiera passar por la mente de alguno desproposito semejante: y hablando en confidencia otra vez con uno de sus amigos, le dixo con seriedad: *Estè V. md. muy cierto, que no ha de permitir Dios esse lance, porque seria acabar de poner mi alma en el mayor riesgo de su condenacion: Si forem de numero Episcoporum* (le dixo) *essem de numero damnatorum.*

Esse mismo desprecio, que por el conocimiento de sì proprio tenia, deseava trasladar en los animos, y en los entendimientos agenos, para que assi conspirassen todos en su abatimiento, y desprecio, como se verà por los casos, que se siguen. Aguardavale en cierta ocasion un Religioso, que acabàra la Missa, para tratar con èl una dependencia, que llevava alguna priessa, y algun peligro en retardar el remedio, que podia dar DON FRANCISCO;

en-

enfadado, y cansado de ver tanta prolixidad en el Sacrificio, le dixo despues de èl: *Es V. Señoria con sus Missas enfadoso à Dios, y à los hombres.* *Tiene mucha razon* (le respondiò el santo Cavallero con singular mansedumbre) *y verdaderamente yo no sè como Dios, y los hombres me sufren; los hombres, sin duda, porque no me conocen; y Dios, porque espera que con el tiempo sea mejor.* Aviendo en otra ocasion dicho Missa en un Santuario de gran devocion, en el qual los dias festivos de Quaresma solia predicar, le dixo un Labrador con sencillèz de el campo: *V. md. no sabe la Missa como nuestro Retor, que la despacha bien, y presto*; oyò con especialissimo gusto las simples palabras de el Labrador; y como quisiera otro Clerigo reprehender la imprudencia, le replicò Don Francisco: *Dexelo V. md. por Dios, que en estos buenos hombres està la verdad sin doblèz, y sin el menor genero de lisonja, y si nosotros tuvieramos en las Ciudades quien nos avisára las faltas con esta sinceridad, no se quedàran tantas sin enmienda; siendo cierto, que los mas de los hombres de calidad se quedan sin corregir, y aun muchas veces sin saber sus defectos; porque por lo comun les dora la adulacion lisonjera, y los encubren las atenciones humanas, que la sencillèz Christiana de estos buenos hombres sabe descubrir.*

Aun delante de essa gente se confundia su animo con aquel linage de humildad, con que solia San Francisco de Assis cotejarse con los hombres mas viles, y peores: *O quantos ay de estos*, decia, *que si Dios les huviera dado la comodidad para el estudio, que à mi, y huvieran tenido à la vista los exemplares de santidad, y virtud, que Dios me puso* delan-

delante; sin duda, que en uno, y en otro me hicieran ventajas muy conocidas. Assimismo mirandose cada dia como en espejo en el modo, y vida, con que los Padres de el Colegio procedian, siempre se hallava por muchas razones, y titulos inferior à todos: y aun hasta en los Hermanos encontrava muchas ventajas, con que podia confundirse su humildad, aviendole yo mismo oìdo con ocasion de ver à un Hermano atareado en su empleo: *O como me seràn fiscales en el Tribunal de Jesu Christo estos buenos Religiosos! Yo reparo, que cada uno de ellos cumple exactamente su oficio, y yo con tantos no acierto à desempeñarme de alguno.* De aqui le nacia aquella su atencion, y aun respeto, con que siempre les tratava, previniendoles sin falta en la cortesia, anticipandose en la salutacion, y aun cediendo en todo lo que podia toda la antelacion, que como à Sacerdote se le devia: de suerte, que en las quietes, y conversaciones ordinarias siempre quiso con el mayor esfuerzo sentarse, no solo despues de todos los Sacerdotes, pero aun dando lugar primero à todos los Hermanos Coadjutores; sirviendo con particular consuelo suyo à qualquier de ellos, quando sin nota, y sin registro de otros podia executarlo: aviendo acaecido alguna vez, aver hecho la cama à algun enfermo, à quien no pudo acudir tan puntual el Enfermero, abatiendose assimismo à otros ministerios, aun mucho mas abjetos, y humildes: siendo preciso, para vencer su humilde porfia en essas ocasiones, el que se le diesse pie para otra humildad mayor, con decirle no era de provecho lo que hacia, y que no acertava en servir oficios semejantes.

Ten-

Tengo ya dicho arriba los esmeros de su humildad en el servicio de los pobres del Hospital, doblandoles la rodilla, limpiandoles sus camas, y quartos, y estrechandoles en su regazo, por mas inmundos, y asquerosos que estuvieran. Assi le vieron muchas veces en el Hospital General de Barcelona, por mas que su gran humildad procurò cautelar estas acciones; pero como ellas eran tan frequentes, quiso Dios descubrieran sus luces para la edificacion, para el exemplo, y aun para su credito, y aplauso, apellidandole, como ya dixe, por ellas, con el nombre de *Santo Cavallero*; pero en esto mismo padecia indecible pena, y tormento su espiritu, exclamando, quanta confusion avia de padecer en el dia del juicio delante de aquellos que le imaginaron con muchas virtudes, y le avian de ver entonces lleno de vicios. Por esso, aunque viviò siempre à vista del mundo, recatò siempre sus virtudes, y acciones de la curiosidad, cuidadoso aun tiempo de ser grande, y parecer pequeño, merecer mucho de Dios sin que lo supieran los hombres.

Efectos eran tambien de su humildad, aquella su admirable paciencia, è incomparable mansedumbre, que en medio de las mayores afrentas, y sinrazones no diò jamàs seña de inquietud, ò perturbacion, pero ni aun de que fuera sensible. Que dirè de aquel desprecio de su trato, y persona? Alhaja alguna curiosa, ni de valor no entrò jamàs en su quarto; y aunque su vestido exterior era con aquella precisa decencia, que su empleo, y caracter requeria; pero el interior era tan pobre, y remendado, como pudiera ser el de qualquier mendigo. Por

Cc diez

diez años continuos vistiò un jubon mismo, sirviendose de èl tanto en Invierno, como en Verano, tan sumamente raido, que le despreciàra el mendigo mas miserable; pero tal qual era, afirmò avia aun de durar mas que su vida, como verdaderamente fue assi: y por temer no se le quitassen, si fiava à otras manos el componerle, y remendarle, no se dedignava aquel que naciò en medio de las honras tomar con su propria mano la aguja, y aplicar por sì mismo los remiendos: lo mismo sucedia con otra ropa interior, que por lo comùn se componia de arrapiezos.

Assi supo Don Francisco governar, y mantener constantemente su espiritu, por mas que eran tantos los escollos, que por todas partes le cercavan, para engreirle, y envanecerle; y el que supo assi superar los baxios de la honra, y vanidad en la vida, supo executarlo sin dificultad en la hora de su muerte, dando muestras en los ultimos periodos de la vida, de quan verdadera, y sin genero de ficcion avia sido su humildad; pues en su testamento, que fue muy breve, porque era muy poco lo que le quedava que disponer, entre otras clausulas dexò estas dos en abono de su humildad: *Quiero que los funerales, y entierro se me hagan à eleccion de mis Albaceas; pero que sean con el menor fausto, y la mayor humildad possible. Elijo mi sepultura en la de mis padres, que està en la Iglesia del Convento de la Merced de esta Villa; y quiero que mi cuerpo, y ataud sea puesto baxo el de mi hermano Don Andrès.*

Tan baxo era el concepto, que de sì tenia, y tan alto el que avia formado de la virtud, y santidad de este su

her-

hermano, de quien ya avia dicho muchas veces en vida, que si èl tuviera una sola partecilla de aquel fervoroso espiritu, que animava à Don Andrès, se tendria por el hombre mas feliz, y dichoso de todo el mundo; y asi no es bien, que una virtud de esse tamaño se dexe sin una succinta relacion, yà que la misma oportunidad, y la estima de Don Francisco nos llevan como de la mano, para dexar correr la pluma; y mas aviendo con alto destino venido à las mias un breve resumen de algunas de sus virtudes, formado por el mismo Don Francisco, à lo que parece, para passar à manos de quien estava encargado elogiar su heroica virtud; y suponiendole ya instruido de la pureza interior, ilustraciones, y casos portentosos, no hace otro, que ceñir à breves periodos lo que èl por sì mismo observò: ni yo harè otra cosa, estrechandome unicamente à abreviar mas lo que Don Francisco dexò harto conciso, pudiendo servir para primer abono de una vida en todo perfecta las primeras clausulas, con que Don Francisco engrandece su virtud: y son, que aviendole atendido con desvelo, y cuidado por mas de quinze años, ni en obra, ni en palabra, ni en accion avia advertido en èl pecado alguno, ni genero de culpa, à su parecer, venial. Raro decir, y prodigioso obrar en un mozo noble, que hallò ya las delicias al nacer! Portento grande en un joven, que viviò, y muriò seglar, sin passar de los años juveniles, y fogosos, à que suelen cercar por todas partes peligros los mas hermosos, y suelen los pocos años ser el peligro mayor, saber asi correr la ecliptica de esta vida, sin llegar à declinar en un apice,

ni en un punto indivisible! Pero no era mucho, quien desde sus primeros años tirò todas sus lineas para acertar el unico centro de su alma, que era Dios.

Fueron sus primeros entretenimientos las virtudes, abrazandose tan de antemano con la Cruz de la mortificacion, que macerò su carne inocente muy antes que conociera la malicia, siendo en èl muy frequentes en essos principios los cilicios, disciplinas, y abstinencias, quitandose ya de la comida ordinaria quanto con dissimulo podia: acciones que le merecieron solo ser conocido entre los de casa por el apellido de *Santo*, preguntandose *si vino el Santo, si està en casa el Santo*. Apenas entrò en años de mas discrecion se negò à todo genero de entretenimiento, y aun al comercio humano: de suerte, que ya no parecia comerciar en la tierra, sino vivir en el Cielo, sin que hablàra sino forzado de la necessidad, ù obligado de la caridad, quando visitava los Hospitales para consolar los enfermos. Fuera de esso apenas dava mas passos que de su casa al Templo, en que durava inmoble de rodillas por la mañana tres, ò quatro horas, y otras tantas por la tarde; de modo que de persistir tanto tiempo de rodillas, se le hincharon muchas veces, siendo preciso aplicar el Cirujano la mano para el remedio. Sin essas horas, que estava en la Iglesia, precedian otras de oracion antes que salia de casa, y muchas noches aguardando à que se durmieran sus hermanos, se levantava èl, y passava gran parte en oracion, guardando el sueño de sus hermanos, tan enagenado, y absorto en Dios, que acaeciò tropezar con èl otro de sus hermanos, que acaso

huvo

huvo de levantarse, sin que diera mas movimiento, que si fuera estatua inanimada: afirmando el mismo Don Francisco, tocò en los apices mas sublimes de la contemplacion, pues era lo mismo el arrodillarse para orar, que engolfarse en el alto mar de la Divinidad, sin que ni el mucho ruìdo, ni otra qualquier inquietud, por mas vecina que estuviera, fuera bastante à perturbar su sossiego. Aqui derramava Dios sobre su alma dulzuras, y favores inexplicables, que èl procurò tener siempre muy cerradas con la llave maestra de su gran humildad: solo en general explicava à su hermano Don Francisco con la confianza, que le dava su virtud, ser singularissimas las ilustraciones, y favores, que su gran ingratitud avia à Dios merecido en la oracion. En essa fragua de la oracion, à soplos de el Espiritu Santo, se le encendiò en su corazon aquel ardentissimo amor de Dios, que solo con hablar de Dios, padecia unos como deliquios, siendole preciso pausar de quando en quando en las clausulas, encendiendosele el rostro, de las ascuas, que despedia el corazon.

Poco antes de morir quiso manifestar à su hermano Don Francisco quan intensos eran los deseos, que tenia su alma de bolar à Dios, desembarazada de las piguelas de la carne; y para esso la inquietud de la fogosa llama, para subir à la esfera, le pareciò corta expression; y assimismo la velocidad, con que el torrente impetuoso corre al mar: por fin quedò en que las ansias de un corazon verdaderamente amoroso dexavan sin expressiones sus labios, pudiendo solo decir de sì, que le era

un

un continuado morir el no acabar de morir, para llegar à ver aquel ſumo Bien, à quien tanto amava ſu corazon. Para darſe mas enteramente Don Andrès à Dios, deſeò con viviſsimas anſias, y ſolicitò por todos los medios poſsibles entrarſe en la auſtera Religion de la Cartuxa, pero no pudieron llegar à execucion ſus fervores, ya por una ſuma debilidad, que en la viſta padecia, ya por una gran ſufocacion de pecho, que le inhabilitava de el todo, para el logro de ſu eſperanza, y de ſu pretenſion. Y ſolo en eſta ocaſion, que ſe le diò el deſengaño (dice Don Francisco) aquel ſu animo ſiempre inalterable llegò à manifeſtar algun genero de deſconſuelo: pero bolviendo de preſto ſu tierno corazon àzia Dios, ſe ſerenò, diciendo: *Hice de mi parte quanto pude: ello no ay mejor modo de querer, à Dios, que querer todo lo que èl quiere:* y diò bien à conocer, que el habito no hace al Monge; porque con habito ſeglar ſupo hacer del miſmo ſiglo Cartuxa, ſiendo continua ſu oracion, extremado el ſilencio, prodigioſo el retiro, ſu modeſtia ſingular, ſin perder à Dios de ſu viſta, y de ſu preſencia; de modo, que ni el tropel de la gente, ni la mayor novedad, y ruido en las calles pudieron jamàs entretener ſu curioſidad, divertir ſu viſta, ni deſcomponer ſu gran circunſpeccion, que compungia, y movia à devocion à quantos le atendian. Eſtrechòſe tambien deſde los años mas juveniles, ſin tener obligacion alguna, à rezar el Oficio Romano, que nunca omitiò haſta el dia miſmo en que muriò; pues muy de mañana ſin duda prevenido de la noticia de ſu muerte, ſe puſo à Viſperas de el Oficio de aquel dia, y conociendo

que

que no le avia de quedar tiempo para ellas, pidiò humilde al Confessor se las conmutasse.

Del grande amor, que à su Dios tenia, le dimanava aquella su gran caridad para con el proximo, por quien deseava sacrificar su vida, abandonando el pundonor vano de este siglo; pues no dudò en habito secular ir enseñando las Doctrinas, en compañia de un Padre Missionero, por todo el Condado de Santa Coloma entre aquellos, que eran vassallos de su Casa, con tan rara humildad, que compungia los corazones mas duros, y enternecia los ojos de sus oyentes. Aviendose exercitado ya desde sus mas tiernos años en esse ministerio, con los otros niños de su edad, y con los pobres, à quienes mostrò siempre entrañable amor, repartiendo con alegre semblante, quando niño, quanto podia aver à las manos; y aun quando mayor gustava corrieran por sus manos las limosnas cotidianas, que en el Castillo de Santa Coloma se hacian.

El amor à la pureza fuè indecible en este Joven. Apenas la luz de la razon hermoseò su entendimiento, quando ya consagrò à Maria Madre suya muy querida esta flor hermosa, que conservò por toda su vida, no solo intacta, pero aun exalando nuevas fragancias, al passo que iba creciendo en años, insinuandose su olor en los animos de quantos le comunicavan. Para mayor resguardo de esta su virginidad, hizo pacto con sus ojos de no mirar al rostro à muger alguna, como lo executò inviolablemente en los dias de su vida: sin permitir assimismo su recato, llegàra à tocar su cuerpo agena

ma-

mano; en tanto que muy pocas horas antes de morir, con ser tanta su debilidad, que apenas podia respirar, se esforzò con imponderable trabajo à levantarse para una necessidad, sin permitir ayuda agena. Esta su gran castidad le mereciò para con Maria Madre de la honestidad, singularissimas finezas, y abundantes beneficios, como èl mismo con tiernas lagrimas explicava, siendo tanta su devocion à esta gran Señora; que en tratar de sus excelencias, servian de voces sus lagrimas, y sus ternuras. Poco tiempo antes de ponerse en cama de su postrera enfermedad, presagioso de quan cercano estava su fin ultimo, quiso visitar la Virgen de Monserrate; y segun èl mismo dixo, era para despedirse en su ultima jornada: con esso delante aquel prodigioso Simulacro derramò *su corazon en ternuras, y su alma* en amorosos afectos: atendieronle algunas veces, como enagenado, persistir por muchas horas de rodillas inmoble el cuerpo, y encendido el rostro. Al partirse pidiò una vela bendita, para que le alumbràra en los ultimos periodos de su jornada, y de su vida; y al ponerse en cama de su ultima enfermedad, tuvo gran cuidado la tuvieran pronta, y apercebida, para no errar el ultimo passo de su vida. Assimismo para acabar à los brazos, y al regazo de Maria, poco antes de llegar aquel su ultimo trance, pidiò una devota Imagen de la Virgen de la Merced, y le hizo un coloquio tan tierno, tan cariñoso, y tan dulce, que conmoviò los corazones de los circunstantes à devocion, y amor: y lo mismo fuè pausar su afecto de estas voces, que quedar su alma en una apacible serenidad, con la

qual

qual cerrò acà blandamente los ojos, para dormir eternamente en el Señor; llenando de devocion, y ternura à quantos asſiſtieron à ſu trance.

Eſta es la ſucinta relacion, que dexò de ſu hermano eſcrita Don Francisco, eſtrechandoſe à lo menos, porque ſuponia ſabido lo mas en quien devia eſcrivir ſu vida; pero como yo no ſepa quien es eſte, y el objeto principal de mi pluma ſea la Vida de Don Francisco de Queralt, me dilatè en eſta, baſtandome averme ceñido à las breves clauſulas del otro: ſiendo baſtante gloria de Don Andrès el que deſeàra Don Francisco copiar en sì ſu eſpiritu; y no ſabrè decir ſi redunda mas honra à la copia, que gloria al miſmo original. Baxo de eſſe ſu ſanto hermano quiſo Don Francisco depoſitadas ſus cenizas: queriendole ſuperior, explicava la grandeza de ſu ſantidad; queriendoſe inferior, manifeſtava la baxeza de ſu conocimiento. Lo cierto es, que pudo hallar cada uno en los fervores de el otro exemplos, que imitar, è incentivos, para correr en el camino de la perfeccion: y es asſimiſmo cierto, que ſi fueron hermanos en la ſangre, ſe hermanaron igualmente en la virtud; ſimbolizando en la bondad de genios, y en la igualdad de coſtumbres entrambos Angeles en la pureza, tiernos en el amor de Maria, conſtantes en la virtud, fervientes en el amor de Dios, compasſivos con todos los demàs, y ſolo auſteros conſigo miſmos: con ſola la diferencia, que Don Andrès en ſu retiro tuvo menos que vencer, aunque huvo de vencerſe à sì miſmo: pero ſobre eſſo, como mas engolfado en el alto mar de eſte mundo, tuvo Don Fran-

cisco el contraste de el comercio humano, el alhago de las gentes, el desamparo de su Dios, y el combate de el enemigo: pero supo con su heroico obrar, en medio de el comercio hallar la soledad, de los mismos alhagos negociar desprecios, de los desamparos de su Dios sacar paciencia, y constancia, y por fin de los assaltos de el enemigo coronar sus sienes de inmortalidad, y de Gloria.

LAVS DEO.



INDI-

INDICE
DE LOS CAPITULOS
DE ESTA OBRA.

CAP. I. *Clara prosapia, ilustre nacimiento, y primera niñèz de Don Francisco de Queralt.* pag. 1.

CAP. II. *Sus muchos progressos en la virtud, al tiempo, que se dexa admirar con grandes medras en la latinidad.* pag. 18.

CAP. III. *Estudia la Filosofia, y Theologia Sagrada: se gradùa en esta de Doctor, y dà muchos exemplos de virtud.* pag. 31.

CAP. IV. *Comienza el Estudio de la Theologia Moral, con nuevo orden de vida, por medio de unos Exercicios: sobreviene el asedio de Barcelona, en que se esmera su caridad en assistir à los pobres del Hospital.* pag. 51.

CAP. V. *Es nombrado para regentar Cathedra de Theologia en la Ciudad de Cervera: muestrase docto, y exemplar en su Magisterio.* pag. 69.

CAP. VI. *Funda el gran Monarca Felipe Quinto la Universidad de Cervera, y nombra su primer Cancelario à Don Francisco de Queralt.* pag. 77.

CAP. VII. *Recibe los sagrados Ordenes: prevencion para ellos, y estremada devocion en la Missa, y Rezo.* pag. 91.

CAP. VIII. *Su porte solicito en el regimen de la Universidad, y prudente desvelo para con los individuos de ella.* pag. 101.

CAP.

CAP. IX. *Tropel de escrupulos, tentaciones, y sequedades; que por mucho tiempo, y mas en este afligiò el corazon de Don Francisco.* pag. 119.
CAP. X. *Presagios de su muerte, incontrastable paciencia en su enfermedad, y fin dichoso de sus trabajos.* pag. 133.
CAP. XI. *Universal sentimiento en su muerte, solemnes Exequias, y señales de su Gloria inmortal.* pag. 150.
CAP. XII. *Compendia las virtudes de Don Francisco, y comienza por su intensissimo amor de Dios, y gran caridad con el proximo.* pag. 162.
CAP. XIII. *Elevada contemplacion de Don Francisco, y tierna devocion à MARIA Santissima.* pag. 177.
CAP. XIV. *Crueles rigores, con que tratava su carne, y rara mortificacion de sus sentidos.* pag. 186.
CAP. XV. *Su gran humildad, y con ocasion de esta virtud se compendian las mas sobresalientes de su hermano Don Andrès de Queralt.* pag. 195.

FIN.

